

La conspiración de las SOMBRAS

Un thriller sorprendente sobre un asesino en serie

Rodrigo Muñoz Blázquez

47 **MARLAZ**
COMICS

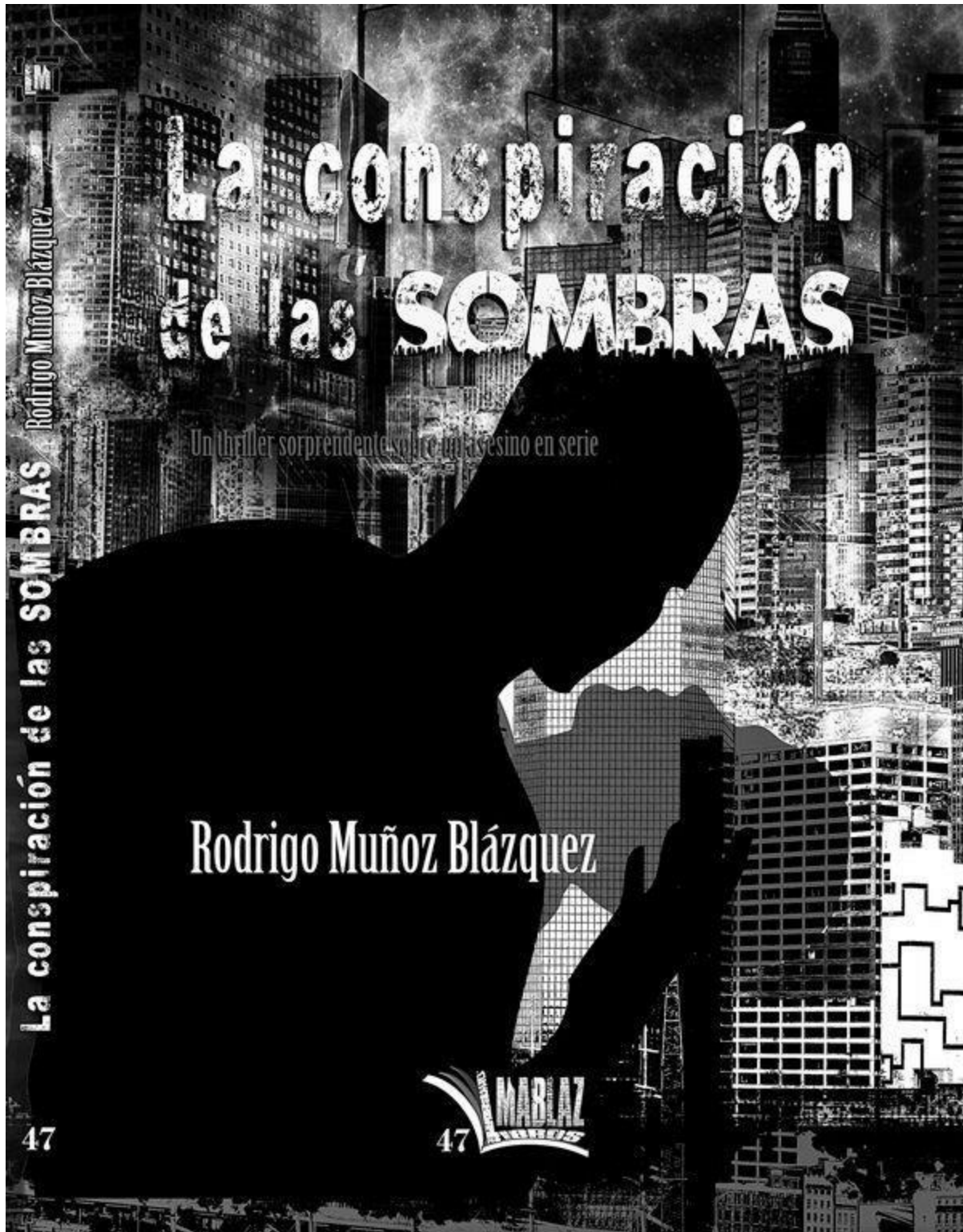
La conspiración de las SOMBRAS

A2

Rodrigo Muñoz Blázquez



Nacido en el año 1992, aún con 22 años, es el autor más joven que ha publicado la editorial Libros Mablaz. La influencia de sus padres en su vocación literaria ha sido primordial –ella, ávida lectora de cualquier libro que cae en sus manos; él escritor y editor- en su vocación literaria. Con 15 años, fue publicado un relato suyo en la web de su instituto, por la gran valoración y madurez que tenía la historia. Ahora, por fin, ve la luz su primera novela, una historia de suspense e intriga muy bien atada y sorprendente por su desarrollo narrativo, cuando ha ganado tiempo a su vida tras la conclusión de sus estudios universitarios de enfermería.



La

conspiración de las sombras Primera Edición, Junio de 2015

© **Libros Mablaz**: Madrid, 2015 Ricardo Muñoz Fajardo
www.librosmablaz.com

Libros Mablaz en Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/530547690292189/> Tu Librería en Casa:

<https://www.facebook.com/TuLibreriaEnCasa>

blogs: <http://editoriallibrosmablazycienciaficcio.blogspot.com.es/>

<http://mablazlibros.blogspot.com.es/>

<http://ricardomunozfajardo.blogspot.com.es/>

rmfst@yahoo.es

Diseño de Cubiertas: Mari Carmen López Maquetación: Ricardo Muñoz Fajardo Corrección: Javier Gómez Robledo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

Editor: Libros Mablaz

ISBN: 978-84-943276-9-8

Depósito Legal: M-5450-2015



La conspiración de las sombras

Rodrigo Muñoz Blázquez

Ami padre, la única persona que cree en mí más que yo mismo. Ami madre, mi gran heroína. Amis difuntos abuelos y a los que aún conservo. Espero que estéis orgullosos de mí. En memoria de mi Princesa, el único punto fijo en un mundo que nunca he llegado a entender. Hoy, tu ausencia pesa demasiado.

1. Desde el principio

Es un día lluvioso de una tarde de abril, al parecer el tiempo habitual a la hora de asistir a un entierro. El cementerio de la Almudena se encuentra apartado de mi piso en la Avenida de Portugal, cercano a la estación de Príncipe Pío, antiguamente conocida como la Estación del Norte.

Pese a que suelo moverme en coche por la capital, en esta ocasión he decidido venir en taxi. Desde que murió mi amigo entré en una suerte de depresión que me ha mantenido la conciencia obnubilada, probablemente debido a mi continuo estado de embriaguez y a los antidepresivos que me recetó el psiquiatra del cuerpo, por lo que en un momento de lucidez puntual he creído oportuno no conducir.

Los primeros días estuve inmerso en un estado de shock del que salí gracias a Ana y al comisario, buen amigo del inspector y, consecuentemente, allegado mío. Vaciaron todo el alcohol que había en mi piso, me prepararon un buen cocido, que me sentó fatal y me hizo vomitar varias veces, y me instaron a que me duchara, arreglase la barba, ya que si me afeito tengo la apariencia de un adolescente desarrollado, y saliera a la calle.

A lo largo de la mañana había diluviado, pero ahora solo cae una fina cortina de agua, que me molesta más de lo que me moja, pero al final de la ceremonia estaré empapado.

El inspector caía bien a muchísima gente, pero tenía pocos amigos, así que es un funeral discreto, a excepción de un par de fotógrafos de diferentes diarios que han tenido en consideración cubrir la noticia. Tenía un carácter explosivo, capaz de gritarte por cualquier nimiedad y la cualidad de indignarse por el gesto más insignificante, pero era un filántropo, amaba la vida y a las personas, aunque jamás lo hubiese reconocido, y nunca fue materialista. Tenía bastante dinero, pero le hacía feliz compartirlo con los que realmente lo necesitaban, sin privarse de nada, todo hay que decirlo.

He conseguido identificar el nicho por las personas que lo rodean. La madre del difunto llora sobre el hombro de un hombre que debe ser el tío, por el

parentesco con el difunto padre. Ana Salas, su asistente, y el comisario Javier Robles reparan en mí y me hacen gestos con el brazo para llamar mi atención, aunque ya les había divisado pese a la cortina de lluvia. La mujer me da un beso en la mejilla, delicado y frágil, como si temiese que me desmorone en cualquier momento. El hombre, inmenso, con barriga prominente, de cincuenta y tantos, con una mata de pelo rizado que comenzaba a clarear en la coronilla y un fino bigote al cual no consigue dar volumen por su condición de imberbe, me da lo que considera una suave palmada en la espalda, que casi me precipita al agujero en la tierra.

Que yo sepa, Ricardo no era religioso. Mejor dicho, no era cristiano. Fue bautizado e hizo la comunión, pero abandonó la doctrina para sustituirla por otras dedicadas a la meditación y el conocimiento, no a adorar a un Dios, como le gustaba decir. Su madre, una mujer profundamente temerosa del Señor, intentó reconducirle al sendero del cristianismo en varias ocasiones, pero cuando conoció a Amira Alaaen, una musulmana que, al igual que él, no se tomaba la religión todo lo estrictamente que debiera, ese empeño se tornó imposible del todo, no tanto por influencia de la mujer, que caía bien a la madre, sino por un mayor distanciamiento con los temas divinos. En cualquier caso toda esta pompa corre a cargo de la madre, por lo que tiene derecho a darle el matiz que le venga en gana.

La ceremonia transcurre sin pena ni gloria. El sacerdote, un tipo octogenario de voz frágil, recita un sermón colmado de tópicos que no logra enternecer a nadie, lo cual denota que no conocía demasiado bien al finado o que, simplemente, le daba igual.

—Vamos a tomarnos algo, invito a la primera —propone el comisario una vez finaliza la ceremonia.

—Mañana hay trabajo, jefe —replica la asistente.

—Venimos del entierro de la persona para la que trabajabas y ¿realmente ves a éste —me señala con el pulgar— como para encontrar a un asesino mañana?

Los tres reímos amargamente y aceptamos la oferta. Yo, más que nada, agradezco no tener que volverme en transporte público. Hace frío y estoy calado, tal como había pronosticado a mi llegada.

El hombretón conduce en silencio su todoterreno negro a una velocidad

pasmosamente lenta, teniendo en cuenta que ya no llueve y que los primeros rayos de sol emergen tímidos a través de un cielo aún encapotado.

Finalmente, más tarde que pronto, llegamos al bar al que solemos ir a comer y beber los del cuerpo, un local amplio, con una gran cristalera color verde botella que impide que nadie pueda ser reconocido desde fuera, aunque el lugar está abierto a cualquiera que quiera entrar. La fachada de ladrillos se encuentra en buen estado, ya que el edificio no tendrá más de diez años. A un lado hay una antigua agencia inmobiliaria, que nunca he visto abierta, y al otro, un callejón separado de la calzada por una verja metálica, donde los agentes salen a fumar por la puerta de atrás sin exponerse demasiado. Aquel sitio se llama *Reward*.

—Buenas tardes, chicos —nos saluda el dueño, un hombre de unos treinta y tantos, alto, de buen ver, con el pelo largo recogido en un moño y perilla, además de unos ojos grises acostumbrados a ver cosas horribles.

—Hola, Josua —saluda el inspector.

—¿Lo de siempre a la mesa de siempre? —deduce el camarero.

—Pero todo doble —matizo, en un susurro.

Nos acomodamos en nuestra mesa habitual, la más alejada de la puerta, justo en la esquina, donde podíamos ver todas las mesas, con sus sillones de cuero rojo, casi marrón a causa del desgaste, y la barra. Permanecemos callados hasta que Josua nos trae las bebidas. *Gin tonic* para Ana, whiskey para Javier y un tercio para mí, además de un chupito de tequila.

—Venís del funeral de Ricardo, ¿verdad? —pregunta el camarero, sentándose a la mesa con nosotros. El local está casi vacío.

—Así es —confirma Ana, apurando la copa de un trago.

—Era un hombre increíble, aunque no lo conocí tanto como me hubiese gustado —comenta apenado Josua.

—De nosotros, el que mejor le conocía era Carmelo —añade el comisario, clavando sus ojos en los míos.

—Cuéntanos como era en realidad, Melo —suplica Josua, secundado por los otros dos.

—¿Desde el principio? —quiero saber.

—Desde el principio —contesta la mujer, algo más animada.

Me bebo el chupito y la mitad de la cerveza de un trago y pido otra ronda.

2. Ocho y tres minutos

Irónicamente, era la persona que conocía a Ricardo desde hacía menos tiempo. Fue en septiembre de 2020, hace algo más de un año.

Un asesino en serie estaba sembrando el caos en la capital. Los primeros crímenes trataron de ocultarse a los medios, pero cuando tuvo lugar el asesinato de la quinta y sexta víctima, la evidencia fue innegable del todo. En un principio, no se le dio toda la importancia que debiera, pero cuando se confirmó que se trataba de un homicida en serie, el cuerpo de policía, en parte amedrentado por el poder político y en parte por la imagen de incompetencia y pasotismo que estaba mostrando, puso al frente de la investigación a su mejor inspector de homicidios, Ricardo.

El buen hombre adquirió fama rápido. Cuando era un veinteañero que acababa de ingresar en el cuerpo, se aventuró a encontrar a un violador que rondaba Madrid y que había secuestrado a una niña de diez años. El joven policía era un genio y utilizaba un razonamiento deductivo que haría estremecerse de envidia al mismísimo Sherlock Holmes. En cuanto se filtró un video de seguridad en el que apenas se le distinguía la cara al hombre, Ricardo consiguió vislumbrar un detalle que a todos los demás pasó inadvertido, un abultamiento en el brazo izquierdo del sujeto, conocido como aneurisma, característico de pacientes que se someten a un tratamiento de hemodiálisis. Acotó la búsqueda a los hospitales de la zona de actuación del pederasta, comparó los datos conocidos del sujeto con todas las historias clínicas que calificó como posibles. Finalmente, sin dar parte a la central, fue a la casa del hombre, llamó y, al no hallar respuesta, irrumpió en el piso, descubriendo a un hombre grande, con la cabeza rapada y cara de sorpresa, desabotonando la blusa de la pequeña, mientras todo quedaba registrado por una cámara de vídeo sujeta por un trípode. Veinte minutos después, el capitán Javier Robles fue con una patrulla al aviso urgente de un novicio en un domicilio de la zona de Campamento. Cuando descubrió la escena, atónito, de aquel hombretón ensangrentado, llorando en el suelo y al joven agente sentado en una butaca con la niña durmiendo plácidamente sobre él, no pudo más que admirarle y promover su rápido ascenso, que lo haría inspector de homicidios a la temprana edad de veinticinco años.

Volviendo al asesino en serie. Cuando cometió el tercer y cuarto homicidio,

se le transfirió el caso a Ricardo. Tras descubrir los últimos cuerpos, el inspector pronunció unas palabras que no se le había escuchado decir antes: —Necesito un compañero para este caso.

Estaba demostrado que trabajaba mejor solo. En dos ocasiones habían tratado de endosarle un subinspector, pero le obstaculizaba y enlentecía, así que terminaba por no contar con él, por lo que se le acababa retirando discretamente.

Yo acababa de aprobar el examen para subinspector, tenía veintiséis años, un cociente intelectual por encima de lo normal y no había visto un muerto en mi vida.

Me desperté sobresaltado cuando mi móvil comenzó a sonar, con la canción *Thunderstruck*.

—¿Diga? —contesté con voz ronca, aún medio dormido.

—¿El subinspector Blázquez? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Sabe qué hora es? —inquirí, algo más despierto y consciente de la situación.

—Las ocho y tres minutos. Tómese un café y preséntese en el despacho del comisario Robles cuanto antes.

Se cortó la llamada, pero permanecí unos instantes con el teléfono pegado a la oreja antes de levantarme, tomarme un café, tal y como me lo habían aconsejado, darme una ducha y coger las llaves de mi *Renault Megane* de segunda mano para salir pitando a la comisaría.

Yo vivía en el barrio de San Ignacio de Loyola, cercano a Cuatro Vientos y mi destino se encontraba al principio del paseo de Extremadura. Según tenía entendido, no llevaba más que un par de años funcionando.

Aparqué en la puerta y saludé al agente que vigilaba la puerta, un hombrecillo regordete y con un poblado bigote gris, en contraposición con su calvicie, que intentaba disimular con cuatro pelos largos peinados de extremo a extremo de la cabeza.

Conforme avanzaba por el pasillo, preguntando por el despacho del jefe, una mujer salió a mi encuentro, con un moño inamovible y una expresión cansada.

—¿Eres el subinspector? Soy Ana, la que te ha llamado —quiso saber.

—Sí. Me llamo...

—Me parece estupendo, luego me invitas a un café y me lo cuentas —me interrumpió groseramente—. Ahora hay trabajo.

Se volvió y comenzó a caminar, conmigo detrás, como un perrito faldero.

Llegamos a una puerta cerrada, con un letrero que rezaba: *Comisario Javier Flores Araujo*.

—¿Algún consejo? —pregunté antes de entrar.

—Mírale a los ojos, no le mientas —me observó con lástima—. Te pondrá a prueba.

—Ya conozco al comisario.

—No hablo del comisario.

Ana llamó a la puerta y abrió, ocupando una silla detrás de un mostrador contiguo al despacho.

—Suerte —dijo antes de sumirse en el papeleo que la aguardaba.

3. El inspector

No me había parado a pensar en las razones que tendría el comisario para citarme a una hora tan temprana y sin motivo aparente, pero en el breve intervalo de tiempo en que la mujer llamó a la puerta y la dejó entreabierta, invitándome a entrar, una multitud de ideas me golpearon de pronto, dejándome aturdido y nervioso, sin ningún tipo de control sobre la situación.

Atravesé el umbral, cerrando la puerta tras de mí. El comisario hablaba animadamente con otro hombre, que se encontraba sentado sobre su mesa, dándome la espalda. No era excesivamente alto, pero tenía una constitución fuerte y una espalda ancha, el pelo rubio y una voz grave pero melódica a la vez. Iba bien vestido, con zapatos italianos, pantalón de traje color negro de lo que a simple vista me pareció lino y una camisa azul eléctrico de marca, que parecía hecha a medida.

—Ah, joven, acérquese —me pidió el comisario una vez reparó en que había entrado en el despacho.

Yo obedecí, excesivamente rígido e incómodo, mientras me fijaba en el hombre apostado sobre el escritorio, que me miraba con unos ojos penetrantes color miel y una media sonrisa dibujada en la cara. Tenía barba de unos días y el pelo alborotado, aunque conservaba la marca de peinarlo hacia atrás con los dedos.

—Este es el subinspector Blázquez —me presentó al otro hombre—. Un joven brillante, imagino que ya le habrás investigado a fondo.

—Desde luego —confirmó el otro.

—Le he elegido personalmente, me recuerda a ti, pero sin la parte oscura —continuó el superior, pero el otro hombre levantó una mano, haciéndolo callar con un gesto, y se dirigió a mí, hasta situarse a escasos centímetros de mi cara.

El sujeto se apartó, extendió un brazo y me ofreció una mano. Yo hice lo mismo y nos dimos un apretón de manos, momento en el que reparé que la mías estaban empapadas de sudor.

—Veo que estás nervioso —fue el primero en todo el día que me tuteó—. Te sudan las manos y tienes la respiración acelerada, pero el apretón ha sido

firme. Eres seguro de ti mismo, eso me gusta —me miró de arriba abajo antes de continuar—. Has estudiado otra carrera, quizás incluso dos. Estoy seguro de que una es enfermería, las cicatrices que tienes en los dedos son características de cortes producidos por los émbolos de las jeringas al romper el papel en el que vienen estériles. Estoy seguro de que la otra es algo totalmente opuesto, letras puras o algo así.

—Derecho —maticé.

—Bueno, no iba muy desencaminado —se lamentó—. Tienes un gato persa, blanco, has estado casado un breve periodo de tiempo, pero ella murió, probablemente por eso te has metido a policía.

Intenté disimular mi cara de asombro, que se iba tornando en ira por momentos y asentí, sin decir nada.

—Lo del gato es porque tienes unos cuantos pelos en la solapa de la chaqueta —me miré para corroborarlo y así era—. Lo otro, en fin, tienes aún la marca en el dedo y un anillo que bien podría ser una alianza colgado al cuello. Si has estado estudiando, no tendrías demasiado dinero para casarte, cosa que hiciste en cuanto acabaste tu segunda carrera y pudiste trabajar. Si sumas todos estos factores y en vista de que tienes la capacidad de saber tanto de ciencias como de letras, no es inverosímil que hayas vuelto a cambiar de rama por motivos más personales —hizo una última pausa—. Sólo espero que, pese a esto, seas tan brillante como dicen.

Permanecí unos instantes callado, mirando al suelo, meditabundo.

—A ver si va a resultar que tu mejor cualidad es la del silencio —comentó el inspector con tono sarcástico.

Tanto él como el comisario rompieron a reír, sin malicia, pero me hirió profundamente y fruncí el ceño, furioso.

—Eres el inspector Ricardo Tierno —dije en voz alta, para hacerme oír por encima de sus risas y mis alborotados pensamientos.

Ambos callaron súbitamente.

—Como decía, eres el inspector Ricardo Tierno. Tienes placa, te tomas muchas confianzas con el jefe y tu ropa vale mi sueldo mensual. Solo tus ingresos extras podrían proporcionarte tal nivel adquisitivo. Haces artes marciales, mejor dicho, hacías, hasta que te lesionaste del hombro derecho y te tuvieron que operar, no disimulas tan bien como crees la rigidez de la articulación. Tienes las manos castigadas, algo raro para una persona cuyos zapatos darían para comer a una familia. Aunque no lo publiques, tienes fama de ayudar a lo que los necesitan, aunque ello conlleve ensuciarte o compartir

tu fortuna.

—Vaya, impresionante —admitió el hombre con tono de admiración—. Veo que no exagerabas, Javier.

—Ya te lo he dicho, lo he elegido personalmente —repitió, orgulloso, el comisario.

—Bien, parece que por ahora me puedes ser de utilidad —el inspector se puso una americana que había permanecido colgada de un perchero tras la puerta que no había visto—. Vamos, chico. Javier —añadió como única despedida.

Salió por la puerta sin decir nada más y se le escuchó hablando con Ana.

—¿Siempre es así? —pregunté, preocupado.

—No, hombre —el comisario me estrechó la mano con una sonrisa—.

Habitualmente es peor.

—Genial, entonces.

Abandoné el despacho y Ricardo estaba esperándome con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Si hay algo que valoro sobremanera es el tiempo, no me hagas perderlo —su tono era el de un adulto regañando a un niño.

—Lo siento —me disculpé, perplejo.

—Da igual, pero tenemos cosas que hacer. Vamos.

De igual modo que se marchó de la sala hacía un minuto, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la salida.

—Ten paciencia, solo es difícil al principio —me aconsejó Ana con voz compasiva. Probablemente ella pasó por algo similar.

Se me escapó del alma un suspiro y comencé a trotar tras aquel pintoresco personaje. En realidad, estaba asustado, este caso era importante, al igual que el inspector. No era un hombre mediático, aunque no por ello dejaba de ser famoso. Al igual que yo, tenía un coeficiente intelectual elevado que contrastaba con su estrambótico comportamiento. Muchas entidades habían solicitado sus cualidades como consultor a lo largo de los años, como el servicio secreto británico o el FBI y su hoja de méritos era impecable, de ahí provenía la retribución económica que le gastaba en sus lujos y obras de beneficencia.

Una vez en la puerta, Ricardo me esperaba fumándose un cigarrillo. Me ofreció uno, que yo rechacé. Había conseguido abandonar trece años de tabaquismo y no pensaba volver a recaer en aquel vicio del diablo.

—¿Has traído coche? —preguntó, para aspirar una gran bocanada de humo.

—Sí, es ese —le señalé mi *Megane*.

—Vaya cochecito de juguete —serio y le dio la tos—. Recuérdame que si das la talla te compre un coche de verdad.

—¿Tú no tienes coche? —pregunté.

—Oh, sí, cuatro —contestó restándole importancia—, pero no me gusta conducir, a menudo le pido a la gente que conduzca y, a cambio, les dejo el coche un día para que alardeen un poco. A algunos se lo sigo prestando.

—¿Dejas tu coche a completos desconocidos? —quise saber, atónito.

—Desde luego, les doy la dirección de donde tienen que recogerlo, que es el mismo lugar donde tienen que dejarlo.

—Y ¿no te preocupa que te roben alguno?

—Ya lo han intentado, pero soy poli y tengo bastantes armas. Además, con los otros curros tengo cierta inmunidad diplomática, he ayudado a muchos más gobiernos de los que crees.

—Oh, Dios mío. No me jodas que has ido por ahí matando gente —me horrorizó la idea.

—No, hombre, ¿estás majara? —Soltó una carcajada—. Solo les asusto un poco. Bueno, a uno le sorprendí con diez kilos de coca en la mesita del comedor, hace falta ser gilipollas, me intentó atizar y le volé la rodilla accidentalmente —hizo un signo de comillas con los dedos mientras decía esa última palabra.

—Madre mía —traté de encontrar una forma de suavizar las palabras que quería decir, pero no fui capaz—. Eres un psicópata.

La acusación no le inmutó lo más mínimo, enarcó una ceja y soltó:

—Te diré lo mismo que le digo a todos cuando afirman tal cosa: solo a veces —tiró la colilla al suelo, la pisó y se dirigió al coche—. Anda vamos, no haces más que retrasarme.

4. Primer caso

Conduje desde la Avenida de Portugal hacia la carretera de Extremadura, según las indicaciones que me iba dando Ricardo. Avanzamos unos kilómetros, yo en silencio y el inspector porfiando contra la radio mientras buscaba una emisora, que no encontraba. Me indicó que me desviara y tomamos rumbo hacia Pozuelo. Concretamente, acabamos en una zona de chalets adosados, amplios, pero exentos de lujos, con las paredes color crema y el techo de pizarra.

—Para en el siete —me indicó.

Cuando llegamos a la altura del número en cuestión, me percaté de que ese chalet tenía un tamaño algo mayor que el resto, aunque la estructura básica era la misma.

—Veo en que has reparado en el tamaño —observó.

—Mismo chalet, pero mayor terreno, lo que permitió al dueño ampliarlo —me aventuré.

—Muy bien, novato —exclamó, dándome una palmada en la espalda torpemente.

Salimos del vehículo y el inspector se estiró sin ningún pudor ni decoro, emitiendo un quejido. Acto seguido llamó al timbre. Contestó una voz melodiosa de mujer.

—Soy Ricardo.

Fue suficiente para que le abrieran la puerta exterior. Entró, se echó a un lado y me franqueó el paso, extendiendo el brazo caballerosamente.

—Señorita —dijo en tono burlón.

—Gracias, caballero —respondí, siguiendo la broma.

Reímos con gusto y avanzamos hacia la casa. La persona cuya voz habíamos escuchado había dejado esa puerta abierta, probablemente para no tener que volver a ir.

—¿Qué hacemos aquí? —quise saber antes de entrar.

—Algo importante para el caso de Cupido.

—¿El asesino en serie? —A causa de su afinidad por los dobles homicidios, la prensa había bautizado al psicópata como Cupido, ya que en todos los casos había un cadáver de cada sexo y, en algunos, ambos sujetos eran pareja en vida.

—Exacto.

De repente comprendí porqué me habían elegido como subinspector en este caso. Era igual que Ricardo en cuanto a pensamiento deductivo se refiere y otorgaba a la policía ventaja numérica. Dos contra uno.

Estaba nervioso, no sabía lo que me esperaba tras la puerta, quizás un sospechoso, quizás una escena del crimen. Entramos y una mujer de aspecto árabe recibió a Ricardo con un beso en la mejilla.

—¿Cómo está Amira? —preguntó el hombre con talante serio.

—Está dormida, pero va mejorando.

—¿Quién es Amira? —quise saber.

—Cierto, vaya modales tengo —señaló a la mujer con la mano extendida—. Ésta no es Amira. Se llama Raissa y es mi cuñada.

—Un placer —dije cortésmente a la mujer.

—Amira es mi mujer, lamento no presentártela, no se encuentra bien —añadió Ricardo.

—Un momento, ¿dónde estamos? —tenía una sospecha.

—En mi casa, naturalmente —conocía a aquel hombre desde hacía poco tiempo y ya me invadía el deseo de abofetearlo.

—¿No se supone que teníamos prisa? —no pude ocultar mi tono de enfado. Raissa se retiró discretamente y se encerró en una habitación, probablemente en la que estaba confinada la enferma.

—Teníamos, pero no se puede tener prisa cuando uno ha llegado a su destino. Caminé hacia la cocina y puso a hacer café, que impregnó de una fragancia cálida la sala, debido a que lo único que separaba la cocina del salón era una enorme puerta corrediza que actuaba a modo de pared cuando estaba colocada. En este caso no lo estaba.

—¿Me estás diciendo que todas las prisas han sido para tomarte un café? —estaba furioso y me notaba ruborizado, además de que me temblaban las manos.

—Exacto —respondió, sonriente, haciendo caso omiso al estado tan alterado en el que me encontraba.

La máquina se apagó con un ronroneo sordo y se pudo apreciar la última gota caer dentro de la humeante taza.

—¿Quieres uno? —dijo, ofreciéndome la taza que acababa de hacerse. Totalmente fuera de mí, cogí la taza y le eché el café por encima al inspector. Solo cuando hube terminado me di cuenta de la estupidez que acaba de hacer. No sólo había perdido los papeles y había rociado de café hirviendo a mi jefe, lo había hecho sin una razón sólida.

—Ricardo, yo...

—Comprendo que estés histérico —me interrumpió con un tono sorprendentemente calmado, mientras se quitaba la ropa manchada, dejando al descubierto una cantidad insana de tatuajes, ocultos a la vista—. Es tu primer caso, encima es difícil.

En ropa interior, se dirigió a la cafetera, un modelo de cápsulas que se puso muy de moda que prácticamente ha sustituido a las convencionales, y dejó haciendo otras dos tazas.

—Pero has de saber —continuó, como el que regaña a un niño por una trastada —que también lo es para mí, si no, no estarías aquí. He dormido tres horas porque trabajé hasta tarde y me han sacado de la cama a una hora intempestiva para presentarme al compañero que solicité, un niño que en su vida, lo único que ha hecho ha sido estudiar, que no tiene ni puta idea de cómo va nada y que, probablemente, ni siquiera ha visto un muerto —aunque el tono que empleaba era suave, sus palabras me dolieron y descubrí que tenía razón—. Muchos malos encarcelados avalan que mi cerebro necesita un café para funcionar.

El cese del ruido de la máquina indicó que el café estaba listo. Ricardo se echó leche, una cantidad insana de azúcar y lo movió con el dedo. Le dio un trago al brebaje y asintió, dando su visto bueno.

—Cuando demuestres algo aparte de que sabes deducir dos tonterías sobre mí, tendrás derecho a opinar y a ser mi compañero. Hasta entonces, eres mi subordinado —bebió otro sorbo—. ¿Ha quedado claro?

Asentí, amedrentado por la firmeza de su actitud.

—Fenomenal. En tal caso, me voy a cambiar. Mi casa es tuya, pero no rompas nada —salió de la habitación con la taza en una mano y la ropa sucia en la otra.

Me dejé caer pesadamente en una silla y me froté las sienes, perplejo. En cierto modo, tenía razón al afirmar que tenía miedo. No me asustaba el caso, simplemente no dar la talla.

Cogí el café y le añadí una mínima cantidad de leche. Me lo bebí en tres sorbos.

Un par de minutos después, el inspector apareció con una camisa de cuadros color azul, en distintas tonalidades, unos vaqueros ajustados, zapatos y una chaqueta de cuero negra que debía valer mi sueldo de un mes.

—¿Estamos? —se puso unas gafas de sol estilo aviador y abrió la puerta principal.

—Querría disculparme antes —las palabras me salieron atropelladamente, quizás fue por eso por lo que sonrió.

—No tienes por qué, también pasé por eso —me puso una mano en el hombro—. ¿Sabes lo del violador que atrapé, mi primer caso? —Asentí —me meé encima antes de entrar y vomité un par de veces de camino.

No sabía si aquello era verdad, pero lo cierto es que me hizo sentir mejor.

—Eso sí, como se te vuelva a ir la pelota, te atizo sin mediar palabra —añadió, apuntándome con un dedo acusador.

5. Una pequeña iglesia

Abandonamos la casa de Ricardo. Su cuñada se despidió efusivamente, agitando la mano de forma casi espasmódica.

En el exterior, hacía un día soleado, pero el viento helado cortaba nuestros rostros con su danza diabólica, lanzándonos hojas marchitas con furia.

—¿Has desayunado? —me preguntó, mientras saboreaba un bollo que había cogido.

—Llevo toda la mañana contigo, sabes que no. Bueno, el café.

—Mejor, no quiero que me manches los zapatos por accidente —dijo, mordiendo el dulce con ansia.

—¿Qué?

Señaló el coche, haciendo caso omiso a mis palabras.

—Conduce y calla —concluyó, para terminar de devorar su presa torpemente.

Cuando hubimos entrado en el vehículo, ambos agradecemos poder librarnos del flagelante viento que nos había hecho enrojecer y, en mi caso, que un hilillo de mucosidad asomara por un orificio de mi nariz, lo cual remedié sorbiendo penosamente.

—¿Dónde vamos? —quise saber mientras encendía el motor.

—¿Sabes cuál es el barrio de Lucero?

—Más o menos, está cerca de la comisaría.

—Conduce ese más o menos y ya te iré indicando —en el preciso instante en que nos pusimos en movimiento, Ricardo echó el freno de mano, provocando que el coche se calara—. ¡Espera!

—¿Pero qué te pasa ahora? —la desesperación se hizo patente en mi tono.

—No estoy seguro de que me vayas a volver a traer aquí —abrió la puerta y se bajó, cerrando sin ninguna delicadeza—. Vamos en mi coche así sé que, al menos, volverás a por el tuyo.

Con resignación obedecí, dejé el vehículo tal y como estaba y me encaminé hacia el garaje, detrás de él. Al mostrarme el interior, quedé maravillado. No soy un experto en coches, pero desde luego sabía apreciar uno impresionante. Mi nuevo jefe me dejó elegir el modelo que quisiera. Me decanté por el *Mercedes SLK* blanco.

—Ahora sí, vámonos —dijo Ricardo, acoplándose en el asiento del copiloto y

poniéndose el cinturón—. Más te vale no arañarlo —se encendió un cigarrillo, bajó un par de dedos la ventanilla y se recostó, con los ojos cerrados.

Veinte minutos más tarde aparcábamos frente a una pequeña iglesia en el barrio de Lucero, rodeada por una multitud inusual para el día y la hora que eran.

—Conduces fatal —Ricardo se rio de mí.

—No es cierto —estaba indignado con él—. Sólo se me ha calado un par de veces.

—Siete, que yo haya contado, además en la misma recta.

—Bueno basta ya, ha sido hasta que le he cogido el truco.

Siguió mofándose de mí unos instantes, antes de enjugarse una lagrimilla que le recorría la mejilla a causa de la risa. Acto seguido se bajó.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mientras me ponía la americana de mi traje, el cual no había tenido tiempo de cambiarme desde aquella mañana.

No le dio tiempo a responder. Un agente uniformado se acercó a mi compañero y le estrechó la mano.

—Todo bien, puedes pasar Ricardo —le dijo en voz baja al inspector.

—Gracias, Raúl.

Y avanzamos lo suficiente como para que me percatase de que la puerta estaba acordonada. Cuando se abrió un claro entre la multitud de gente que se arremolinaba para intentar enterarse de lo que había pasado pude ver la razón del dispositivo policial, la puerta del templo estaba abierta, al menos una de las dos piezas que la formaban, dado que la otra había sido arrancada de los goznes de una patada, o al menos es lo que parecía, y descansaba apoyada en el quicio, ofreciendo una estabilidad bastante dudosa.

Ligeramente apartados pude ver a otro agente, al que no llegué a ver la cara, y a un hombre de unos cuarenta años, robusto y ligeramente gordo, con un corte de pelo estilo militar de color grisáceo. Se podían percibir los reflejos de su rostro sudoroso, mientras hablaba con el agente atropelladamente y congestionado, con una taza humeante sujeta con ambas manos, mientras que su portador temblaba violentamente.

—Bien, cuando quieras —me espetó Ricardo, invitándome a pasar primero.

Al ver mi gesto vacilante, dio un profundo suspiro y se encogió de hombros.

—Está bien, iré primero —propuso con evidente muestra de resignación. Encaminamos el trecho que nos separaba del interior de la iglesia. Iba justo detrás del inspector, estaba nervioso y me sudaban las manos. Justo antes de cruzar el umbral se detuvo.

—Toma —me tendió una bolsa de plástico.

—¿Se puede saber para qué es esto? —pregunté, observando la bolsa como si fuese la primera vez que veía una.

—Verás —Ricardo se frotó la cabeza—. Nunca has visto un muerto. Te estoy ahorrando la vergüenza de que te echas la pota en las manos, o peor, en el escenario del crimen.

—Un momento, ¿esto es un homicidio?

—No solo es un homicidio, niño —me cogió del hombro y se acercó a mí, poniendo su cabeza contra la mía, acto que me resultó algo violento, teniendo en cuenta que le acababa de conocer—. Hoy, debutas a lo grande —hizo un gesto como si nos rodease un graderío con una multitud encendida.

—Siento decepcionarte, pero no necesitaré esto —y le tendí la bolsa de una forma más brusca de la que pretendía emplear.

Mi compañero giró la cabeza ligeramente, como si se tratase de un gato al que tratases de dar una orden.

—Bien, como quieras —cogió la bolsa y se la guardó—. En fin, entremos. Traspasamos el umbral y nos avanzamos unos pasos. El eco de nuestras pisadas resonó por el lugar, fomentando un escenario de pesadilla, la diferencia de temperatura con el exterior era notable, cerca de unos diez grados menos, un soplo de aire fresco en aquella calurosa mañana de principios de septiembre. La penumbra reinaba en aquel lugar, por todas partes, salvo en un lugar. La única vidriera de aquella modesta iglesia estaba ubicada en el techo, lo cual implicaba que un haz de luz iluminase el centro del recinto en aquel momento.

Lo que desvelaba aquel foco natural era terrorífico.

En un altar improvisado se erigía una cruz de madera. El madero vertical tenía una altura de dos metros y medio, mientras que el horizontal era de una longitud ligeramente menor. Al pie de la misma había multitud de velas. No pude contener una exclamación cuando vi los cuerpos. Un hombre y una mujer. Ambos colgaban inertes, como si se trataran de muñecos, crucificados, cada uno en un lado de la cruz. Al acercarnos, vi que ambos tenían sendos clavos en ambas manos y uno de gran tamaño atravesando ambos pies, uno sobre el otro. Estaban ataviados con una toga blanca, coloreada de rojo en

algunas partes, a causa del desangramiento que les produjo el brutal castigo.
—Dios mío. Cupido —susurré bajo la atenta mirada del inspector.
Él permanecía en silencio, analizándolo todo, pero siempre en silencio.

—La cabeza del hombre está gacha y tiene los ojos cerrados, eso quiere decir... —comencé a decir.
Que se desmayó antes de morir, más que no sepa —me interrumpió Ricardo.

Contemplé a la mujer. Su cabello color ceniza relucía con los rayos de sol que se filtraban a través de la vidriera. En vida debía haber sido hermosa, pero ahora descansaba con la cabeza en un ángulo grotescamente antinatural, de tal modo que los ojos permanecieron abiertos, verdes, desorbitados e inyectados en sangre, mirando sin vida a la pared.

Avancé otro paso más y sentí como las suelas de mis zapatos se pegaban al suelo, debido a la sangre que habían perdido las víctimas. El sonido que se produjo cuando se despegaron me revolvió el estómago, pero aguanté las náuseas estoicamente, solo por no poder darle el placer a Ricardo de dedicarme una sonrisa socarrona.

—¿Ves algo más que te llame la atención? Cualquier detalle puede ser importante —su mirada era la de alguien que ya había encontrado lo que quisiera que fuese lo que me disponía a buscar.

—Hay mucha más sangre en el lado del hombre que en el de la mujer —reparé en voz baja—. En un crimen en el cual ambas víctimas han sido asesinadas a la vez y en el mismo lugar, el resultado tendría que ser similar, pero el caballero apenas ha sangrado.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —quiso saber. —No murieron de la misma forma —aventuré.

—Vas bien —sonrió satisfecho—. Pero fallas en algo. Asentí y volví mi atención al escenario del crimen. No reparaba

en nada más que pudiese ser significativo. La mujer tenía las palmas de las manos rajadas, probablemente a causa de forcejear, ya que los clavos se encontraban en la trayectoria de la herida. Quizás incluso busca desgarrarse la mano para soltarse.

—No sé, jefe, no encuentro nada relevante —me di por vencido, dudando de si realmente se me escapaba algo o sólo lo hacía para ponerme a prueba.

—No me llames jefe. Ricardo o inspector —utilizó un tono arisco que me enfureció—. ¿Sabes? Los cuerpos están aquí —señaló de forma ostentosa ambos cuerpos, visiblemente molesto—, pero el asesino no ha aparecido por arte de magia aquí con todo este montón de mierda, sin ofender señores —añadió dirigiéndose a los finados—. Ha tenido que interactuar con este lugar y si quieres atrapar a ese puto loco, deberías hacer lo mismo y mirar las cosas un poco más de lejos.

Aquella declaración me dejó perplejo. Iba a responderle que estaba loco cuando, de pronto, me vino a la cabeza lo primero que pensé al echar el primer vistazo a la iglesia. Había notado que todos los cuadros estaban torcidos o inclinados. Presté atención y me percaté de que todos apuntaban hacia el lado norte de la iglesia.

—¿Tienes un pañuelo? —le pregunté a Ricardo.

Se encogió de hombros y me extendió un pañuelo blanco de tela, que desdoblé mientras me dirigía hacia la mesa donde habitualmente se celebraba la eucaristía. El rincón estaba cubierto por un espeso manto de polvo, pero localicé mi objetivo, una vela de forma cilíndrica, sin usar, que descansaba junto a un cáliz de plata ennegrecido y unas páginas con marcas que indicaban que habían sido mordisqueadas por roedores.

Tomé la vela, cubriéndola con el pañuelo para no esparcir mis huellas por aquel lugar, y, con sumo cuidado, la deposité en el suelo. Tras un segundo de vacilación, comenzó a rodar, tal y como yo pensaba.

—El piso está desnivelado hacia el norte —que era el lado que ocupaba el hombre—. Lo cual quiere decir que él apenas sangró, fue ella la que se murió desangrada. A juzgar por su rictus, él murió a causa del dolor, lo cual derivaría en un *shock* y, a su vez, en una parada cardiorrespiratoria. Eso explica la no presencia de su sangre —hice una pausa para coger aire, pero me vi interrumpido.

—Se fallece en menos tiempo por una parada que por este método y los

muertos no sangran —me miró con aires de suficiencia—. Tendrás que esforzarte más, chico.

Furioso, me aparté de su lado y observé una vez más la escena.

—Lo único que me pregunto es por qué no gritó si estaba consciente... Me hice con unos guantes, que me proporcionó un hombre de uniforme, bajito y con una mueca extraña en el rostro. Una vez conseguí calzarme los guantes de vinilo azules, me aproximé a ambos cuerpos. En primer lugar observé el del hombre. Era un tipo apuesto, de unos cuarenta y pocos años, el pelo rizado le caía sobre la cara, también oculta por una espesa barba de varios días que nadie se había preocupado de arreglar. Corroboré que no hubiese nada significativo en aquel cuerpo, que había exhalado su último suspiro hacía no mucho tiempo, y me dispuse a examinar el de la mujer, bajo la atenta mirada de varias personas, que iban volviendo la vista hacia mí con cada nueva pesquisa.

Rocé suavemente una de sus mejillas, fría como el mármol, y reparé en que tenía un hilillo de sangre asomando por la comisura de los labios y un ligero abultamiento bajo el labio inferior. La agarré por el mentón con firmeza y separé las hileras de dientes, rígidas, y un hedor penetrante me abofeteó, haciendo que me retirase sobrecogido, tratando de taparme la nariz y la boca torpemente, mientras luchaba por no trastabillar y caer.

—¿Quieres la bolsa? —inquirió el inspector, divertido, arrancando una carcajada a los presentes.

—Vete al cuerno, Ricardo —respondí en cuanto mi estómago se hubo asentado—. He visto algo.

Las carcajadas cesaron de inmediato y todas las miradas se centraron en mí.

—Le han cortado la lengua —dejé un momento para que cada uno sacara sus conclusiones antes de proseguir—. ¿Sabéis lo que implica, no?

Para mi sorpresa, los agentes comenzaron a desentenderse y Ricardo me miró absolutamente desconcertado.

—¿En serio no lo ves? —quise saber.

—Por eso estás aquí.

Avanzamos hacia los cuerpos y dejé entrever la lengua mutilada, apartando los labios con los dedos.

—¿Es el primer caso en que pasa esto? —quise saber.

Asintió.

—En ese caso —estaba lanzado y tenía una teoría—, creo que el asesino tenía motivos personales con respecto a esta mujer.

—Te escucho —en ese momento toda la atención de aquel increíble policía se centró en mí y me sentí henchido de orgullo.

—Si tenemos en cuenta que es la única que presenta alguna condición distinta, habría que tratar de achacársela a algo. Si todas las personas han aparecido plácidamente muertas, salvo ésta, es porque algo tiene de distinto —miré fijamente al inspector, que no había pestañado mientras exponía mi teoría—. En resumen, creo que el asesino quería que la mujer viese su muerte o la del hombre, de ahí cortarle la lengua, para que no pudiese gritar y la invadiese la angustia y la desesperación.

Ricardo se frotó la barbilla en un gesto pensativo y dio media vuelta.

—Suena interesante, veremos hacia dónde nos conduce —y comenzó a alejarse.

—Espera —mi ruego hizo que se volviese y deshiciese el camino, introduciéndose la mano en el bolsillo y, sin mediar palabra, sacando y dándome la bolsa—. Gracias.

Me oculté en las sombras de un rincón, incapaz de contener las náuseas que llevaban acechándome desde que había entrado en aquel lugar. Solo me sentí mejor una vez hube echado la última cena.

6. Señor Daneli

Una vez hube vomitado la cena, salimos al exterior. Ricardo se paró a hablar con un agente, que señaló al individuo que habíamos visto al entrar. El inspector musitó unas palabras de agradecimiento y me indicó que nos acercáramos.

Con un gesto de la mano, estableció el punto hasta el que podía acercarme y me paré en seco, tratando de no cruzar esa línea invisible que me había trazado.

Observé. Ricardo movía mucho los brazos y el hombre parecía perplejo. Le levantó la voz y comenzó a temblar. Entonces me aventuré a traspasar el límite impuesto y les interrumpí.

—¿Se puede saber qué haces? —le aparté ligeramente del hombre.

—Oculta algo, seguro.

—Aun así, estás perdiendo los estribos. Vete, me ocupo yo.

—Pero... —le miré de manera condescendiente y se marchó sin decir nada más.

—Cálmese —le exigí a Daneli una vez se hubo alejado el inspector.

El hombre tosco de nariz colorada me contempló detenidamente, de arriba abajo, como si temiese que en cualquier momento fuese a saltar sobre él.

Sorbió el hilillo de moco que le asomaba penosamente por un orificio nasal y movió, inquieto, las manos dentro de los bolsillos de su abrigo.

—Gracias por alejar a ese psicópata —logró balbucear esas palabras una vez se hubo serenado.

—No tiene por qué dárme las —me senté a su lado, en las escaleras, dando la espalda al templo—. No se lo diga, pero hay veces que me encantaría partirle la cara.

Dibujó una sonrisa.

—¿Hace mucho que se conocen? —el tipo parecía encontrarse cada vez más cómodo.

—Entre tres y cuatro horas.

Se quedó sorprendido, finalmente se encogió de hombros.

—De acuerdo señor Daneli —decidí que ya era momento de hablar sobre el caso, mientras, en la distancia, Ricardo me observaba con ojo crítico, con una bebida energética en una mano y un cigarrillo a punto de consumirse en la otra.

—Adrián, por favor, señor agente.

—Subinspector —no me sentó bien esa degradación tan gratuita—. Por favor, señor Daneli, cuénteme, ¿qué pasó?

Frunció el cejo, disgustado por no abandonar las formalidades con él.

—Entré a la iglesia y encontré los cuerpos en la zona del atrio, iluminados por un haz de luz que se filtraba por la cristalera. Aparte de eso, reinaba el silencio y la oscuridad —explicó con la mirada perdida, mientras comenzaba a sudar de nuevo.

—¿Cómo entró? —quise saber, intrigado.

El sol irradiaba contundentemente y notaba como se me pegaba la ropa al cuerpo. Algunos transeúntes se paraban y ojeaban, curiosos, en busca de algo macabro que poder contar después.

—Tengo una copia de la llave —el hombre sacó una larga cadena de plata ennegrecida que llevaba colgada al cuello, revelando una llave que oscilaba hipnóticamente—. La iglesia llevaba años cerrada y, de pronto, decidieron abrirla y enviaron un cura nuevo, Gabriel Roch, se llama. No se dejaba ver mucho porque estaba preparándola para hacerla utilizable, pero coincidí alguna vez con él y, al enterarse de que regento el quiosco de la esquina, me dejó una llave por si acaso.

—Y, ¿la lleva siempre al cuello? —pregunté, irónico.

—Ah, sí, verás. El padre Roch se fue hará cosa de un mes. Dijo que tenía que cumplir una misión en Sierra Leona, creo que era, que volvería en quince días y que una vez al día me asomase para comprobar que todo estaba bien y recoger el correo si hubiese, así que eso hago desde entonces.

—¿Sabe dónde puede estar?

—Me dio un número, pero no estaba disponible ninguna de las veces que le he llamado. También he preguntado por él en varias ONG, pero los datos están fatal archivados y no me han sabido resolver nada.

De pronto, entre la multitud, atisbé un individuo que gesticulaba exageradamente, atrayendo las miradas de los que le rodeaban. Tardé unos segundos en darme cuenta, abochornado, de que se trataba de Ricardo y que la retahíla de aspavientos iba dirigida a mí.

Le hice un gesto para indicarle que se acercara, no sin antes dedicar una

sonrisa a todos cuantos le estaban observando. Me alejé ligeramente de Daneli.

—Menos mal, ya me temía que pensasen que estoy loco —me recriminó mi compañero.

—¿Se puede saber qué coño haces? —le increpé.

Me dio una bofetada, sonora, pero suave, totalmente indolora, encaminada más a herir mi orgullo que mi cuerpo.

—Recuerda que soy tu jefe, dirígete a mí con respeto, novato. —Perdona, yo...

Arrancó a reír ipsofacto.

—Vaya cara has puesto, tendrías que haberte visto —se carcajeó—. Te estaba tomando el pelo —continuó, ignorando mi cara homicida—. He estado al tanto de la conversación y creo que la hora a la que ha encontrado los cuerpos es algo extraña, no sé, lo lógico hubiese sido hacerlo antes de empezar a trabajar en el quiosco o regentarlo —se mofó de él en un tono en el que pudiese oírlo—. Menudo imbécil.

—Lo cual quiere decir —pensé en voz alta —que, o encontró los cuerpos antes y esperó para avisar o que se entretuvo por algo.

—O que es el asesino —añadió Ricardo.

—¡Que no! —protesté.

—De acuerdo, de acuerdo, era solo una idea —colocó los brazos delante del cuerpo, en un gesto apaciguador—. En cualquier caso, lo que quiera que haya hecho que se retrase está ahí.

Señaló un pequeño quiosco que resplandecía con destellos metálicos al final de la calle, probablemente el de Daneli.

—¿Cómo estás tan seguro? —me sentí intrigado por su seguridad a la hora de plantearlo.

—Durante vuestra conversación, señalaba con los pies y la cabeza hacia ese lugar, de forma inconsciente, claro —le miraba boquiabierto—. Por otro lado, las manos en los bolsillos indican que oculta algo, la gente que quiere resaltar la verdad gesticula con las manos.

Me di cuenta de que, en efecto, no las había mostrado en ningún momento y esquivaba mirarme a los ojos.

—Adelante —me animó el inspector.

Su brillantez hizo que me olvidara de mi enfado para con él y volviera al interrogatorio, teniendo claro qué era exactamente lo que le iba a decir.

—Adrián, ¿podría mostrarme las manos?

Él me miró.

—Preferiría no hacerlo —pidió, perplejo.

—Me temo que no tiene elección.

Finalmente cedió e hizo lo que se le pedía, revelando, para mi espantosa sorpresa, una mano derecha mutilada a la cual le faltaban tres dedos, que trataba de ocultar con una prótesis de color negro que no hacía sino más macabra la visión. Una exclamación de sorpresa corrió hasta mi garganta, pero conseguí ahogarla, produciendo un gemido ahogado.

—Disculpe, he sido muy grosero.

—No tiene importancia —el hombre aceptó la disculpa de buen grado, enfundando las manos rápidamente—. Cuando era joven pasé una noche de invierno a la intemperie por una serie de circunstancias. El caso es que esa noche heló y se me congelaron esos tres dedos de la mano. Parece ser que amputarlos era la única solución... — parecía haber envejecido diez años en el transcurso de la historia.

—Vaya, lo siento —la historia, aunque enternecedora, no me importaba lo más mínimo—. Una última cosa —paladee las palabras, relamiéndome una de las comisuras de los labios—, ¿qué nos oculta en su quiosco?

Daneli permaneció imperturbable al principio, pero, progresivamente, los ojos fueron desorbitándosele y su rostro se congestionó, adquiriendo un preocupante tono purpúreo, aunque volvió a su estado normal tan súbitamente como lo había abandonado, dejando caer los hombros.

—Venga, se lo enseñaré —cruzamos una mirada que apenas duró un segundo y no vi culpabilidad en él. Acto seguido echó a andar.

—Sea lo que sea lo que nos oculta —Ricardo apareció súbitamente a mi lado, sobresaltándome y haciéndome dar un ridículo saltito que provocó las risas de cuantos nos rodeaban—. Tranquilo Carmelo —se burló, sin intentar siquiera ocultar sus carcajadas, que acabó por contagiarme—. Decía que lo que nos oculta no tiene que ver con el caso. No digo que este tío sea un santo, pero sí que sé que un asesino en serie no actúa así cuando lo atrapas, qué coño, ni siquiera lo atrapas así.

Me indicó con un gesto de la cabeza que fuésemos hacia donde se encontraba Daneli, que nos aguardaba unos metros adelantado, cobijado bajo la sombra de un enorme pino, sobre el cual podía escucharse el jolgorio de las aves, que trajinaban inquietas en sus nidos.

Los comercios de la calle, en su mayoría bares, estaban abiertos, y la vida transcurría como si la muerte no fuera con ella.

—Vamos, síganme —nos increpó el enorme quiosquero. Parecía tranquilo y eso me preocupaba. Pasó por mi cabeza la posibilidad de que pudiese ser una trampa y tiré de la camisa a Ricardo para apartarlo ligeramente y compartir con él mi sospecha, pero me apartó la mano con delicadeza y continuó.

Nos detuvimos frente a aquella enorme caja metálica, cerrado a cal y canto.

—Se cotizan caros los periódicos hoy día —comentó Ricardo.

—¿Cómo dice? —se interesó Daneli.

—Muy cerrado para lo que vende, ¿no? No guarda un género valioso, que digamos.

Él se encogió de hombros y sacó con la mano mutilada un gran manojito de llaves de infinidad de colores. Se las tendió a Ricardo. —La azul *cyan* —informó Daneli.

—¿*Cyan*? Por favor, amigo, deje de ver catálogos de lencería — le increpó el inspector, conteniendo la risa.

Permaneció quieto, mirando la llaves y al hombre, alternativamente.

—No hay nada peligroso —espetó Daneli, agitando las llaves impaciente delante de la cara de Ricardo.

—No sé, no me fio —chascó los dedos como si se le hubiese ocurrido una gran idea—. Carmelo, entra —me franqueó el camino con la mano.

—¿Estás loco? Entra tú —repliqué furibundo.

—Está bien, cálmate —se giró hacia Daneli—. Abra.

—No hay nada peligroso —repitió, aunque no hizo ademán de moverse.

—A ver, buen hombre, seré franco. Usted no tiene ni voz, ni voto, ni derecho en esta historia, así que o nos abre y nos adelanta el trámite de tener que pedir una orden que podría costarme horas o un par de favores y no quiero perder ni tiempo ni posición, o me va a ver muy a menudo por aquí. Muy, pero que muy cabreado —respiró muy hondo, pausadamente.

—Está bien —claudicó finalmente.

El inspector y yo nos ocultamos detrás del robusto hombre mientras introducía la llave, asomando la cabeza lo justo para poder ver lo que hacía. Los dientes chascaron al encajar y un sonido sordo precedió al quejumbroso gáñido que emitió la puerta al abrirse y develarnos lo que con tanto celo guardaba aquella enorme lata carcomida por el óxido.

7. Facilidad de reconstrucción

Ninguno de los dos estábamos preparados para lo que vimos a continuación. Los débiles rayos de sol que se filtraron a través de la puerta nos desvelaron una bolsa de plástico, de cuyo borde colgaban perezosamente varios billetes de no más de veinte euros.

—¿Cuánto puede haber? —pregunté a Ricardo.

—Hay siete mil euros exactos, lo he contado tres veces —nos explicó el beneficiado.

Nos agachamos, pusimos unos guantes de vinilo azules y cogimos un puñado de billetes cada uno para cerciorarnos de que eran reales. Lo eran.

—Todo vino en un sobre y lo acompañaba una nota. Ambas cosas están en la bolsa —indicó Daneli, señalándola con la mano mutilada.

Ricardo rebuscó en el interior, apartando billetes, hasta que finalmente halló un pedazo de papel ubicado en la base de la bolsa, perfectamente cortado de forma rectangular, con indicios de haber sido doblado. Prácticamente al lado se podía distinguir la silueta de un sobre abierto, aunque estaba íntegro.

El inspector cogió la nota y me la dio, poniendo más atención al sobre. Di la vuelta al trozo de papel lo observé. Rezaba: “Lo siento por el sufrimiento que haya podido haber causado”. Podían apreciarse las iniciales *C.M.* como única firma.

—Cristina Morales, la víctima —musitó Ricardo distraído, mirando de refilón el texto.

Se mostró perplejo bajo nuestras miradas de asombro. —Era considerada la mejor cirujana de Madrid, si no de España —aclaró—. Una vez fui a una conferencia y conseguí una copia de su tesis doctoral dedicada. He reconocido la letra.

Por primera vez desde que estuvo en escena, Ricardo pareció interesarse por la nota, cogiéndola, observándola de cerca y oliéndola frenéticamente.

—Le falta un trozo, probablemente no demasiado grande —me pasó el papel y me percaté de que tenía razón, pero estaba tan bien cortado que no había reparado en ello.

—Al principio de la nota —añadí.

—Es lo lógico —dictaminó Ricardo.

—¿Lógico? ¿Cómo puedes referirte a esta locura como algo lógico? —le increpé.

—Es sencillo. Nuestro amigo, aquí presente, abre la iglesia como cada mañana y se encuentra el sobre en primer lugar. Mientras asimila la sorpresa de su contenido ve los cuerpos y, como es un tipo inteligente, sabía que si avisaba a la policía incautarían el sobre como prueba, así que hizo lo más lógico. Se guardó el sobre y salió, apenas había testigos y los que había vieron aquello como rutina, simplemente. Después descubrió el cuerpo cuando sabía que habría gente mirando, para exculparse así.

Miró con gravedad al hombretón, que asintió levemente, serio.

—Lo más probable es que el dinero fuese para alguien y no simplemente para la iglesia, de ahí que falte un trozo de nota al principio. Porque ponía el nombre de a quién iba dirigida y, con toda seguridad, esa persona sea el asesino.

—Pero, ¿por qué no se llevó el sobre con toda la pasta? —quise saber.

—Lo más probable es que fuese parte de su plan, pero tampoco te puedo dar una respuesta exacta —respondió Ricardo.

Me fascinaba la facilidad con la que reconstruía los hechos, valiéndose tan solo de un par de trazos superficiales.

—Adrián —llamó la atención del quiosquero—. Cuéntenos por qué ha obstruido una investigación de asesinato por dinero y más vale que su historia sea convincente.

—Verá, agente...

—Inspector —Ricardo le corrigió bruscamente y, para mi sorpresa, Daneli esbozó una media sonrisa.

—Sí, eso. La puerta de la parroquia tiene una apertura que hace de buzón, aunque lo que es el recipiente no existe —comenzó—. La gente habitualmente solo tira basura por ahí y eso hace que la puerta se atranque al abrirla. Todas las mañanas recojo los trastos y la basura y aparto ropa o libros, que no toda la gente es mala y también dejan cosas útiles. Esta mañana estaba el sobre y lo cogí, no tengo muchos ingresos...

—Y además tiene problemas con el juego —matizó Ricardo. —¿Cómo sabe eso? —pese a la sorpresa en su voz, Daneli estaba calmado.

—Los cortes en las manos, las barajas buenas pueden cortar si se pone ímpetu o si, como en este caso, se sujetan las cartas con demasiada fuerza. Miró las magulladuras como si acabase de reparar en que estaban ahí y se

frotó las manos suavemente. Comenzó a llorar, en silencio, derrotado. Ricardo le indicó que tomara asiento en una silla desvencijada y éste obedeció, dejándose caer pesadamente y arrancando un hondo chillido a su asiento.

—No se preocupe, no ha hecho nada malo, dentro de lo que cabe —colocó una mano sobre el hombro del gigantón, como un padre que consuela a un hijo.

—Devolveré el dinero —había dejado de lloriquear y estaba nervioso, aunque se le veía ligeramente más sereno. Se puso en pie y nos entregó a bolsa, apoyándola contra mi pecho sin darme mucha opción a no cogerla—. Me hubiese venido bien —añadió con melancolía.

—Un segundo —el inspector salió a toda prisa y volvió al minuto con un pequeño fajo de billetes de quinientos euros que iba doblando minuciosamente mientras andaba—. Aquí tiene, le compro la prueba, solo me han dado cuatro mil.

—No puedo aceptarlo —Daneli estaba tan sorprendido como yo y ninguno tratamos siquiera de disimularlo.

—Insisto, si hubiese opuesto resistencia y hubiésemos precisado de una orden para entrar, la prueba habría volado —le acercó los billetes de la misma forma que él a nosotros la bolsa con el dinero y, finalmente, lo cogió sin mirarlo.

Balbuceó un agradecimiento y guardó rápidamente los billetes en un bolsillo interior del horrible cárdigan verde fangoso que llevaba.

—Permanezca localizable por si necesitáramos algo más —le pedí.

—De acuerdo —confirmó.

Tras despedirnos, salimos al exterior. Pese a que el cubículo metálico en el cual habíamos estado recibía con rabia los rayos del sol, salir al exterior no fue un consuelo, ni mucho menos. El simple hecho de existir era agobiante.

—¿Se puede saber cuánto dinero tienes? —exclamé.

—No, creo que no.

—¿Qué hacemos?

—Yo voy a llevar esto a ver si sacan huellas o algo que nos pueda servir.

—¿Y yo? ¿Qué hago?

—Mientras estés localizable para que te extorsione cuando lo requiera, me da exactamente igual.

Me dedicó una sonrisa, se puso unas gafas de sol estilo aviador negras, encendió un cigarrillo y se marchó, alejándose sin mirar atrás.

8. Carta de presentación

Transcurrieron varios días en los cuales no tuve ningún tipo de noticia de Ricardo, ni siquiera a través de terceras personas. Me las había ingeniado para hacerme con los expedientes tanto de las víctimas actuales y las anteriores, seis en total, aunque he de admitir que no me supuso demasiado esfuerzo. Ocupaba mi tiempo en revisarlos una y otra vez, en busca de algo que pudiera habersele pasado al increíble cerebro de inspector, hasta el punto en que comía cuando me acordaba y sabía que había dormido cuando despertaba dolorido frente a la multitud de papeles revueltos.

Todo el papeleo estaba metido en un enorme cartapacio marrón claro, en el cual podían distinguirse perfectamente las huellas de los dedos de varias personas estampadas en ambas caras.

Hasta la fecha, Cristina Morales y Marco Cuevas habían sido la quinta y la sexta víctima, pero, lógicamente, la historia de *Cupido* se dio a conocer con anterioridad. El homicida firmó una carta de presentación espectacular dos años atrás, durante la celebración de una Eucaristía en la catedral de La Almudena, en el día de la matrona de la ciudad.

La ceremonia transcurrió con normalidad. La iglesia estaba abarrotada y el ambiente viciado, pese al frescor característico de los lugares santos. Las palabras del sacerdote resonaban entre aquellos muros, monótonas y vacías. El momento de comulgar estaba próximo y, como correspondía a la ceremonia, el sacerdote se dispuso a bendecir el pan y el vino. “Tomad y comed todos de él...”. Narraba el cura, coreado por las voces de algunos devotos, totalmente desacompañados entre sí. “Tomad y bebed todos de él...”. Continuó, dando un buen sorbo de vino, antes de que sus ojos se le desorbitaran y, apartando el cáliz bruscamente, lo escupiera sobre los sorprendidos feligreses ubicados en la primera fila.

—¡Es sangre! —el párroco estaba fuera de sí, moviendo los brazos compulsamente mientras huía pavoroso de la escena. Un pánico controlado invadió el lugar, levantando murmullos entre los

presentes que, paulatinamente, se convirtieron en una algarabía. Ninguno de los presentes había reparado en lo que parecía un crucifijo cubierto con una enorme sábana blanca, un tanto apartado de la nave central, pero perfectamente iluminado con un haz de luz que le daba un aspecto teatral. Un monaguillo se acercó, dubitativo y asió la sábana, bajo la atenta mirada de la gran mayoría de los presentes. Solo dudó un segundo antes de retirarla, pero podía percibirse la angustia del silencio que precedió al horror.

Dos víctimas, un hombre y una mujer, cada uno a un lado de la cruz, clavados con tres enormes clavos que asemejaban la muerte de Cristo. No había demasiada sangre a la altura de los orificios que presentaban en manos y pies, lo cual indicaba que habían sido asesinados con anterioridad, antes de sufrir tan horrible castigo. Probablemente la sangre que bebió el pobre cura fuese de alguno de los dos, si no de ambos.

Me levanté de la silla de mi escritorio para estirar las piernas y despejar la mente. Saqué otro documento de la carpeta, una fotocopia de una carta manuscrita que el asesino clavó en uno de los costados de la cruz. La letra trataba de ser esmerada, pero resultaba temblorosa, haciendo que algunas letras fueran prácticamente ilegibles. Precisé de un rato hasta que conseguí leerla completa. El mensaje constaba únicamente de seis palabras: *Pagarán por los pecados de otros.*

Se me erizó el vello de la nuca solo con pensar en que aquel psicópata andaba suelto, no solo asesinando, sino asesinando inocentes para hacer pagar a otros por quién sabe qué.

El siguiente homicidio fue similar al último acontecido en cuanto a discreción se refiere. La pompa la empezó y terminó en el primero. El modus operandi fue el mismo en los tres casos acontecidos, con la excepción de la cirujana, a la cual dejó morir desangrada. En todos ellos se trataba de un hombre y una mujer, aunque en este en particular, se trataba de un niño de catorce años y de una niña de diecisiete, clavados a la cruz, aunque habían muerto anteriormente, al igual que en el primer caso. En esta ocasión también hubo nota, con la misma letra, inconfundible. '*Sentid la ira*', rezaba.

Un escalofrío recorrió mi espalda y temblé ligeramente.

—El puto loco se cree Dios —farfullé en voz alta.

Me sentía despierto y espabilado. Con cada nueva lectura especulaba con la posible solución y me imaginaba descubriendo al asesino en mi debut en un trabajo de campo.

Repasé mis anotaciones y deambulé inquieto por mi piso, que se encontraba

al lado de la comisaría. La idea de sentirme inútil me carcomía, así que hice lo más lógico, calzarme y bajar a recordarles que también era mi caso.

Atravesé la comisaría como una exhalación hacia el despacho del comisario, al final de la misma. Llevaba a la vista una placa que me facilitó Ricardo el día que nos conocimos, para facilitarme el acceso sin ser interceptado, ya que mi aire decidido podía incitar sospechas y no todo el mundo sabía quién era.

—Hola —saludé a Ana, que custodiaba las puertas de Robles y

Ricardo desde su escritorio, y así el pomo de la puerta.

—Carmelo —su tono fue calmado aunque firme—. Están reunidos.

—Sí, probablemente hablando de nuestro caso —tras mirarla me volví hacia la puerta de nuevo, pero pude ver una media sonrisa en los labios de Ana por el rabillo del ojo.

La golpeé repetidas veces con los nudillos y abrí sin esperar a que me invitasen a entrar siquiera, envalentonado. Dentro se encontraban el comisario, el inspector y un hombre al que no conocía, alto, delgado y preocupantemente pálido, que miraba con ojos de búho pero permaneció imperturbable a mi presencia. Solo supe que reparó en mí porque dejó de hablar.

—Vosotros —señalé a Javier y Ricardo, mis dos superiores — sois unos imbéciles —me sorprendí al usar esas palabras, lo cual no fue motivo de peso para que cesara—. No hacéis más que dar palos de ciego en un caso que cada vez estáis más lejos de resolver. Fuisteis vosotros los que me llamasteis, me estáis haciendo perder mi tiempo y, por si fuera poco, he tenido que hacer de niñera de este... —miré a Ricardo, ya nada podía pararme —de este individuo.

Miré al tercero, al cual parecía divertir la situación. —Soy Carmelo, por cierto, buenos días.

El inspector comenzó a tornarse púrpura, congestionado por el enfado que le produjo mi intrusión. Comenzó a marcársele una vena que le cruzaba la frente.

—Carmelo —me gritó—. No sé quién coño te has creído que eres, pero no tienes ningún derecho a faltarnos al respeto a nosotros, tus superiores —se calmó ligeramente.

—Vete y tendrás noticias cuando lo estimemos oportuno —el comisario tomó la palabra.

—¿Estimemos? ¡Si haces lo que él te diga! —le repliqué y nos sostuvimos la mirada hasta que agachó la cabeza, avergonzado—. Si salgo por esa puerta no voy a volver.

—Que así sea, entonces —sentenció Ricardo.

También le sostuve la mirada unos segundos, desafiante, sin ocultar mi decepción y, al ver que no obtuve reacción alguna busqué apoyo en Robles, que apartó la vista desvinculándose del tema. —Muy bien —dije, abatido. Dejé la placa sobre el escritorio, me despedí escuetamente y salí dando un portazo lo más fuerte que pude.

Ana me estudió, preocupada.

—¿Estás bien? —se interesó.

Negué con la cabeza, mirando fijamente al suelo y le di una patada a su mesa, volcando algunas cosas y sobresaltándola. —Lo siento —era incapaz de mirarla a los ojos, pero me deleité

un segundo con la imagen de su boca y su olor dulzón—. Adiós Ana. Me marché sin decir nada más, ante su sorpresa, mientras me observaba, boquiabierta, alejarme por el pasillo.

Cuando la secretaria irrumpió en el despacho, todos los presentes discutían acaloradamente. Ricardo movía exageradamente los brazos y Robles gritaba cada vez más. El otro hombre parecía más calmado, pero aun así, participaba en el debate.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana levantando la voz, para hacerse oír en medio de aquel gallinero.

Los otros, que no habían reparado en su presencia, callaron de golpe.

—Ese chico es muy temperamental, el examen psiquiátrico indica que es bipolar no diagnosticado —Robles intervino.

—Pero es brillante —protestó Ana.

—Da igual —ahora fue Ricardo el que habló—. Sabe controlarse, pero cuando pierde los papeles, los pierde del todo.

—No seas estúpido —bramó la secretaria—. El mejor investigador de la ciudad, país y, probablemente, del mundo es la persona más desequilibrada que conozco.

Ricardo sonrió y durante un rato nadie dijo nada.
—Tiene razón, Javier —terció finalmente el inspector.

9. Excentricidades

Me desperté sobresaltado en el sofá de mi casa a causa de unos fuertes golpes en mi puerta.

Sentía cierta inestabilidad y la cabeza parecía que iba a estallarme, como si el cerebro no me entrase en el cráneo.

Mi salón no era muy grande, pero estaba bien iluminado, gracias a que una pared estaba compuesta únicamente por un inmenso ventanal. El sol se filtraba por las cortinas y me acariciaba el rostro, impulsándome a un plácido sopor, aunque al poco, la claridad se me antojó insoportable y tuve que levantarme.

Alguien volvió a llamar, esta vez al timbre y una sola vez, pero con un timbrazo largo que me atravesó como una bala, acrecentando mi jaqueca y revolviéndome el estómago.

—Ya voy —bramé malhumorado, apretándome las sienes.

Volvieron a llamar y perdí la paciencia, arrancando bruscamente y mareándome. Observé una botella de Vodka casi vacía en el suelo, causante de mi malestar, y le di un trago para quitarme el sabor a vómito de la boca. Me tambaleé ligeramente, choqué con un mueble, tirando una figurita de porcelana que se hizo añicos, reboté contra la pared y, finalmente, conseguí llegar a la puerta.

Miré por la mirilla, pero estaba oscuro. La estaban tapando.

—Comida china —dijo una voz familiar con acento extraño.

—No he pedido comida china, lárgate —espeté al otro lado de la puerta.

—*Oh no. No es pala usted* —pronunciaba las ‘erres’ como

‘eles’-. *Yo comel comida en su casa.*

—Basta ya de tonterías —la voz de Ana precedió al sonido de un golpe seco—. Carmelo, abre.

Obedecí y observé al inspector con una sonrisa, frotándose la nuca y a Ana a su lado, la cual estaba especialmente guapa. Ricardo sostenía, en efecto, comida china, cuyo olor me arrancó una arcada. —Te dije que tendría resaca, paga —Ricardo extendió la mano y Ana le tendió un billete de diez euros.

—Eres un payaso —dejé la puerta abierta y me encaminé al sofá.

Entró primero Ana y Ricardo cerró la puerta con demasiada fuerza, haciendo que se cayese el único cuadro que tenía colgado, una foto con mi difunta mujer, Sofía. El cristal se rajó de extremo a extremo y Ana le pegó un grito.

—Ya estaba así —fue su único argumento.

Estaba furioso, pero no me veía capaz de levantarme, así que lo dejé estar, conteniendo mi rabia. Ana cogió el cuadro y se sentó a mi lado.

—Era guapa —pasó la mano por el rostro pecoso de Sofía en el retrato, apreciando su precioso pelo moreno y sus claros ojos color miel—. Debes de echarla mucho de menos.

La miré, quizás con demasiada severidad y la arrebaté el marco, dejándolo boca abajo sobre la mesa.

—Cada segundo de mi vida —confirmé, cabizbajo. Ricardo observaba mi casa detenidamente, ajeno a lo que acababa de hacer.

—Joder, vaya antro —musitó.

—Era de mis abuelos, la estoy reformando, pero tiene ochenta años —le expliqué, no sabría decir muy bien por qué.

Era cierto que el piso estaba deteriorado. Mi abuela se lo dejó en herencia a mi madre y yo se lo compré por un módico precio, a la vista de su estado. No obstante, yo adoraba aquella casa. Había crecido ahí y cuando vi la oportunidad, me lancé a ella como una fiera sedienta de sangre.

—¿Qué quieres? —no me encontraba muy bien y mucho menos para aguantar las excentricidades de aquel hombre, así que empleé un tono iracundo.

—Veo que has estado bebiendo —se sentó a la mesa y depositó la bolsa con la comida en la mesa, sobre los papeles del caso y sacó un par de cajas—, entonces esto te pondrá malísimo —y empezó a comer.

—Cuando estoy furioso bebo —dije tratando de reprimir las náuseas. Ana le miraba con una paciencia infinita—. De todos modos, ¿qué importancia tiene? Me habéis cesado, recuerda.

Estaba más pendiente de la comida que de mis palabras y me quedé contemplándole, hasta que me volvió una arcada a causa del penetrante olor.

—Tapa eso, hombre, que voy a acabar vomitando —le pedí, tapándome la

nariz con la mano.

—No, creo que no. Tengo hambre.

—Pero, ¿qué hora es? —el desconcierto sustituyó a mi enfado. —Las diez y media —dijo Ana, mirando un reloj de pulsera plateado—. Ha visto un folleto y se le ha antojado. Y, aunque solo sea una sospecha, el que creyese que estabas resacoso ha influido —suspiró.

—Será cabrón —murmuré.

Observé como engullía hasta el último trozo de comida, dedicándonos miradas esporádicas y gestos de afirmación, sin dejar de masticar en ningún momento.

Apenas tardó cinco minutos en dar cuenta de toda la comida y, una vez hubo concluido, se echó hacia atrás en la silla para desabrocharse el botón de los vaqueros. Sacó un cigarrillo y lo prendió, dando una larga calada seguida de otra más corta.

—Bueno si has venido a comer, ya puedes irte —me acerqué a la mesa, le quité el cigarrillo y lo eché en los restos de la salsa agri dulce—. Aquí no se fuma.

Me miró, divertido, vació lo que quedaba de la salsa en una caja que a su vez guardó en una bolsa y se encendió otro, echándome el humo en la cara.

—Quiero que vuelvas —soltó sin más preámbulos. Mi cara de sorpresa arrancó una risita a Ana, que nos miraba alternativamente, como si estuviese siguiendo un partido de tenis. —Como te he dicho antes, estoy cesado.

—Y como dijiste ayer, el comisario hace lo que me da la gana, así que... —dejó la frase en el aire y me tendió la placa que dejó el día anterior sobre la mesa del comisario —Ana ha influido.

Toda la tensión que se podía palpar hasta el momento se fue desvaneciendo como un globo deshinchándose y les sonreí, sin saber bien qué decir.

—Así que estírate e invítala a cenar —añadió el inspector. —Ricardo, por favor —le regañó, no sin ruborizarse ligeramente.

—El caso es que nos vamos —se le veía feliz y yo estaba más animado, aunque seguía hecho un pingajo. Dio una palmada y se activó. El cigarrillo se consumía entre sus dedos—. Tú —me señaló—, dúchate que das asco. Mientras, yo haré café y por yo me refiero a

Ana.

Le miró y ésta negó con la cabeza con soberbia, como si la jefa fuese ella y no al revés.

—Y con yo, me refiero a yo —rectificó Ricardo, cabizbajo.

10. Investigación retrospectiva

La ducha me sentó bien. El olor a café recién hecho llegaba desde la cocina. Me detuve a aspirarlo y, por primera vez desde que llevaba despierto, reparé en que estaba hambriento.

—Vaya cambio —Ana me miró de arriba abajo y me colocó el cuello de mi camisa blanca, que contrastaba con mis pantalones negros oscuros y mis botas a juego. También me había recortado la barba, quitándome algunos años.

—Bueno cuéntame si has averiguado algo nuevo.

Ricardo me tendió una taza. Era negra y tenía lunares rojos. La que utilizaba habitualmente para tomar el café. Le miré un instante antes de cogerla y musitar un “gracias”. Di un sorbo, consciente de que no iba a estar a mi gusto, pero, ante mi sorpresa, no fue así, al contrario, estaba exactamente como a mí me gustaba.

—¿Cómo has...?

—Por favor, Melo, ¿puedo llamarte Melo? Me da igual, lo voy a hacer de igual modo. Deja de sorprenderte por absolutamente todo. Se llama razonamiento deductivo, no es magia ni nada así. Puedes estar tranquilo, no voy a hacer que te salga un conejo del culo — esbozó una contagiosa sonrisa —. Te lo explico si a partir de ahora lo practicas tú también, que sé que sabes hacerlo.

—De acuerdo —accedí.

—No hace falta ser un genio para saber que taza es la tuya. Es la única que no pega con todas las demás, aparte de ser a más desgastada con diferencia. No tienes muchas visitas, ¿no? Da igual, el caso es que esa es la razón de que supiese la taza.

—Y, ¿lo del café?

—Simple. He calculado el tiempo que tiene el cartón de leche que tienes en la nevera con lo que falta y, basándome en la estadística de que no hay apenas hombres adultos de tu edad que tomen leche sola y tras una búsqueda

infructuosa de algo con lo que pudieses mezclar la leche, todo esto sumado al tamaño de la taza, he hecho el cálculo aproximado de la leche que utilizas.

—Pero, ¿y el azúcar?

—Eso ha sido lo más fácil. Hay azúcar en las esquinas de la encimera, lo cual indica que la utilizas frecuentemente, aparte de esto —abrió un armario que se encontraba enfrente de la pila y se descubrieron varios paquetes de azúcar, además de una gran cantidad de dulce, sobre todo de chocolate—. Como se nota que fumabas antes y tienes que suplirlo con algo —me avergonzó que supiese que era ex fumador.

Una vez más desde el poco margen de tiempo en que habíamos coincidido demostró su genialidad y que la fama que acarrea no era desmerecida, ni mucho menos, pese a lo impresentable del resto de su persona.

Me bebí el café de tres tragos, cogí un par de magdalenas para el camino y les indiqué que podíamos irnos, así que salieron, cogí las llaves del cestillo de mimbre que descansaba junto a la puerta y abandoné mi piso, cerrando tras de mí, sin vuelta de llave.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Ricardo en el rellano.

—¿Cómo que qué hacemos? Tú sabrás —inquirí sorprendido.

—Necesitarás ponerte al día, así que para que no te quejes de que te dejo de lado, vamos a hacer una investigación retrospectiva la cual dirigirás tú.

Cuando estés a mi nivel en lo que a información se refiere, porque en inteligencia es hartamente imposible, volveremos a cambiar las tornas —me sentí algo insultado por ese ataque gratuito contra mí.

Me tomé un momento para asimilarlo. Mentiría si dijese que no me invadió el terror en aquel momento, pero aguanté el tipo. Estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad.

—En tal caso, vamos a hablar con los familiares de las cuatro primeras víctimas.

—Muy bien —mi compañero mostró su conformidad.

Vivía en un segundo de un edificio de seis plantas. Solo cogía el ascensor para subir, siempre y cuando estuviese en mi piso o más abajo. En esta ocasión, el contador indicó que estaba en el sexto, pero Ricardo insistió en esperarlo e hice esa pequeña concesión, pese a que estaba impaciente por empezar a indagar más a fondo.

Salimos del edificio y Ana se separó de nosotros, en dirección a la comisaría.

—Tío, no me puedo creer que vayas a ser tan cutre de no invitarla a cenar de verdad.

Me paré y le observé con cara de besugo. Eché a correr en su busca.

—Ana, espera —la grité, pese a que estaba bastante cerca. Ella se detuvo—.

¿A qué hora sales?

Eché una mirada a Ricardo y sonrió. Sonreía de medio lado, haciendo una mueca encantadora y provocando que se le formasen hoyuelos en las mejillas.

—A la que quiera —respondió.

—Estate aquí a las nueve, ¿te parece bien?

—¿Para...?

—Cenar.

Asintió y de repente nos sonrojamos y apartamos la mirada. Me dio un suave beso que aún recuerdo en la mejilla y se marchó, mientras la contemplaba pensativo.

—¿Sabes las direcciones? —pregunté a Ricardo cuando me encontré a su lado. Fumaba, como era habitual y llevaba puestas sus gafas de sol.

—Naturalmente, yo no olvido nada —pareció ofendido.

—Entonces a por la familia de la primera víctima.

—¿Cuál de las dos?

—La mujer.

11. Disputa previa

Aunque mi estado físico había mejorado considerablemente, no me encontraba en condiciones para conducir así que, ante la negativa de Ricardo de llevar mi coche, cogimos un taxi hasta la casa de la primera víctima, en el barrio de San Ignacio de Loyola, cerca de la antiquísima base aérea de Cuatro Vientos, en la cual apenas quedaban unos viejos que jugaban a ser soldados.

Como cabía esperar, Ricardo pagó el vehículo, no dejando ni un céntimo de propina, algo impropio de él.

—Será gilipollas, que le parece increíble que haya tantas mujeres taxistas. Será neandertal —esa explicación le dio sentido a su gesto.

La luz me deslumbraba, así que miré al suelo, aunque el reflejo de la misma en el adoquinado gris pálido no era un mejor consuelo. El barrio estaba constituido por un puñado de edificios sin orden lógico, que probablemente triplicasen mi edad, los cuales se arremolinaban en unos puntos y dejaban grandes calvas de asfalto y parque en otros. Este hermoso caos entretejía calles enrevesadas que no parecían conducir a ninguna parte, coronadas por estúpidos jardincitos mal cuidados y desperdigados.

Busqué refugio en un oasis de sombra formado por dos grandes edificios juntos.

—Es aquí —indicó Ricardo, señalando un portal que se introducía en el edificio antes de llegar a la puerta de entrada—. Cuarto D.

Recorrimos la distancia que nos separaba del lugar y llamé tres veces al telefonillo. Respondió una voz de hombre casi al instante.

—¿Quién es? —carraspeó. Su voz sonaba lúgubre y apagada.

—Policía, ¿podría abrirnos? —pedí amablemente.

Durante unos segundos se hizo el silencio, pero, finalmente, un chasquido nos indicó que la puerta estaba abierta.

Empujé la pesada puerta de madera, metal y cristal y franqueé el paso a mi compañero. Dentro hacía una temperatura de, al menos, diez grados menos.

—¿Sabes? Esperaba que no estuviesen —se lamentó Ricardo.

Su confesión me dejó perplejo.

—Y eso, ¿por qué?

—Es un cuarto sin ascensor —comentó, mientras se dirigía a la escalera

arrastrando pesadamente los pies.

Llegamos a lo alto de las escaleras resoplando, sofocados hasta la extenuación y con marcas de sudor en las camisas, lo cual nos otorgaba cierto aire lastimero. Durante el ascenso, Ricardo me había ido recordando los detalles de la investigación, que se me antojaban borrosos a causa de la profunda resaca que me atenuaba.

Me planté ante la puerta y me cuadré, tratando de disimular las manchas de sudor en mis axilas. Llamé una sola vez al timbre, me humedecí los labios, agrietados, y carraspeé un par de veces, para aclararme la garganta.

—María, David y Víctor, ¿no? —corroboré rápidamente los nombres de la víctima, su marido y su hijo de diez años.

Ricardo asintió y soltó un gruñido, jadeando pesadamente aún.

Se oyeron voces, susurros más que voces, seguidos del sonido de unos pasos acelerados dirigiéndose hacia la puerta.

La cerradura se accionó y la puerta comenzó a abrirse, despacio, mientras los goznes chirriaban suavemente. Un hombre menudo se asomó al resquicio. Rondaba los cuarenta si no los tenía ya, era de complexión famélica más que delgada, con el pelo oscuro salpicado de canas color rayo de luna y unos ojos saltones marrón oscuro con acentuadas patas de gallo. Me miró detenidamente.

—No sé qué les ha traído hasta aquí, pero no he hecho nada, así que si no tienen una orden... —cerró la puerta con delicadeza y yo puse un pie para evitar que nos denegara el paso.

Nos sostuvimos la mirada, parecía cansado.

—Venimos a preguntarle por María —le dije, quitando el pie.

Nos miró a ambos y pareció reconocer a Ricardo, que se encendía un cigarro resollando aún.

—Oigan no sé qué quieren. María murió hace dos años y su asesino no solo sigue suelto, sino que sigue matando personas por ahí —nos miró con severidad—. Creo que en vez de molestarme con eso, deberían ayudar al inútil que está investigando esto a que espabile. ¿Le conozco? —se dirigió a Ricardo.

—Ah sí, por supuesto. Soy el inútil que está investigando esto, puto retrasado —de repente pareció caer en quién era—. Y, ¿sabe qué? He cogido a un compañero para que me ayude. No es fácil, ¿sabe?, encontrar asesinos. Es muy frustrante ver que va un paso por delante de ti. La única forma de coger a un asesino, es pensar como un asesino, al igual que pensar como un poli le

ayuda a que no le encuentren.

Se notaba en el ambiente que habían tenido alguna disputa previa, la tensión era conocida, no recién creada.

—Señor, soy el subinspector Carmelo Blázquez. Estoy ayudando al inspector con su investigación y poder interrogarle me facilitaría mucho las cosas —intervine para tratar de aliviar la tensión—. No estoy del todo seguro de que vaya a servir para algo, pero es posible que sí.

Lo meditó un instante antes de acceder.

—Pero él no —me dijo, señalando a Ricardo.

—Está bien —mostré mi conformidad.

—Oye, que soy tu jefe —protestó.

—No seas tan insufrible —tercié, cerrando a puerta tras de mí.

El piso era antiguo, como el edificio, sin reformas recientes. Era pequeño, con un salón que se comunicaba mediante una especie de butrón con la cocina, a la cual se entraba desde el recibidor. En el lado opuesto de la casa había un pasillo que parecía comunicar con el resto de habitaciones.

El techo estaba salpicado por manchas de humedad que desconchaban la pintura en algunos puntos, dando a la casa un aspecto de descuido.

Pasamos al salón y me invitó a tomar asiento en un sofá tan incómodo que bien podría haber sido de mármol. La habitación estaba bien iluminada y era espaciosa, pese a ser de pequeño tamaño, aunque la mala distribución del mobiliario lo hacía parecer más pequeño.

David tomó asiento en otro sofá idéntico al cual me encontraba sentado, enfrente de forma perpendicular, formando una especie de ‘L’.

—No se portó bien conmigo ni con mi hijo la última vez que vino, estuvo a punto de agredirme, casi no le reconozco con la barba —se explicó.

—¿Qué pasó? —quise saber, mirando un retrato de la difunta esposa de aquel hombre, que descansaba en la pared, sobre la cabeza del individuo.

—Realmente nada importante. Su falta de tacto hizo que chocásemos.

—No me sorprende, la verdad.

Soltó una amarga carcajada.

—Bueno, dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —el hombrecillo se recostó en el sofá y cruzó las piernas.

—Simplemente quería hacerle unas preguntas. Es probable que la mayoría ya se las hayan hecho, pero un nuevo punto de vista puede ser crucial en la investigación.

Lo meditó unos instantes. Finalmente se inclinó, sujetándose la cabeza con la

mano mientras apoyaba el brazo en la rodilla flexionada.

—¿Servirá para encontrar al asesino? —preguntó, con decisión.

—No puedo prometérselo, pero sí que haré todo lo que esté en mi mano para atraparlo. Esa es la idea.

—Está bien. Dispare.

Comencé con una batería de preguntas protocolarias. “*¿Dónde estaba durante el crimen? Trabajando.*” “*¿Posibles enemigos de su mujer? Ninguno que yo sepa.*” “*¿Algún asunto ilícito o algún motivo de peso por el que alguien quisiera asesinarla? Desde luego que no.*”

Conforme hablábamos, yo iba tomando notas en una libreta de gruesas tapas negras. Llegamos a un punto muerto en el cual hilvané posibles ideas, cada cual más refutable que la anterior, sobre la posible identidad de asesino.

—Por último, ¿sabría decirme si María tuvo problemas de algún tipo en el pasado? —sabía que la respuesta iba a ser negativa de antemano, pero aun así la formulé.

—Si los tuvo nunca me contó nada —parecía que arrancaba a decir algo más, pero finalmente calló, negando con la cabeza.

Me levanté y le estreché la mano, dispuesto a marcharme, aunque una idea cruzó mi mente y me detuve una vez hube andado apenas un paso.

—¿Podría hablar con su hijo?

La pregunta le cogió por sorpresa y no supo que contestar.

—Es igual, no se preocupe —me disculpé.

—Espere —me asió del brazo, sin fuerza—. Si puede ayudar... El pasillo a la derecha y luego de frente.

Hice un ademán de agradecimiento y me dirigí hacia donde me había indicado. Empujé la puerta con dedos temblorosos.

—Subinspector —me llamó el padre—. No insista mucho, por favor, tiene principio de autismo.

Entré y cerré la puerta tras de mí, aunque no con picaporte. El muchacho jugaba en el suelo con unos soldados de plástico, ajeno a mi presencia. Era tan delgado como su padre, aunque más guapo, con el pelo negro alborotado en una media melena.

—Hola, campeón —le saludé. Él me ignoró.

Despacio, como si se tratara de un animal salvaje al que no quería espantar, me acerqué a él, dejando una prudente distancia de casi dos metros entre nosotros, y me senté.

Le observé jugar. Manipulaba los muñecos con parsimonia y pasmosa

lentitud.

—Víctor. Me llamo Carmelo, mis amigos me llaman Melo, así que, como somos amigos, puedes llamarme así —comencé a entablar conversación, que más parecía un monólogo. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías con libros muy diversos, pero pocos juguetes para un niño de su edad—. Mi trabajo es meter a los malos en la cárcel, pero para hacerlo, necesito que otras personas me ayuden.

Dejó lo que estaba haciendo y me miró directamente a los ojos durante una fracción de segundo, luego volvió a lo suyo.

—El caso es —continué —que sé que eres buen chico y que echas de menos a tu madre. Sé que estás asustado, pero cualquier cosa que creas que es importante puede serlo.

En esta ocasión, no obtuve reacción alguna por parte de Víctor, así que me puse en pie.

—Quiero que sepas que no estoy enfadado contigo, justo lo contrario. Sé el miedo que da perder a alguien que te importa. Yo perdí a mi mujer —utilicé el tono más amable que fui capaz de entonar y acabé sonando melancólico—. Si algún día necesitas algo, ven a verme, no lo dudes.

Busqué un papel y un bolígrafo por la habitación y reparé en que todo estaba meticulosamente ordenado, al contrario que el resto de la casa. Encontré un taco de *Post-it* amarillos y lo cogí, girando sobre mí mismo en busca de maldito bolígrafo. Sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo, el muchacho me señaló con un huesudo dedo hacia una estantería donde descansaba un portalápices que contenía dos cilindros de color negro y azul, respectivamente. Cogí el azul.

—Te dejo apuntado mi número de teléfono y dónde trabajo, por si necesitas algo —dejé ambas cosas sobre la mesa, casi arrepentido de romper la simétrica pulcritud de la habitación—. Gracias, campeón.

Salí de la habitación, dejando la puerta abierta.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el padre.

—No ha dicho una palabra.

—Vaya, lo siento.

—No se preocupe. Muchas gracias por todo, espero que sirva de algo.

—Todos lo esperamos —dijo como despedida, estrechándome la mano.

Cuando salí del edificio vi a Ricardo sentado en la terraza de un bar, tomándose una cerveza a la sobra que ofrecía una galería de alimentación semidescubierta. Sostenía, como no, un cigarrillo entre sus dedos.

Permanecía con los ojos cerrados, disfrutando de la agradable temperatura, con la silla inclinada hacia atrás y el respaldo apoyado en la pared. Hacía círculos de humo por doquier, mientras dos gorriones picoteaban las migas de pan que había sobre la mesa contigua.

Me acerqué, sigiloso, con la intención de sorprenderle. Él dio un largo trago a la cerveza, sin abrir los ojos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó cuándo apenas estaba a un paso de él, lo cual hizo que me asustara y diera un respingo.

Abrió un ojo y me miró. Acto seguido serio burlonamente, dio la última calada al cigarro y lo lanzó al suelo. Puso bien la silla.

—Hablaste con el niño, ¿no? —quise saber.

Se puso de pie, encarándose a mí. Achinó los ojos ligeramente.

—Sí, sospechaba que el padre ocultaba algo, así que traté de hablar con él.

—Imagino que sin ningún tacto.

—Es posible que me excediera en las formas.

—Por eso no te quieren ni ver en esa casa —suspiré, resignado—. Yo también creo que el padre oculta algo.

—¿Conseguiste hablar con el chaval?

—Entrevistarme con él, sí. Hablar, no.

—Entiendo.

Se oía el murmullo del tráfico en la carretera, cerca de aquel lugar, como las aguas de un río recorriendo su cauce, incansables. Las personas se nos quedaban mirando cuando pasaban, amedrentadas y alentadas a su vez por nuestras placas, a la vista.

—¿Comemos algo y vamos a ver a los siguientes familiares? — pregunté, consciente por primera vez del hambre que tenía.

—Espera, tranquilo —hizo un gesto con las manos que llamaba al sosiego—. No es bueno que te atiborres de mierda en un día. Hoy no pasará nada, pero ten en cuenta que es someter a mucho estrés a tu cuerpo. A la larga, se te puede ir la pelota. ¿No querrás acabar como yo?

Esa ocurrencia hizo que soltara una carcajada, tratando de disimularla a no abrir los labios, pero lo único que conseguí fue lanzar a mi compañero una fina lluvia de saliva, la cual evitó con habilidad y cierto asco. Ambos nos tomamos un momento para reírnos con agrado.

Esperó mientras yo pedía algo para comer. Engullí rápidamente y bebí con avidez. Pedí un café solo y un chupito de crema de orujo para ayudarme a hacer la digestión.

—No me has preguntado nada sobre Ana. ¿Tan seguro estás? —comentó, quitando disimuladamente mi dinero del platillo metálico donde me habían traído la cuenta y poniendo un billete suyo.

—Pero, ¿qué haces? —me sorprendió descubrirle pagándome la comida.

—Guárdatelo para esta noche. A juzgar por tus botas ajadas y el deplorable estado de tu casa, no te sobra de esto —agitó el billete que acababa de dejar frente a mi cara.

—Está bien —era orgulloso, pero era cierto que no andaba muy bien de dinero, así que hice lo que me pedía—. No necesito saber mucho de Ana, ya me lo contará en la cena.

—¿Nervioso? —quiso saber el inspector, sonriendo pícaramente.

—En absoluto —mentí.

—Has de saber una cosa de ella —repitió el gesto de sacar y encender un cigarrillo. Me ofreció uno y lo rechacé con un gesto de la mano—. No lo ha tenido fácil.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—Sus padres murieron mientras venían de Barcelona para celebrar su decimoctavo cumpleaños. Un conductor borracho les mató y su único castigo fue una multa. Amira, mi mujer, conocía a Ana y supo que estaba buscando al hombre para hacérselo pagar, así que le dijo que acudiese a mí.

Escuchaba atento, esperando con ansia a que empezase a hablar de nuevo cada vez que hacía una pausa para aspirar el humo de su cigarrillo.

—El caso es que acabamos juzgando a ese cabrón y le llevan poniendo el culo fino en la cárcel durante siete años y aún le queda. Pero lo importante es que me sorprendió cómo una mente tan brillante iba a tirar todo por la borda por venganza, así que le apadriné y luego le contraté.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Estaba claro. Chaval, voy a darte un consejo con Ana. Nunca, nunca jamás pienses que ella no va siempre un paso por delante de ti.

Asentí, meditabundo.

—Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer —se levantó sin esperar siquiera a que nos trajesen el cambio de la cuenta—. Mañana te llamaré para ir a ver a la siguiente familia.

—¿A cuál de las tres? —quise saber.

—El chico del primer asesinato. De las otras dos no habrá mucho para rascar. El padre del niño se tiró del puente de los “suicidas” a los dos días del asesinato. No pudimos interrogarle siquiera y era la única familia que tenía

—se paró un instante—. La familia de la muchacha llevaba dos años viviendo en Irlanda. Ella estaba aquí visitando a su abuela por su cumpleaños.

La información me dejó algo abatido. Había leído los informes, pero solo ahora recordaba el anexo del tamaño de un cuarto de folio que yo había obviado en el cual debía indicar la muerte del hombre, ya que reconocí la firma del forense. De lo otro, no tenía la menor idea.

Nos despedimos escuetamente. Cada uno partimos hacia lados opuestos. Yo cogí el autobús número 39, que me dejaba casi en la puerta de casa y cuya primera parada estaba a unos cinco minutos andando de donde me encontraba. El ralenti que producía el vehículo cuando no andábamos me produjo un sopor prácticamente ineludible, sumiéndome así en un estado de duermevela placentero que se desvaneció una parada antes de la mía.

Subí tambaleándome hasta mi piso. La comida no me había sentado bien, probablemente por haber engullido en vez de comido, así que abrí la puerta y la empujé para que cerrara de un portazo una vez hube entrado. Anduve pesadamente hasta mi habitación, por la cual se filtraba tenuemente la claridad del medio día, quitándome los zapatos por el camino, para terminar derrumbándome pesadamente en la cama, haciendo crujir el somier y trabajar a Morfeo.

12. Ir solo

Me desperté sobresaltado dos horas después. Frías gotas de sudor perlaban mi rostro y notaba la camisa pegada al cuerpo.

Me senté sobre el lecho y me tapé la cara con las manos, frotándome los ojos de forma compulsiva. Sentía un dolor palpitante en las sienes, que aumentó cuando me levanté de la cama, haciendo que me tambalease.

Fui al cuarto de baño a mitad del pasillo y vomité la comida, aunque no por ello me sentí mejor. Los cálidos rayos de sol habían desaparecido y, en su lugar, se erigían enormes nubes negras que amenazaban con descargar una tormenta en la capital.

Cogí el teléfono y llamé a Ana para aplazar nuestra cita, explicándole las circunstancias y disculpándome repetidas veces, pese a que no pareció molestarle. Quedamos en posponerla para el día siguiente.

Cuando la voz de la preciosa asistente, por llamarla de algún modo, ya que no tenía clara su función, dejó de escucharse al otro lado de la línea, colgué el teléfono. Me desvestí y me volví a meter en la cama sin ningún plan en mi futuro reciente más que combatir el enorme cansancio que me atenuaba de repente. Segundos después me sumía en un sueño reparador.

La tenue claridad que se filtraba perezosa por el hueco que dejaba la persiana, bajada solo en parte, de la única ventana que había en la habitación, hizo que abriese un ojo perezosamente, seguido del otro, ambos legañosos, para acabar desvelándome.

Caminé con torpeza hacia la cocina, situada enfrente del baño, tropezando con los pocos muebles con los que podía tropezar y rebotando contra los quicios de las pocas puertas que pude encontrarme por el camino. Dejé café preparándose y salí al minúsculo balcón.

Aspiré el aire que comenzaba a refrescar con la puesta de sol, huyendo del ambiente viciado del interior. No me sorprendió ver que estaba diluviando. El fuerte repiqueteo del agua cayendo sobre el tejado y el asfalto, además del penetrante olor a tierra mojada hizo que me preguntase cómo no había reparado antes en ello.

Me senté en el salón a repasar una vez más los datos del caso y a cotejarlos con mis anotaciones, con la televisión de fondo y un café humeante descansando sobre la ancestral mesa de conglomerado que coronaba el lugar.

Las jornadas siguientes transcurrieron despacio. Ricardo no se había puesto en contacto conmigo. La lluvia no había cesado, algo inusual por esas fechas, así que Ana y yo tuvimos una primera cita pasada por agua, que no resultó tan desastrosa como cabría esperar.

Me explicó que el inspector odiaba la lluvia y evitaba salir a la calle en días lluviosos, lo cual me tranquilizó algo. Cenamos en un restaurante italiano y después fuimos al cine. Al despedirnos, me dijo que quería repetirlo, me dio un suave y delicado beso en la mejilla, que me quemó en la piel durante varios días, y yo, lógicamente, accedí a ello.

El aguacero que no cesaba de caer me desanimaba de hacer cualquier cosa. Me costaba pensar con el continuo discurrir de las gotas de lluvia estrellándose contra alguna superficie, lo cual no ayudaba a la hora de repasar una y otra vez los casos. Llegué a aprendérmelos de memoria, sin sacar nada en claro, mientras aumentaba mi frustración y mi mal humor. Finalmente, seis días después de que Ricardo y yo visitáramos a David y Víctor, el cielo dio una tregua al mundo y unos tímidos rayos de Sol emergieron finalmente, débiles y fríos, pero capaces de ahuyentar, al fin, la lluvia.

Corrí en busca de mi teléfono. No lo encontré en mi habitación ni en la de invitados, que usaba como trastero. Tampoco en el salón. Corrí a la cocina, volví al cuarto de estar, al lado del salón, el cual utilizaba como estudio, aunque era improbable que estuviera allí. Corrí de nuevo hacia el baño y lo encontré boca abajo en una baldosa al lado del váter.

Me lancé a por él y busqué con ansia el número de Ricardo, para instigarle a seguir con la investigación. Marqué el número y esperé. Notaba los labios secos y me los humedecí sin mucho éxito.

Con cada tono que daba, se me aceleraba el pulso. Aguardé ansioso a que respondiera. Tardó en hacerlo y, cuando me dispuse a hablar, reparé en que había estado aguantando la respiración hasta entonces.

—Ricardo —jadeé.

—Melo, ¿estás bien? —sonó preocupado.

—Sí, sí. Vamos a la casa de la segunda víctima, ya no llueve —

traté de poner énfasis en esa parte, que era la que realmente le interesaba a él.

—Ah, sí, eso —respondió tras unos segundos de silencio—. Verás, tendrás que ir solo, tengo un asunto importante ahora mismo — su voz sonó distante, como si estuviese pensando en otra cosa mientras hablábamos.

—Llevo una semana esperando a que pare de llover por ti... — no pude disimular mi abatimiento—. Pero iré, de acuerdo.

Pasaron unos instantes en los que habría jurado que me había colgado de no ser por el murmullo de su respiración. Me despedí escuetamente antes de colgar.

—Espera —escuché su voz pese a que tenía ya el altavoz separado de la oreja. Volví a acercármelo—. Ven después de ir al sitio.

Y colgó.

Contemplé el aparato perplejo, como si aguardase alguna palabra por su parte. Era la tercera vez que hacía trabajo de campo y ésta sería en solitario. Conseguí contener unos nervios que empezaron a florarme en forma de cosquilleo, erizándome el vello.

Una vez hube dominado el pánico, me di una ducha rápida y me atavié un traje. Avisé de que iría a una mujer que sonó somnolienta y salí del edificio con el corazón a punto de desbocárseme.

13. Ángela Dumond

Conduje rápido, como siempre, hacia la casa de la familia. Lamenté no haber pasado por la comisaría a por una sirena, ya que era cerca de la hora de comer y una aglomeración de coches invadía las calles, haciendo el tráfico soporíferamente lento.

Me llevó una hora hacer un trayecto que recorrería habitualmente en veinte minutos, pero conseguí llegar a mi destino. Aparqué en una zona de pago, pero no puse ticket, y me encaminé hacia el edificio, franqueado por un muro de adobe de metro y medio, sobre el cual había una verja oxidada mal disimulada con setos.

La vivienda estaba situada en el Paseo de la Habana, al lado de una escuela de enfermería que me inspiró recuerdos encomiables.

Llamé al telefonillo, increíblemente moderno en contraste con los muros, que parecía que podrían volverse arcilla en cualquier momento. Me abrieron sin preguntar siquiera quién era. La casa se encontraba en el primer piso, así que fui fiel a mi tradición y subí andando. En el rellano me esperaba un hombre menudo, con el pelo negro y corto, al estilo militar, gafas de pasta gruesas que le hacían los ojos muy pequeños y un chaleco horrible de un asqueroso color diarrea, cuya única excusa para llevarlo es que las gafas le hubiesen derretido las retinas.

—Buenas tardes, caballero —dijo cortésmente—, ¿me permite su chaqueta?

—No, gracias, Alfred. Querría hablar con la señora.

—Ah, sí. Mi mujer está en el salón.

Me quedé perplejo.

—¿Es usted Jorge Monterrey? —era un famoso diseñador de páginas web, pero poca gente le había visto.

—Así es.

—El diseñador web.

—Correcto.

Su peculiar aspecto hizo que le mirase de arriba abajo, tratando de encontrar un ápice de esa brillantez interior en su exterior, pero me fue imposible.

—¿Pasa entonces? —preguntó, haciéndose a un lado para franquearme el

paso.

No contesté, pero me adentré en la casa, seguido de él.

Nos albergó un enorme recibidor, con un espejo de cuerpo entero con aspecto de haber salido de un anticuario, colocado al lado de un perchero vacío.

Hacía un calor abochornante, así que le cedí la parte de arriba del traje para que la colgase. Un pasillo corto y ancho, colmado de retratos, nos condujo hacia un enorme salón, con muebles Renacentistas y multitud de estanterías colmadas de libros.

La mujer de aquel hombrecillo veía la televisión tumbada en el sofá, con las piernas apoyadas en una mesita de cristal, cuyas patas crujían con cada movimiento que hacía. Tenía la mirada ausente.

—Cariño, tenemos visita —anunció la voz nasal de Monterrey.

Su esposa nos miró, tenía el pelo rubio colmado de tirabuzones que danzaban sinuosos sobre sus hombros, los labios carnosos aunque agrietados, nariz pequeña y afilada, además de unos ojos azules demasiado juntos para considerarlos bonitos.

—Vaya, hola —su voz sonó trémula y desgastada—. Me alegro de verle —añadió incorporándose.

—Gracias por recibirme.

—No hay de que, aunque no me ha quedado del todo claro qué quiere —dio un sorbo de un vaso que contenía lo que parecía té.

—Verá, estoy investigando los asesinatos de *Cupido*. He pensado que volver a entrevistarla podría ayudarme.

—¿Volver? No le hemos visto en la vida —terció el marido.

—A mí no, pero sí a mi compañero —contesté, tratando de seguir sonando amable—. Ricardo Tierno.

—Ah sí, ese hombre tan agradable —recordó la mujer—. Por favor, siéntese —dijo al ver que seguía de pie.

—Se lo agradezco —hice lo que me pedía y me acomodé en una silla. Su marido hizo lo propio y se colocó a su lado en el sofá.

—¿Podrá encontrar a quién lo hizo? —preguntó, esperanzada la mujer—. No solo me quitó a mi hermano sino, que ahora tengo que estar así de drogada por orden médica para evitar el peligro potencial de que me suicide.

—No puedo prometer que lo encontraré, pero sí que haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo.

—Adelante, entonces.

—Bien, Ángela...

—Señora Dumond —me cortó el marido.

—Oiga, no sé cuántas veces he oído su voz a destiempo en los dos minutos que llevo aquí, pero le aseguro que como vuelva a interrumpirme o a hablar por ella, le meto su lengua en su culo, ¿queda claro?

El hombre asintió rápido varias veces y cerró los labios con fuerza, haciendo que se volvieran blancos.

—Intentaré ser breve, señora Dumond —hice esa pequeña concesión—.

Cuénteme brevemente el estilo de vida de su hermano hasta que le —me paré en seco—, hasta que falleció.

—Había pasado por una mala época, perdió su trabajo y, a raíz de eso, su pareja le dejó también —hablaba de su hermano con ternura, esforzándose por contener las lágrimas—. Le ofrecí quedarse un tiempo.

—Un tiempo significa siempre, ¿sabe? —inmediatamente, Monterrey se arrepintió de haber hablado, pero no tomé represalias contra él.

—A Jorge no le caía bien Mario —le disculpó la mujer.

—Era un gorrón y un caradura, pero no le maté, si es lo que está pensando —se cruzó de brazos enfurruñado.

—No pensaba nada, hasta ahora —era mentira, no le consideraba sospechoso ni mucho menos, pero eso no implicaba que no pudiese jugar con cierta ventaja.

—Claro, ahora seré sospechoso.

—Yo no he dicho tal cosa, pero cada vez estoy considerando más ponerle el primero en la lista.

—Eso es porque tengo dinero —bramó—. El sistema siempre desfavoreciéndonos.

Para mí, que me había criado en la cuna de una familia pobre, eso fue el colmo.

—Fuera —espeté.

—Oiga, es mi casa —protestó.

—He dicho que fuera —no levanté la voz, pero mi tono bastó para que obedeciese y se encerrase en otra habitación.

Cuando desapareció de nuestras vistas, la mujer adoptó una actitud más asertiva, volviéndose hasta quedar completamente enfrentada a mí.

—Discúlpele, no se llevaba bien con Mario —reiteró—. Además le ha aguantado muchas cosas y ahora está soportando esta maldita depresión que me atenaza.

—¿Estaban muy unidos su hermano y usted?

—Mucho, no conocimos a nuestros padres. Fuimos de casa de acogida en casa de acogida, hasta que fui mayor de edad y me dieron la custodia de mi hermano.

—¿Cuánto lleva con su marido? —quise saber.

—Haremos cinco años en diciembre.

—¿Sabe de alguien que pudiera tener algo en contra de su hermano?

—No —fue clara, pero no pudo disimular cierta duda en su voz.

—¿Segura?

—Bueno, estuvo cuatro años con Sara, su ex, hasta que le dejó. Empezó a jugar y a perder, siempre tuvo mala suerte con los juegos de azar, hasta el punto en que debió dinero a gente de reputación cuestionable —tenía la mirada perdida, como si evocase el pasado.

—¿Cree que podrían tener algo que ver?

—¿Sinceramente? No. Jorge pagó todas sus deudas sin que yo le dijese nada, pero es algo que siempre le había estado echando en cara durante el último año, hasta que... —un gemido ahogó el resto de la frase, mientras los ojos se le anegaban en lágrimas.

Le tendí un pañuelo de tela que prácticamente me arrancó de las manos, sonándose la nariz con estruendo. Esperé un rato a que se le pasara el sofoco antes de continuar.

—bueno señora Dumond, no se preocupe que acabo ya. Sólo una pregunta más. ¿Cree que hay algo relevante que me tenga que contar?

Lo pensó tan solo un momento y negó con la cabeza enérgicamente.

—Me ha sido de gran ayuda —lo cierto es que salía igual que como había entrado. Me puse en pie y me vino una idea a la mente—. ¿Sabe de alguien con quién tuviese relación mientras vivió aquí?

—Sí, eso es fácil. Nunca tuvo muchos amigos, ya imaginará, pero desde que obtuve su custodia, hizo muy buenas migas con el que fue vecino nuestro aquel entonces, Daniel Cortés. Creo que todavía vive ahí, le daré su dirección.

Sin moverse del sitio, tomó un lápiz y un folio doblado en varias partes, al cual le faltaban ya varios pedazos, y apuntó el nombre de la calle, recortó el trozo, y me lo dio. Leí la caligrafía delicada de Dumond y guardé el papel en el bolsillo de mi camisa.

—Trate de encontrarlo, subinspector —se despidió una vez le hube dado las gracias por la información.

En el recibidor, me esperaba Moterrey con mi americana en una mano. Hizo

ademán de colocármela, pero me revolví y se la quité de mala gana.

—Oiga, Mario no me caía muy bien, pero su muerte ha destrozado la vida de mi mujer. Imagino que habrá más personas como ella, así que hágale un favor a la humanidad, atrape a ese hijo de puta.

Me estrechó la mano y le devolví el apretón. Nos sostuvimos la mirada, en silencio, hasta que nos soltamos.

—Créame cuando le digo que haré todo lo que esté en mi mano.

—No se preocupe, le creo —añadió con una media sonrisa en los labios.

14. Sombrero negro y gafas de sol

Un cielo soleado salpicado de enormes nubes oscuras, contrastando por completo, me amparó de camino al coche.

Una vez me encontré dentro y hube respirado hondo un par de veces, golpeé el volante con rabia, haciendo sonar el claxon, ante la frustración de no haber descubierto nada útil. Dejé caer la cabeza sobre el volante, pitando de nuevo y sobresaltando a los transeúntes que pasaban por delante.

Saqué el papel del bolsillo de la camisa y lo contemplé detenidamente. Al levantar la cabeza, me di cuenta de que me habían multado y maldije mi suerte soltando una retahíla de improperios. Decidí ir a visitar al tal Cortés, a ver si podía sacar algo en claro.

La dirección correspondía al barrio de Vallecas. Enfilé la M30, haciendo saltar todos los radares que encontraba a mi paso, mientras introducía la calle en el GPS del móvil, tratando de no estrellarme por el camino.

Finalmente me planté en la puerta de la vivienda. Se trataba de un edificio de tres plantas, de ladrillo y con pinta de centenario, con dos casas por cada piso. Llamé al telefonillo, segundo derecha. Respondió una mujer anciana y me abrió cuando pregunté si podría hablar con Daniel Cortés.

Una vez arriba, un hombre delgado, con media melena, barba de varios días y con unos pequeñísimos ojos color tierra mojada, me esperaba en el rellano.

—Vaya, parece que lo de esperar en casa está pasado de moda. —¿Qué quiere? —utilizó un tono hostil conmigo.

—Eh, tranquilo. Soy subinspector de la policía.

Esa información lo tranquilizó un poco, pero siguió mirándome con recelo.

—¿Qué quiere? —repitió.

—Saber quién mató a tu amigo.

Esas palabras le descolocaron por completo, sin saber muy bien qué hacer o decir.

—¿Puedo pasar? Le facilité la labor.

Él se echó a un lado, permitiéndome la entrada. El piso era pequeño, con el salón nada más entrar. Enfrente de mí se encontraba una puerta abierta, que dejaba entrever los entresijos de la cocina, y otras tres cerradas, que debían de ser el baño y dos habitaciones. Una oronda mujer de rizos grises me miraba tras sus gruesas gafas desde una butaca de cuero rojo.

—Hola —le dije.

—Hola, ¿té? —preguntó la anciana.

—Por favor —no pude negarme dado que me entusiasma el té.

La mujer hizo ademán de levantarse y Cortés le colocó una mano en el hombro.

—Ya voy yo, mama. ¿Con azúcar? —me preguntó.

—Tres cucharadas, por favor.

Desapareció tras la única puerta abierta, cerrándola tras de sí, aunque sin picaporte.

—¿Es usted amigo de mi Daniel? —quiso saber.

—No, señora, soy policía.

—No me diga que se ha metido en algún lío.

—Descuide, todo está en orden. Estoy investigando la muerte de Mario Dumond.

La mujer asintió, en silencio, contemplándome. Su hijo, Daniel, apareció con dos tazas de porcelana blanca que desprendían una abundante humareda. Las dejó en una mesita baja de cristal y madera que estaba colocada a un lado de su butaca, orientando una de tal manera que quedó claro que era para su madre.

—Bien, cuénteme —se sentó en un diminuto sofá en el que apenas cabrían dos personas y centró su atención en mí, entrelazando los dedos.

Permanecí de pie, ya que no me había invitado a sentarme.

—Estoy investigando la muerte de su amigo, Mario Dumond — palideció en cuanto pronuncié su nombre—. He pensado que quizás pudiese contarme algo de él que no sepa su hermana, a quien acabo de visitar.

Permaneció callado, mirándome reservadamente, aunque al fin se puso a pensar, haciendo memoria.

—No sé si será importante... —empezó a decir algo—. No, es una tontería.

—Cuéntamelo, a veces las tonterías son más importantes de lo que pensamos —traté de sonar esperanzador.

—Una semana antes de que lo matasen —le tembló ligeramente la voz al pronunciar esas palabras —pasó algo un poco raro. Íbamos al bar de un conocido en Puerta del Ángel, en el Paseo de Extremadura.

—Sí, sé dónde está. Mi comisaría está al lado.

—El caso es que cuando esperábamos para cruzar la calle, un ciclista pasó a nuestro lado y empujó a Mario. Si no llego a agarrarle lo hubiese atropellado un autobús.

—bueno, está claro que es una buena anécdota, pero no veo nada de extraño en ella. Un gilipollas que empuja a uno —miré a la mujer—. Perdón por el lenguaje, señora.

—No se preocupe, éste habla diez veces peor —dijo, señalando a su hijo con el pulgar.

—Lo que pasa es que me sigue interrumpiendo. No había acabado —se quejó Daniel.

—Perdona, continúa —había pecado de ansiedad.

—Lo raro es que a unos cincuenta metros, un hombre derribó al ciclista de una patada y le dio una breve, aunque intensa, paliza. Después se fue sin más.

—Vaya, sí que es raro.

—Y luego —vaciló—. Esto no lo puedo confirmar, ¿vale? Pero juraría que no era la primera vez que veía a ese tipo.

—¿Puede describírmelo? —Los ojos se me desorbitaron ante esta nueva información.

—Puedo decirle que era un tipo bastante grande y siempre iba de negro.

—Para estar tan seguro de haberle visto más veces, es una descripción bastante pésima.

—Había una cosa que le caracterizaban, bueno, dos —le gustaba la teatralidad, como a Ricardo y, al igual que él, hacía pausas demasiado largas entre frase y frase para darle un punto de suspense—. Llevaba siempre un sombrero negro y unas gafas de sol que parecían de soldador.

—¿No es posible que fuese casualidad que le vieras más veces? Que sea del barrio o algo por el estilo.

—Eso fue lo que pensé al principio, pero caí en que una vez le vi cerca de casa de Mario y la otra fue aquí.

Me paré un segundo a asimilar esta nueva información. —¿Nunca se te ha ocurrido contar esto? —casi le grité.

—Nunca vino nadie, una vez vino un policía, pero no estaba en casa y no volvió —estaba a punto de echarse a llorar—. Oiga no creí que fuese importante. Mario era como mi hermano, era nuestra familia —la madre asintió enérgicamente.

—Está bien —agarré el té que ya estaba frío, lo removí con cuidado de no desconchar la taza y me lo bebí de un trago—. Tengo que irme. Gracias por su hospitalidad —le dije a la madre.

Así el pomo de la puerta y lo hice girar, abriéndola. Antes de salir me volví sobre mí mismo.

—Aunque no lo creas, lo que me has contado es lo más útil desde que llevo con el caso. Gracias.

Pude distinguir la gratitud y el orgullo en los ojos de la pequeña familia antes de salir. Bajé las escaleras y salí a la calle, deseoso de contarle a Ricardo lo que había averiguado.

15. Amira

Telefoneé a Ricardo, pero no me contestó. De todos modos tengo buena orientación, así que fui hacia su casa.

Traté de no superar la velocidad en el túnel de vuelta de la M30, desemboqué en la A5, la carretera de Extremadura, y avancé hasta el desvío que me condujo la última vez hasta casa del inspector.

Me planté en su puerta frenando en seco, bloqueando el cinturón al hacerlo y dificultándome así el quitármelo. Finalmente conseguí salir del coche.

Del interior de la casa se oían gritos, pese a que había una distancia de unos cincuenta metros desde donde me encontraba yo hasta la vivienda. Avancé cauteloso al interior de la parcela formada por caminos de piedras y un cuidado césped. De pronto, el sonido de una ventana haciéndose añicos precedió a lo que parecía una impresora defenestrándose aparatosamente, haciéndose añicos con el impacto contra el suelo. A continuación y durante aproximadamente un minuto, que a mí se me antojó eterno, solo pude escuchar el sonido de varios objetos destrozándose contra las paredes y contra otros objetos a su vez.

En medio de aquel tumulto, se abrió la puerta y un joven de aspecto árabe salió corriendo, dando grandes zancadas y mirando hacia atrás esporádicamente.

—No entres ahí si quieres vivir —pese a la advertencia, parecía más furibundo que asustado.

Se alejó, volviendo la vista en contadas ocasiones, hasta que desapareció tras una pequeña elevación del terreno. Me adentré temeroso. El chico había dejado la puerta abierta, así que no tuve más que cruzar el umbral.

Dentro, todo estaba aparentemente en orden. El recibidor, el salón, con su gran mesa negra de caoba y las cómodas sillas a su alrededor. Subí las escaleras hacia una zona que me resultaba totalmente inhóspita. Pude empezar a atisbar los restos de la catástrofe apenas llegué al primer piso. Jarrones hechos añicos, cristales por el suelo, muebles derribados, cuadros descolgados, rotos o ambas cosas.

Un gimoteo apagado me condujo hasta una de las habitaciones, que tenía la puerta medio cerrada, en contraposición con el resto, abiertas de par en par. Empujé suavemente la puerta con la yema de los dedos para terminar de

abrirla y asomé la cabeza, vacilante.

Ricardo estaba sentado sobre la cama, alzó la mirada y me echó un vistazo, saludándome brevemente con un movimiento de cabeza. Una mujer ahogaba el llanto contra su pecho, aferrándose con rabia a la camiseta que llevaba el inspector. Ese fue el preciso instante en que conocí a Amira.

Carraspeé para hacer notar mi presencia ante la mujer, dado que Ricardo ya había reparado en mí. Levantó la cabeza como accionada por un resorte. Tenía los ojos rojos a causa del llanto, pero aun así pude apreciar su belleza. Era de tez morena, que parecía más a causa de un bronceado que de un color natural, dorado y brillante. Tenía grandes ojos grises, con largas pestañas y el pelo negro como una noche sin luna, lacio y suelto, por debajo de los hombros.

Ricardo permanecía serio, pero ella demudó su rostro y trató de ofrecerme una sonrisa, esbozando una media sonrisa mal trazada que permitía vislumbrar una hilera de dientes de color blanco nuclear, perfectamente alineados.

—Vaya, hola. Debes de ser Carmelo —su voz era dulce, con un casi imperceptible acento exótico—. He oído hablar bien de ti, aunque no lo creas. —Pensaba que hoy no habría nada que pudiera sorprenderme más —contesté, mirando en derredor.

Soltó una risita infantil, bajo la atenta mirada de su marido, que la observaba como si temiese que en cualquier momento se quebrara en mil pedazos.

—Amira, déjale, ha venido por trabajo —el inspector trató utilizar un tono severo, pero no pudo disimular un deje de ternura.

—No me cabe duda, pero ya que te gusta tanto hacer esperar a la gente, Carmelo se va a tomar un café con nosotros para que le conozca un poco más —no había opción a réplica, así que enfilamos el camino hacia la cocina.

Mientras se preparaba el brebaje, le conté detalladamente los detalles de la investigación. Cómo me había ido de la casa de Monterrey y Dumond con las manos vacías y cómo había recabado una información que nos podría ser muy preciada.

—Yo fui el policía que fue a ver a Cortés —admitió Ricardo.

—¿Qué? Y, ¿por qué no volviste? Podríamos haber avanzado en la investigación.

—Mira, yo no tuve la suerte de que me dijeren a dónde tenía que ir. Tuve que ir atando cabos y fui a casa de ese chico porque su nombre salió de refilón y se me ocurrió visitarle. Tampoco tenía nada que perder —sonó indignado.

Ricardo ocupaba su tiempo en aquel momento en escucharme y vigilar a su mujer, que vigilaba a su vez la cafetera, a punto de apagarse.

Amira nos sirvió las tazas con el café candente. Di un sorbo una vez dejó de salir humo profusamente y me sorprendió comprobar que, nuevamente, estaba a mi gusto. La exótica mujer esperaba mi reacción y me dedicó una sonrisa, esta vez perfecta.

—Ricardo me contó lo del café en tu casa.

El susodicho levantó su taza por su mención y bebió medio café de un trago. Charlamos durante un rato como un grupo de amigos que se reúne después de mucho tiempo y, llegado un punto, Ricardo y yo nos retiramos a su despacho a matizar los detalles del caso.

La escalera estaba salpicada por divertidas manchas de luz sin un patrón fijo. Nuestros pasos resonaban como un susurro con cada peldaño que subíamos. Una vez arriba, fuimos hacia la derecha, hacia el lado opuesto donde estaba la habitación en la cual les había sorprendido.

Entramos a un despacho amplio, con multitud de libros amontonados en estanterías y por el suelo. Podían apreciarse destrozos de la escena acontecida anteriormente, tales como libros tirados en el suelo, la pantalla de un ordenador volcada sobre el escritorio, que había tirado varios útiles al suelo a su vez, el hueco de la impresora, con un cartucho descansando en el lugar donde se encontraría, la ventana rota... Pero lo que más llamó mi atención fue una fotografía encuadrada en un marco de cristal que yacía, astillado, en el suelo. En él podían apreciarse a Amira y a Ricardo, felices, uno al lado del otro, mientras éste rodeaba con cariño al joven que había huido despavorido. Cogí la foto y la coloqué de pie sobre la mesa.

—Es Ahmed —explicó, frotándose los ojos con aspecto de estar agotado—, el hermano de Amira.

—¿Problemas familiares? —fue lo único que me vi capaz de decir.

—Ojalá solo fuese eso —terció Ricardo, pensativo.

El aura de misterio que le envolvía me preocupaba. Pese a ello, no tenía la suficiente confianza con él como para preguntarle directamente. Parecía querer decirme algo, pero sus amagos se esfumaban como palabras en medio de una tempestad.

—¿Puedo hacer algo por ti? —traté de ponérselo fácil.

Meditó la respuesta, pero finalmente negó con la cabeza, serio y abstraído.

Le volví a explicar con detenimiento los detalles de mi investigación, obteniendo diferentes muestras de conformidad por su parte.

—Creo, además, que el tal David Rey —el padre de Víctor — oculta algo — comenté.

—Tú y medio cuerpo de policía, ¿por qué te crees que tenía tanto ahínco en que entrevistaras al niño?

—No me dijiste nada.

—Ah, lo sé, pero con el tipo ese no había mucho que hacer y sé que a mí me era imposible acceder al chaval por mi poco don de gentes, algo que por suerte a ti te sobra —le contemplé boquiabierto—. En cualquier caso, a ver si sacamos qué es.

—Bueno, eso es todo, creo —repasé mentalmente si me dejaba algo.

—Unas gafas de sol y un sombrero —dijo, frotándose el mentón.

En vista de que no pensaba reparar en que seguía existiendo, me marché sin despedirme, satisfecho con mí trabajo.

Amira me interceptó de camino a la puerta y me acompañó hasta la misma, abriéndomela como si de una sirvienta se tratara. Se despidió de mí con un largo abrazo.

—¿Sabes? —me dijo antes de que arrancara a andar —le haces bien, aunque no lo creas. Solo intenta tener paciencia, por favor.

—Eso intento, pero no lo pone fácil, la verdad —fui sincero—. ¿Nunca te has planteado matarlo?

Soltó una carcajada melódica.

—Más veces de las que admitiría —bromeó—. Pero siempre da mucho más si ponemos sus extravagancias como comparativa.

Nos dijimos adiós con la mano. Ella desde la puerta y yo desde el camino de vuelta a mi coche. Hacía calor, pero una fina lluvia cubría con su manto el cielo. Me paré y aspiré con fuerza el olor a tierra mojada que tanto me gusta, saqué el teléfono y llamé a Ana para quedar con ella esa misma noche.

Cuando me colgó, deje caer los brazos y levanté la vista al cielo, disfrutando un rato más de la lluvia, solo y en silencio.

16. Muchas cosas en común

No estaba seguro de qué tipo de comida le gustaba a Ana, así que aquella primera vez elegí un restaurante que me gustaba especialmente, la franquicia americana *Foster's Hollywood*. Elegí el local situado en la Ermita del Santo, al cual se podía ir andando desde mi casa.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, con bancos almohadillados cómodos, teniendo en cuenta que el respaldo era de madera. Compartimos un entrante y coincidimos en el plato principal, costillas con salsa barbacoa.

Hablamos sobre cada uno, sobre lo que pensábamos del otro, compartimos experiencias desalentadoras y otras tantas gratificantes, llegando a alcanzar cierto grado de intimidad. Ella sabía que era viudo, aunque no lo mencionó hasta que yo saqué el tema.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—Yo trabajaba, estaba de guardia y solo me quedaba una hora para salir. Tenía trabajo, así que no cogí sus llamadas —se me atragantaban las palabras—. Al salir, vi un mensaje suyo que me instaba a ir rápido a casa, unos cuarenta minutos antes. Cuando traté de llamarla y vi que su móvil estaba apagado, me asusté y fui a casa lo más rápidamente posible —la miré con severidad, descontento por tener que recordar aquel momento, pero aliviado a su vez de poder soltarlo al fin—. Cuando llegué estaba muerta, en el suelo, con una puñalada. Murió desangrada —bebí para ayudarme a tragar esas palabras.

—Melo, lo siento —la cara de Ana expresaba su arrepentimiento por haber sacado el tema, pero sabía tan bien como yo que ya no había vuelta atrás.

—Mi casa estaba revuelta, faltaban cosas sin importancia, como documentos, trabajos de mi carrera. No dejo de pensar que si hubiese respondido a su llamada, quizás seguiría aquí.

—No podrías haber hecho nada, no te culpes.

—No me culpo, quizás habríamos muerto los dos, o quizás ambos hubiésemos sobrevivido. En cualquier caso, esa duda va a perseguirme toda mi vida.

Colocó su mano sobre la mía y la cogió con delicadeza, observó el tatuaje de mi alianza que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Teníamos muchas cosas en común. Ambos habíamos sufrido y nos entendíamos.

Salimos a pasear una vez terminamos de cenar. Anduvimos hacia el río, que se encontraba a golpe de vista. Cuando decidimos descansar, nos tumbamos en el césped, amparados por la suave brisa de la noche y el enorme manto estrellado que se erigía sobre nosotros con un fulgor anaranjado consecuente de la contaminación lumínica.

Acompañé a Ana a su casa cuando ya daban las dos de la madrugada. Vivía a tres o cuatro manzanas de mí, en la calle Guadarrama, entre Puerta del Ángel y el Alto de Extremadura. Al despedirnos, me robó un beso desde el escalón de entrada a su portal, suave y tímido, que me dejó los labios ardiendo.

Desapareció en la penumbra del portal, ascendiendo descalza sin encender la luz, con el eco de su risa flotando por todas partes.

17. La mente más maravillosa del país

Esa noche no pude dormir bien, ni tampoco la siguiente. Pese a que estaba feliz por haber encontrado a una persona como Ana, no dejaba de darle vueltas a lo acontecido en casa de Ricardo. Las voces de su mujer y su asistente personal resonaban en mi cabeza, recordándome que podía ayudarle, que estaba muy solo. Debía de tratar de obviar sus peculiaridades para acercarme a él y que compartiera así sus problemas y preocupaciones que tan evidentemente le atormentaban.

Apenas había transcurrido una hora desde que amaneciera, pero era incapaz de conciliar el sueño, así que, cansado de dar vueltas sobre mí mismo en una pelea constante contra las sábanas, me incorporé y levanté de la cama.

Desayuné, me duché y vestí. Salí de casa cerrando despacio y echando la llave.

Me sorprendió ver que había niebla y el rocío salpicaba algunos tramos del camino, reflejando mil arcos iris con las luces de la mañana. Circulé a una velocidad media hasta la casa del inspector y estacioné en la entrada de su garaje. Un flamante BMW descansaba sobre el pavimento que precedía a la entrada.

Llamé con los nudillos. No obtuve respuesta. Llamé al timbre. En esta ocasión Amira apareció tras la puerta, dedicándome una sonrisa enseñando sus dientes blancos como perlas. Me besó la mejilla.

—¿Vienes por trabajo? —preguntó.

Negué con la cabeza y ella mostró su conformidad. Dejó la puerta completamente abierta y me indicó que la acompañase a la cocina.

La radio estaba puesta. Sonaba *Thunderstruck* de *AC-DC* a un volumen demasiado alto para la hora que era. Ricardo estaba sentado frente a la mesa, ausente, dando vueltas a una cucharita como un autómatas, tratando de vencer al sueño que pugnaba con sus párpados en una lucha encarnizada.

—Hombre, Melo —carraspeó al verme—. ¿Cómo tú por aquí?

Me acerqué a él y le arrebaté la taza, que contenía café solo, según pude apreciar. Hizo vagamente el amago de interceptarla, pero fue un movimiento débil y sin esperanzas reales de alcanzar su objetivo.

—Si no le das el café, me temo que se quedará dormido. Es adicto a la cafeína —explicó Amira, divertida.

—He pensado que podríamos pasar el día fuera —le dije a Ricardo, sosteniendo en alto su taza.

—Sí, sí, café —miraba con ojos anhelantes lo que sostenía en mi mano, balbuceando al hablar.

—¿Te importaría? —miré a su mujer.

—Al contrario, creo que le vendrá bien.

Repentinamente oímos un golpe seco que nos sobresaltó ligeramente a ambos. Nos giramos a tiempo de ver a Ricardo con la frente apoyada en la mesa, roncando suavemente.

—Creía que era broma —dije, contrariado.

—Oh, qué más quisiera. Ésto lo paso yo todos los días. Despertarle es una odisea.

—Aquí yace la mente más maravillosa del país —parodié un saludo militar y Amira tuvo que esforzarse por no escupir el trago que había dado un segundo antes.

18. Ahmed

Ricardo miraba pensativo por la ventanilla el paisaje dibujado con tonos ocres, amarillos y naranjas, aparte de las franjas de tierra roja que parecían haber sido regadas con sangre.

Dado que éramos buenos comensales, habíamos decidido pasar el día en Ávila y así ofrecernos un buen cordero.

Antes de comer, paseamos y charlamos, para conocernos más fuera del trabajo. Comimos en un mesón mal conservado, con la fachada blanca, pero ennegrecida a causa del descuido durante años. En su fachada rezaba un enorme letrero: *El mejor cordero que probarán.*

Lo cierto es que estaba exquisito, aunque el continuo trasiego de los coches dificultaba la conversación y le quitaba puntos al sitio. A ambos nos gustaba el vino, así que durante la comida pedimos una botella de vino tinto. Estaba fuerte, pero también estaba bueno. Apuramos hasta la última gota y Ricardo pidió otra botella, pese a que insistí en que no iba a beber más. No pareció importarle en exceso.

Salimos del mesón una vez hubimos pagado y Ricardo dejó una propina que doblaba a la cuenta, no sé si por excentricidad o debido a la embriaguez que llevaba. De cualquier modo, decidimos dar una vuelta por los alrededores, campo a través, para bajar la comida y, en su caso, también el vino.

Saltamos una valla de madera podrida, que se hallaba a un lado del camino mal asfaltado que tomaban los agricultores para ir a sus campos de cultivo.

Nos encontramos ante una vasta extensión de pasto amarillento, salpicado de encinas en el horizonte, que formaban un frondoso muro en algunas zonas.

Avanzamos hacia el lugar. Íbamos callados. Eran las cinco de la tarde y el sol brillaba con fuerza. Me pesaban las piernas a causa de la comida y el vino, al igual que a mi compañero, solo que él iba adquiriendo matices céreos por momentos, hasta que finalmente se paró y, apoyado las manos en las rodillas, vomitó la segunda botella que no debería haberse tomado.

—Puff —suspiró—. Mucho mejor, pero ¿qué tal si nos cobijaos en la sobra un rato? —miraba los árboles que ya se encontraban relativamente cerca con los ojos muy abiertos.

—claro, creo que tampoco me vendrá mal a mí.

Andamos, esta vez con paso ligero, hacia el anhelado follaje que nos protegería de los ardientes rayos del astro rey. Para cuando llegábamos sudaba profusamente y Ricardo resoplaba. Había cambiado su color blanquecino por un carmesí casi luminoso y no tardó ni un segundo en apartar bellotas caídas con el pie y desplomarse en el suelo, utilizando el tronco del árbol de respaldo. Yo hice lo propio, pero no me apoyé en nada.

—Me caes bien, Melo.

—Tú a mí también, pero a veces me apetecería darte un puñetazo.

Soltó una carcajada.

—Me sorprende gratamente que no lo hayas hecho, no serías el primero, bueno digamos que no entrarías en una lista de los veinte primeros —reía mientras hablaba—. El comisario o Ana, sin ir más lejos.

—¿En serio? Parecéis muy buenos amigos.

—Lo somos, pero soy consciente de como soy, no puedo evitarlo, pero entiendo que no agrade a otras personas y, sinceramente, un puñetazo me parece poco para lo que han aguantado.

—Es bueno saberlo, me lo guardaré para el momento oportuno.

—Trato hecho —me ofreció el puño, como si fuésemos adolescentes, así que choqué el mío contra el suyo.

Decidí recostarme contra un árbol también y cerré los ojos. Allí, en la sombra, el apabullante calor se había transformado en un ambiente templado que, de no ser por una constante brisa cálida que soplaba desde el sur, podría llegar a implicar tener frío.

—Quiero contarte algo —mis pensamientos se vieron interrumpidos por la voz apagada de Ricardo.

Abandoné mi actitud relajada y adopté una asertiva, mirándole, aunque él tenía la vista fija en el suelo, como si se avergonzara de lo que tenía que decirme.

—Ricardo, sé que nos conocemos desde hace poco, pero eres buena persona. Si necesitas ayuda respecto a algo no dudes en decírmelo —lo decía con sinceridad—. Si está en mi mano te ayudaré.

—No lo está, pero necesito consejo. Eres la persona más inteligente que conozco, después de mí, por supuesto, y da la casualidad de que conecto bien contigo, así que necesito tu ayuda, como en el asesinato, otro punto de vista.

—A ver, suéltalo.

Seguía reacio y las palabras murieron en su boca antes de pronunciarlas hasta en dos ocasiones, hasta que se aclaró la garganta y respiró hondo.

—Mi cuñado Ahmed es el líder de una banda terrorista —soltó con el semblante más sombrío que le he visto jamás.

Para cuando empezaba a oscurecer, ya estábamos de camino a casa. El ruido ahogado del motor de mi coche era el único sonido que hubo desde que decidimos que ya era la hora de partir. Se nos hizo de noche aún de camino y seguimos sin intercambiar palabra alguna.

—¿Qué hago, Melo? —preguntó al fin Ricardo, con evidente tono de preocupación.

—Estoy pensando —contesté.

—Vamos. Has tenido más de una hora para pensar algo. No me puedo creer que no hayas sido capaz de pensar siquiera una mala idea —se quejó.

—Que yo sepa, tú has tenido casi dos días y aquí estás, preguntándome a mí. Además, sé que es tu familia e imagino que estará siendo duro, pero tienes que tratar de ser objetivo.

—Que sea o no de mi familia es algo que me trae sin cuidado —contestó con cierta brusquedad.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Vaciló y agachó la cabeza, como si se avergonzara de algo que yo no sabía.

—Hay algo más que no me has contado, ¿verdad? —adiviné.

Asintió con la cabeza y, finalmente me miró.

—Puede que se me haya escapado algún detalle importante relacionado con el estado —le miré aterrorizado—. No me mires así, es de mi familia. ¡Qué coño iba a saber! Tiene pruebas falsas, Carmelo

—¿Cómo que pruebas falsas? ¿Sobre qué?

—Sobre mí.

Su respuesta me sorprendió y no hice ningún esfuerzo por disimular esa sensación.

—Ricardo, me estás asustando, así que explícate. Clara y concisamente.

—Solo me ha enseñado dos pruebas, una conversación fuera de contexto en la que muestro mi apoyo a su causa y que, realmente, era una autorización para comprar una televisión. En segundo lugar está el tema de la cantidad de huellas más que tendrá para ponerlas en cualquier lugar comprometido que sea capaz de pensar, como me ha insinuado —se quedó un segundo pensativo—. A mi modo de ver bastarían para encerrarme.

—¿Pero se puede saber qué has hecho? —le grité, alarmado.

—No he hecho nada —protestó quejicoso—. Es un chantaje para que no le delate.

—Pero, ¿a qué clase de estúpido le puede parecer buena idea confesar que es terrorista a un policía? ¿Con qué fin?

—Que me una a ellos —sonó tajante—. Ayer me lo contó. Estaba totalmente convencido de que apoyaría su causa, ¿te lo puedes creer? ¡Yo! —comenzaba a acalorarse y a alzar la voz. Yo seguía impertérrito, intentando digerir la información—. Alegaba que tenía mucha información que podía comprometer a muchos gobiernos. No me malinterpretes, así es, son todos unas sabandijas que nos ocultan cosas. Una vez me hube negado reiteradas veces, insistió en que al menos le consiguiese armas, pero lo que más me indigna de todo esto es que pretendía que me quedara de brazos cruzados sabiendo lo que se trae entre manos.

—Y te negaste a todo —deduje.

—Por supuesto que me negué —gritó, indignado.

—E imagino que si Ahmed es descubierto, todo eso saldrá a la luz —deduje.

—Así es —confirmó—. Me ha engañado como a un niño y yo he caído como un estúpido.

—Y, ¿qué vas a hacer? —quise saber.

—Eso quiero que me lo digas tú. Estoy atascado en multitud de posibilidades y necesito algo que me ayude a discernir la más acertada para este caso. Estoy desesperado, ha llegado hasta a amenazarme con hacerme daño a través de su propia hermana.

En ese momento vi la luz y descubrí que lo único que pretendía el extravagante inspector era proteger a su mujer.

—Está bien, pero déjame pensarlo.

Llegamos a su casa, las farolas iluminaban con una potente luz las aceras, confiriendo una caridad diurna en algunos puntos. Ricardo se apeó y me estrechó la mano.

—He pensado —empecé a decir y continué ante el interés de mi amigo —que la mejor opción sería ir al comisario, explicárselo y desarbolar la banda terrorista, cuentas con mi apoyo si así lo decides.

Pareció meditarlo y adoptó una actitud pensativa.

—¿Atacar el problema directamente dices?

—Sí. Muerto el perro se acabó la rabia.

—Interesante.

Nos despedimos y permanecí donde me encontraba hasta que

Ricardo hubo traspasado el umbral de la puerta. Embragué, metí la marcha, que hacía un ligero chasquido al engranar, y salí de allí a toda velocidad.

19. Misión no oficial

Pasaron dos días hasta que volví a saber de Ricardo. No dejé de darle vueltas al asunto en ningún momento. La sola idea de que un miembro de la familia del célebre policía fuese un terrorista y que hubiese metido en semejante apuro a una de las mentes más brillantes de los últimos tiempos, me resultaba ridícula. Pero cada vez que descubría que era real, cada vez que la realidad me aplastaba como si de una losa se tratase, me resignaba a vivir en un mundo en el que nada parecía tener sentido.

Estaba tumbado en la cama, a oscuras. Debían de rondar las cuatro de la tarde. Yo miraba al techo, incapaz de conciliar el sueño, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y vestido con ropa de calle, aunque estaba descalzo, lógicamente, cuando de repente sonó el móvil, sobresaltándome.

Dudé si cogerlo, porque se trataba de un número oculto, pero finalmente respondí.

—Oye, ¿estás presentable? —la voz de Ricardo sonó al otro lado del teléfono.

—Sí.

—Ábreme la puerta, entonces.

Colgó y, con un suspiro, me levanté y me dirigí a abrir la puerta. Ricardo esperaba al otro lado con dos cafés. Me endosó uno, que casi acaba en el suelo, y pasó sin ningún tipo de reparo, ensuciándome de barro el suelo.

—Oye, ¿no sabes que hay una alfombrilla ahí fuera? —le reprendí, molesto.

—No hay tiempo, creo que he avanzado con el caso.

Los ojos debieron desorbitármese, porque soltó una risita al ver mi cara.

El teléfono de Ricardo sonó de pronto, rompiendo el hilo de la conversación.

—Perdonad —se disculpó—. Es Amira. Ahora la llamo —dijo silenciando el aparato.

—¿Qué has descubierto? —pregunté.

—Un detalle que se le escapó al asesino.

El móvil volvió a sonar y esta vez respondió. Su cara iba cambiando conforme escuchaba a la otra persona hablar y colgó con el semblante serio.

—Me tengo que ir. Ahmed ha entrado en casa con un par de “colgaos” para

robar. Están intentando entrar en nuestra habitación para llevarse a Amira, así que tendremos que proseguir más adelante.

—Voy contigo —tercié.

—Ni hablar —me contradijo.

—No es una pregunta —espeté, rebelde.

—Es una orden, subinspector —declaró, más serio aún.

—Entonces tengo suerte de que no sea una misión oficial —concluí la discusión.

Asaltamos a un pobre conductor que circulaba concentrado con un *Audi* negro. El hombre se sobresaltó al vernos y frenó de golpe. Le confiscamos el coche, pero insistió en que vendría con nosotros para tener vigilado el vehículo.

Pisé a fondo, derrapando en la multitud de rotondas que había hasta llegar a casa de Ricardo. Nos apeamos y dimos permiso al hombre para que se marchara, ya que podía llegar a ser peligroso.

Todo parecía estar en calma, pero conforme nos acercábamos a la vivienda algunas irregularidades quedaron a la luz. El marco de la puerta estaba astillado a la altura de la cerradura, lo cual indicaba que habían reventado la entrada. En el interior todo estaba desordenado. Jarrones volcados, cuadros movidos, cajones abiertos, parecía que habían pasado varios ladrones de seguido y que cada uno se había llevado algo.

—Las únicas habitaciones que tienen pestillo por dentro son nuestra habitación y mi despacho —me susurró Ricardo, desenfundando una pistola.

Yo asentí, mirando fijamente el arma.

—Nunca has disparado a nadie, ¿no? —advirtió mi preocupación.

—Eso es decir mucho, nunca he disparado fuera de la academia.

Abrió su gabardina y sacó un revólver corto, aunque de cañón ancho, cuya marca no supe identificar.

—Es sencillo —me explicó—. De cintura para abajo y a las extremidades si quieres herir, de cintura para arriba centrado si quieres matar. Tú apunta, la adrenalina hará el resto.

—Vale —acepté tras tragar saliva sonoramente—. ¿Cuál es el plan?

Ricardo pareció meditarlo durante un momento y, finalmente, sacó su móvil. Llamó y habló brevemente en árabe. Acto seguido colgó.

—Son tres —comentó—. Ahmed está tratando de convencer a Amira, que está atrincherada en nuestra habitación, para que salga y se vaya con ellos. Otro está montando guardia al final de ésta escalera y el que resta está rebuscando por las habitaciones en busca del arma.

—Perfecto. ¿Cuál es el plan?

Subí las escaleras porfiando contra Ricardo por exponerme así. Llevaba el revólver colgado del cinturón y oculto con la chaqueta del traje, para dar la impresión de que estaba desarmado. Aparecí con las manos levantadas. El hombre que custodiaba la subida no tardó en encañonarme con su subfusil y preguntarme quién era.

—Oh, musulmán —dije con la mayor jovialidad de la que fui capaz—. *Sala malecum*.

—Malecum sala —respondió, bajando el arma, pero volvió a preguntarme quién era.

—Era socio de Ricardo —nos observamos. Era joven, con la tez marrón claro y unos ojos color miel que brillaban según les diese la luz—, pero el cabrón me ha timado mucha pasta y venía a explicarle las cosas, pero veo que os habéis adelantado.

El terroritario de buen grado y levantó su arma en actitud de soberbia.

—No estaba cuando hemos llegado. Ha dejado aquí a su mujer, como un cobarde.

—Pero, ¿y el niño? —pregunté.

—¿Qué niño? —quiso saber el hombre.

—El que hay abajo. Debe ser el hijo o algo —mentí—. No me jodas que no lo has visto, pues se te va a caer el pelo.

La cara de aquel tipo cambió por completo. Parecía que se había atragantado, miraba mucho hacia la puerta de la habitación, probablemente indagando si Ahmed, su jefe, se había percatado de su torpeza. Abrió mucho los ojos y trató de hablar, pero no le salían las palabras.

—A ver tío, cálmate —le pedí—. No tienen por qué enterarse. Te enseño donde está el chaval, se lo llevas a tu jefe y todos contentos.

—Sí, vale.

Bajé las escaleras, despacio para que mis pisadas resonaran lo menos posible,

seguido de cerca por el joven musulmán.

—Suelta el arma y pónitela en la espalda, anda, no me vayas a volar el trasero —le pedí y obedeció.

Cuando llegamos al pie de la escalera, la culata de la pistola de Ricardo se cernió sobre la cabeza del terrorista, dejándolo inconsciente.

—¿Cómo has conseguido desarmarlo? —quiso saber, arrebatándole el subfusil y esposándole a un balaústre de piedra.

—Digamos que definirlo como estúpido sería nominarlo al Nobel.

Asintió y dibujó una media sonrisa antes de adoptar un semblante que oscilaba de la preocupación a la seriedad, pasando por el enfado.

—¿Tú a por Ahmed y yo a por el otro? —le leí la mente y me lo confirmó con un asentimiento.

Subimos de nuevo la escalera, sigilosos. Una vez arriba, Ricardo me señaló dónde tenía que ir y él marchó hacia el lado opuesto. No podía ver al tercer hombre, pero sí podía escucharle mientras dejaba patas arriba una habitación, así que avancé, agazapado, y asomé la cabeza, echando una rápida mirada al interior.

En esta ocasión se trataba de un hombre de mediana edad, de constitución extremadamente delgada. Iba ataviado con una túnica que dejaba entrever unos tobillos raquíticos.

Me adentré en la habitación y me acerqué al sujeto, que estaba despaldas. Le encañoné y quité el seguro del arma, lo que hizo que levantara la cabeza.

—No te muevas —ordené—. Date la vuelta despacio con las manos en alto.

Hizo justo lo opuesto y me golpeó en la cara con un subfusil, tirándome al suelo y haciendo que mi arma se alejara un par de metros de mí. Me senté pesadamente. Notaba la sangre cayendo desde mi sien y resbalando de mi barbilla, cayendo en forma de enormes gotas que formaban un pequeño charco en el suelo.

—Adiós, infiel —dijo apuntándome.

Reaccioné rápido. Rodé a un lado y pateé con fuerza su rodilla, que emitió un chasquido escalofriante y le arrancó un alarido que seguro habían oído el resto de personas de la casa. Me levanté lo más rápidamente que pude, mientras el otro caía pesadamente, aferrado a su arma. Volví a patear a aquel hombre que iba a asesinarme a sangre fría sin apenas pestañear, esta vez en la cabeza. Quedó inconsciente y le esposé también, esta vez a la cama.

Salí dando tumbos de la habitación y avancé hacia la de Ricardo, en la cual Amira estaba encerrada. No había ningún signo de lucha en el pasillo, pero la

puerta del refugio de la mujer de mi compañero estaba sacada de los goznes y descansaba en el suelo. Dentro, Amira suplicaba a su hermano, quien apuntaba a Ricardo con una pistola de gran calibre.

—Tú —grité, apuntándole a su vez.

Mi compañero se encontraba entre mi objetivo y yo. El blanco era difícil. Ahmed reparó en ello y agarró al inspector, utilizándole de escudo.

—llegados a este punto no tengo más remedio que mataros, polis —bramó, fuera de sí.

—Chico, piensa lo que haces —le dije.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo, infiel —contestó—. Sólo uno de los tres saldrá vivo de aquí.

Mientras, Ricardo señalaba su hombro izquierdo y, de pronto, comprendí lo que quería decirme. Le miré mientras su cuñado hablaba y me dio su aprobación con un leve gesto de la mano. Sin pensármelo dos veces tomé aire, apunté y disparé a Ricardo donde me estaba señalando.

La acción cogió a Ahmed por sorpresa, más cuando le alcanzó el proyectil que había atravesado a Ricardo, derribándolos a ambos.

En un ataque de rabia, el cabecilla de la pequeña guerrilla disparó a la ventana, haciendo añicos el cristal. Empujó a mi compañero herido, impulsándolo hacia mí, y saltó por el butrón que acababa de improvisar.

Cayó ágilmente al suelo y rodó torpemente a causa de la herida. No era una gran altura.

Amira corrió a comprobar el estado de su marido.

—Estoy bien, ha sido un tiro limpio. Vaya. Eres un buen tirador, al fin y al cabo —añadió dirigiéndose a mí.

—Me has indicado donde tenía que disparar.

—Te lo agradezco —me dijo—, pero creo que ya no me debes ese puñetazo.

Los tres reímos, liberando toda la tensión acumulada.

20. La víspera de la operación

Le dieron el alta a los pocos días. Dado los amplios conocimientos sobre medicina de los que presumía, les fue imposible retenerlo una vez le hubieron operado. Tardó un mes en recuperarse, en el cual dejamos la investigación apartada, para que pasase tiempo con Amira, que había quedado lógicamente afectada por lo sucedido. Diciembre ya estaba cerca y lo precedió el frío polar. Las calles amanecían heladas todos los días y pese a que hacía sol, las temperaturas no sobrepasaban los cinco grados.

Había recibido múltiples cartas amenazantes, algunas de ellas en árabe y la policía había ataviado a varios agentes en los alrededores de su casa, dada la importancia internacional de Ricardo.

Fui a verles varias veces, conversaba con Amira o jugábamos a las cartas, ya que la apasionaban y Ricardo no era muy amigo de ellas. También hablaba con mi compañero, comentábamos el caso y me contó que estaba investigando la cédula de su cuñado. Había tomado la determinación de seguir mi consejo y desmantelarla, en una misión furtiva, planeada para el primer jueves de diciembre, antes de las importantes fechas navideñas en las cuales las calles eran un succulento objetivo para hacer un atentado.

La víspera de la operación contra la célula de Ahmed estaba nervioso. No estaba seguro de estar preparado para algo tan gordo. Mi compañero me había instruido y habíamos repasado el plan una y otra vez. En realidad, era sencillo. El edificio donde se escondían consistía en un pequeño chalet al lado de la base abandonada de Cuatro Vientos. Era blanco y aparte de la planta baja, solamente había otro piso, con el techo ligeramente hundido. Había dos entradas. Nuestro equipo consistiría en seis hombres, sin incluirnos ni a Ricardo ni a mí, entre los cuales se encontraba el comisario, que había apoyado en todo momento a su subordinado. La idea era abrir las puertas mediante ganzúas, de tal modo que pudiésemos irrumpir sin hacer ruido e inmovilizar cada uno a un objetivo, siendo el blanco principal Ahmed.

Yo, me encontraba en mi casa, con Ana, a la cual había dado cobijo durante

un par de días mientras pintaban su piso. Habíamos empezado una relación, si se le podía llamar así. No teníamos ataduras, pero, al menos en mi caso, no había necesidad de recurrir a terceros. Ana me bastaba.

—Te veo intranquilo, ¿estás nervioso? —preguntó, frotándose un brazo. Estábamos en el sofá y ella me observaba con las piernas cruzadas.

—Nervioso es poco —noté cómo me temblaba la voz. —¿Salimos de aquí?
—Me parece buena idea.

Caminamos por el río hasta el ya abandonado estadio del Atlético de Madrid, el Vicente Calderón, y volvimos hacia el Paseo de Extremadura.

—Ricardo está en Lucero —me informó Ana tras mirar su móvil—. Dice que si nos apetece tomarnos una cerveza con él.

Miré mi reloj. Eran las seis de la tarde. El sol comenzaba a ocultarse lentamente, pero aún quedaba más de una hora para que anocheciera.

—Por mí, bien —aprobé.

Cogimos el autobús número treinta y uno, que nos dejaba en nuestro destino sin necesidad de caminar más de lo necesario en esa fría época. Observé el quiosco de Daneli. Estaba cerrado, lo cual me pareció un tanto extraño dada la hora que era. Vimos a Ricardo fumando en la puerta de un bar al lado de la iglesia en la cual se habían producido los últimos dos asesinatos. Nos hizo señas con la mano, como si no le hubiésemos visto aún, y nos indicó que entráramos, tirando la colilla a la mitad.

Dentro, en una mesa, junto a una Coca Cola se encontraba Adrián Daneli, con la mirada ausente y actitud exaltada.

—Me lo he encontrado y he decidido invitarle a algo — comentó el inspector, quitándose el abrigo y dejándolo en el respaldo de la silla que después ocuparía.

—Es difícil evadirse de un ofrecimiento del señor Tierno — comentó, mirando hacia la puerta.

—¿Ha quedado con alguien señor Daneli? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No deja de mirar la puerta, por eso lo digo.

El hombre se dispuso a hablar, pero Ricardo se le adelantó.

—Está asustado, ha visto a un hombre rondando los alrededores con aire misterioso y han forzado la cerradura de su quiosco. Le he instado a que lo

cierre durante un tiempo y yo le buscaré un sitio seguro hasta que todo vuelva a la normalidad.

—Vaya, lo siento señor Daneli, cuente conmigo si se ve en un apuro alguna vez —me preocupé, contrariado por la metedura de pata.

—Gracias, señor.

Conforme se acabó su bebida, el hombretón se levantó, sin dejar de mirar a todos lados se despidió escuetamente y se retiró para coger las cosas indispensables para su retiro.

Sobre las nueve de la noche Ana me instó a irnos a casa, dado que el día que seguía se antojaba duro. Nos despedimos del inspector y cogimos un taxi hasta mi apartamento, para retirarnos a descansar. Aquella noche me costó conciliar el sueño, pero finalmente me dormí, arrullado por la suave respiración de Ana, que yacía a mi lado. Tuve pesadillas y me desperté temprano, sudoroso y helado.

Me senté en la cama. Ana dormía plácidamente, abrazada a la almohada. Una luminosidad débil se filtraba por las rendijas de la persiana. Me desperecé y fui a la cocina, a beber un vaso de agua.

El suelo estaba frío y no podía evitar encoger los dedos a cada paso que deba. La puerta de la cocina estaba entornada y reparé en que había alguien más en el piso. Durante un instante me quedé helado, pensando qué hacer, hasta que un ruido familiar llegó a mis oídos. Abrí la puerta, despacio, y el olor a café haciéndose me golpeó como una ola de calor.

—Veo que no puedes dormir —Ricardo tiró el cigarro en un vaso con agua ennegrecida, colmado de colillas apagadas—. Yo tampoco.

21. Cupido ha vuelto a actuar

A las doce nos reunimos con el resto del grupo. Ana se había ido a trabajar y, dado que estaba cerca de la comisaría, ofrecí mi piso como zona de reunión para ultimar los detalles.

Un furgón blanco, desvencijado y cuyo chasis chirriaba quejicoso nos llevó hacia el lugar.

Una vez nos hubimos apeado, cada cual tomó la posición que tenía asignada y se procedió a la operación. En mi grupo estaban el inspector y el comisario. Dos tenientes y un sargento conformaban otro. Dos hombres de las fuerzas especiales, que nos servirían como apoyo, irrumpirían quince segundos después para ofrecer cobertura sorpresa en caso de que fuera necesaria.

El comisario sudaba profusamente, pese a que la temperatura no debía de superar los dos grados. Ricardo no dejaba de palparse el bolsillo, alarmado.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Me están llamando, ya van tres veces por lo menos.

—Cógelo —dije.

—Después de la operación si eso.

Procedimos a ello. Fuimos los primeros en actuar. Ricardo utilizó unas ganzúas para forzar la cerradura, que apenas se resistió unos segundos.

Mientras, al otro lado de la casa, uno de los tenientes hacía lo propio. La cerradura se le resistió más que a Ricardo, pero finalmente logró abrirla y su equipo se introdujo sigilosamente, caminando agazapados al igual que nosotros. A una señal del inspector, él, el sargento y yo enfilamos el pasillo que conocíamos gracias a los planos, abriendo las puertas y buscando algún indicio de los terroristas. El equipo de apoyo y el resto de los conformantes que no habían entrado en acción subieron al piso de arriba, pero estaba vacío. No había nadie allí y cualquier material que pudieran haber contenido aquellos muros, no estaba.

Ricardo gritó de impotencia y volvió a sobresaltarse al notar una vibración en su bolsillo.

Se introdujo la mano en el bolsillo, furioso y miró la llamada, que provenía de Ana. Contestó bruscamente.

—¿Qué?

—Jefe, tenéis que venir todos rápido, ha pasado algo muy gordo —se la escuchó perfectamente a través del altavoz del aparato.

—De acuerdo, aquí no hay nada.

Fuimos a la comisaría. Ana nos esperaba en la puerta. —Cupido ha vuelto a actuar. En la Ermita de Virgen del Puerto. Estaba cerrada por unas reformas. Un operario ha entrado y ha salido horrorizado, chillando que había dos muertos. Una patrulla que pasaba por ahí le ha visto y ha echado un vistazo. Nos han llamado y apremiado para que vayamos —nos informó la secretaria. —Comisario, quédese, Melo y yo nos bastamos, gracias por lo de hoy — estrechó la mano a su superior.

—Sabes que puedes contar conmigo —se despidió.

El lugar estaba al lado, pero aun así cogimos un coche patrulla para ir. Aparcamos en los jardines del Madrid Río, al lado del pequeño edificio. Había una multitud arremolinada alrededor de la parroquia que pugnaba por ver algo, mientras algunos agentes los contenían como buenamente pudiesen. Enseñamos las placas y nos abrieron paso. Éramos los últimos en llegar. El lugar estaba lleno de técnicos haciendo fotografías, tomando muestras o policías interrogando a la gente.

La forense, Alicia Navas, salió de la ermita y nos saludó. Yo sólo había coincidido una vez con ella, pero era muy agradable y se llevaba bien con Ricardo.

—Creo que deberías esperar a entrar —el viento ondeaba su pelo color paja, tenía la pequeña nariz roja y los ojos azules brillaban anegados en lágrimas a causa del frío.

—No digas tonterías, Alicia. ¿Por qué? —el inspector estaba visiblemente molesto ante la reacción de nuestra compañera.

—No está decente el lugar del crimen —balbuceó.

—Déjate ya de majaderías —Ricardo la apartó de un suave aunque firme empujón y se encaminó hacia la ermita.

Alicia me miró con ojos suplicantes y después salió tras Ricardo, corriendo torpemente.

—Espera —le alcanzó en la puerta—. No entres Ricardo, por favor.

Les alcancé en ese preciso instante y me quedé como mero observador.

—Alicia, es mi caso. Aprecio que te preocupes por mí y que tengas en cuenta que Amira y yo estamos en una época delicada, pero aparte de proteger a mi mujer, coger al hijo de puta que va matando gente porque sí, es lo único que

me ronda por la cabeza —su voz sonó firme, Alicia trató de contestarle, pero no encontró palabras—. Y ahora si me disculpas, vamos Melo.

Entramos en el la pequeña construcción, debía tener capacidad para albergar a unas veinte personas como mucho. El altar estaba movido a un lado y en su lugar se erigía una cruz, con una silueta desdibujada a contraluz, cuyos rasgos fueron haciéndose más reconocibles conforme nos acercábamos.

—Joder —Ricardo se quedó boquiabierto y con los ojos desorbitados.

Me coloqué a su lado y pude observar el rostro de Ahmed, el hombre a por el que íbamos a ir hacía apenas una hora. Tenía la boca abierta y los ojos abiertos, sin vida. Estaba pálido y desmejorado, con el labio partido.

—Dios mío —Ricardo no podía creerlo.

Mientras él observaba el cuerpo mutilado de su cuñado, yo cogí una linterna para identificar a la segunda víctima. Una lona tapaba gran parte del tragaluz principal, lo cual implicaba que la parte más próxima al altar estaba prácticamente a oscuras.

Me situé frente a la cruz, mientras todo el mundo permanecía ajeno a la situación. Encendí la linterna y alumbré el segundo cadáver.

—No —no pude contener una exclamación, me temblaron las piernas y caí de culo al suelo, golpeando la linterna contra el suelo, haciendo añicos la bombilla.

—¿Qué pasa? —Ricardo me observaba con una ceja enarcada.

Su expresión pasó de la curiosidad a la preocupación cuando dos gruesas lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—¿Qué pasa Carmelo? —su voz sonaba nerviosa.

—No —lloriqueaba, estupefacto—. No, Ricardo, no. Lo siento.

El inspector se precipitó hacia donde me encontraba y tomó la linterna, intentando encenderla en vano y, preso de una furia incontrolable la lanzó contra el suelo. Finalmente cogió su encendedor y accionó la piedra, produciendo así una tenue llama naranja que iluminó el infierno.

Ricardo avanzó, hipnotizado, con una mano extendida y acarició la tez marmórea y fría de su mujer, que yacía con los ojos cerrados y los labios amoratados, sumida en un sueño eterno.

Con cuidado, Ricardo depositó su mechero Zippo en el suelo, a modo de antorcha y descolgó a su mujer. Se sentó, con ella sobre su regazo y la cabeza colgando inerte, mientras lloraba en silencio. Le apartó un mechón revoltoso que nunca conseguía peinar y la besó suavemente en la cara, en la frente y después en los labios, mojándola con esas lágrimas silenciosas, mientras el

rostro del estoico policía se descomponía a cada segundo que pasaba, roto de dolor.

Permanecieron así, juntos, durante un tiempo, hasta que Ricardo la depositó en el suelo y, cogiendo una manta térmica que le tendía Alicia, la tapó, besándola una última vez, ya con un llanto descontrolado. El inspector avanzó unos pasos, bajó dos escalones y tropezó, cayendo torpemente al suelo. Se puso de rodillas, con los puños apoyados en el suelo y profirió un alarido que nos erizó el vello de la nuca a todos y que, a día de hoy, aún lo hace, lleno de dolor, de desesperación. Le siguió otro y luego otro más, mientras sollozaba sin consuelo.

22. Una nueva pista

La oscuridad me envolvía en la medianoche de ese día especialmente frío de febrero. Contemplaba las tinieblas de mi salón desde mi butaca de ante negro, que Ana me regaló, mientras le daba una larga y pausada calada a mi cigarrillo, soltando el humo lentamente. Podía escuchar en aquel silencio el repicar del segundero del reloj de la cocina, atormentándome con cada nuevo movimiento.

Sabía que solo era cuestión de tiempo que apareciesen más víctimas, dado que la investigación había quedado apartada. De hecho, me pareció extraño que en ese tiempo no hubiese habido más víctimas, aprovechando nuestra aletargada hibernación.

La muerte de Amira había terminado de desequilibrar a Ricardo. Se había vuelto huraño, confinado en su inmenso chalet y, en las pocas ocasiones en las que había tenido la oportunidad de verle, tenía un aspecto demacrado, sucio, desaliñado, con una poblada barba color paja y un olor nauseabundo.

Hacía vida en su despacho. Comía cuando se acordaba y bebía a todas horas, mientras hilvanaba delirantes teorías conspiratorias. Cada vez dificultaba más mis visitas, ponía excusas e impedimentos, negándome la entrada en varias ocasiones, hasta que terminé por desistir.

Había tratado de avanzar en la investigación por mi cuenta, pero me estancaba una y otra vez. Me encontraba perdido, como un niño en un colegio nuevo el primer recreo del curso, mirando fichas policiales, entrevistas, repasando mis notas, sin encontrar ningún patrón lógico que me sirviera para entender aquella locura.

En un par de ocasiones fui a Lucero, pasando por delante del ya cerrado quiosco de Daneli y de la iglesia en la cual empezó la investigación para mí, con la esperanza de conseguir algún indicio que me permitiese avanzar.

La estridente melodía de mi teléfono móvil me sacó del estado de duermevela en el que tan plácidamente me hallaba sumido. El cenicero yacía en el suelo,

con su contenido esparcido por la lanosa alfombra blanca del salón.

Me estiré pesadamente en la butaca color noche cerrada, aferrándome a sus brazos durante la espasmódica sensación. La música seguía sonando, pero antes de responder, me puse en pie y levanté la persiana, disfrutando la tenue claridad de la mañana y paladeando el gélido aire que se filtraba a través del cristal.

La música había cesado, mas apenas transcurrieron unos segundos cuando empezó de nuevo, mientras el móvil vibraba furibundo. Miré la pantalla achinando los ojos y vi que el número estaba oculto.

—¿Sabe qué hora es? —pregunté sin preámbulos.

—Las ocho —respondió el comisario Robles al otro lado de la línea, lo cual hizo que me pusiera firme inconscientemente—. La hora perfecta para que se adecente y se presente aquí echando leches.

—Lo siento señor —una vez más destacó mi oportunismo—. En diez minutos estoy.

—Tiene cinco —parecía que iba a colgar pero añadió algo más—. Ponga las noticias —y entonces sí colgó.

Obedecí y subí el volumen para poder oír la televisión mientras me preparaba un café. Resultaba que aquel día, 23 de febrero, se cumplían dos años del primer asesinato de *Cupido*, coincidiendo con el intento de golpe de estado de Tejero, en cuanto a fecha histórica se refiere.

Las cadenas habían ampliado su franja de noticiario y, en conmemoración hacia las víctimas, se iban sucediendo sus fotos de manera alternativa.

Maldije una corbata, la cual fui incapaz de anudarme, y terminé por arrojarla al suelo. Me abrigué, cogí las llaves y salí dando un portazo.

Ana me recibió en la puerta de la comisaría con un sonoro beso y una sonrisa radiante, como siempre. Parecía estar de muy buen humor.

—¿Pasa algo? —pregunté, apartándole delicadamente un mechón de pelo que le caía sobre uno de los ojos.

—Una nueva pista en el caso —exclamó, sin poder contenerse más.

Su respuesta me dejó sin palabras y comencé a andar precipitadamente por el pasillo que conducía al despacho del comisario, tropezando y cayendo, en consecuencia.

Me planté ansioso ante la puerta de mi jefe y llamé repetidas veces con demasiada fuerza, dañándome los nudillos.

La voz de Robles me llegó ahogada tras las paredes de la sala, pero aprecié claramente una invitación a entrar, aunque lo habría hecho igualmente aunque me hubiese denegado el acceso. Acaté el mandato sin rechistar y abrí la puerta, crucé el umbral y saludé al comisario con un movimiento de cabeza, quién a su vez me devolvió el gesto, mientras los inteligentes ojos del joven Víctor asomaban tímidamente por encima del respaldo de una de las sillas.

23. Relación

—Víctor —no pude ocultar la sorpresa en mi voz al ver al hijo de la primera víctima—, ¿qué haces aquí?

—Hola, señor —dijo tímidamente.

—¿Cómo has...? —no sabía qué decir siquiera.

—Mi papá se cree que tengo autismo. No es verdad — argumentó mientras se cruzaba de brazos enfurruñado.

—Cuéntale lo que me has contado, hijo —le pidió Robles.

El niño nos miró con cara de besugo, primero a él y luego a mí.

—Verá, señor —empezó.

—Lámame, Melo —le interrumpí, con la intención de mostrarme cercano.

—Sí, señor Melón.

—Melo —el comisario no pudo contener una risita—. Bueno campeón —me senté en la silla contigua a la del muchacho, que permanecía de rodillas sobre la silla. La calefacción era asfixiante—, cuéntame por qué estás aquí.

—Me dijo que viniese si pasaba algo raro. Eso he hecho — parecía que se excusaba, como si creyese que había hecho algo malo—. No me grite, por favor.

—Víctor, tranquilo —le calmé, mientras le colocaba suavemente una mano en el hombro. Cambió su posición y se hizo un ovillo—. Creo que has sido muy valiente por haber venido hasta aquí.

—¿En serio? —su vocecilla sonó animada.

—Por supuesto —me secundó el comisario, mientras yo le alborotaba amigablemente el pelo, que desprendió un agradable aroma a camomila—.

¿Qué es lo que ha pasado?

Con exasperante lentitud, estiró un huesudo dedo hacia la televisión que se encontraba colgada de una pared, en la cual el comisario siempre tenía puestas las noticias. El sonido estaba quitado.

En el telediario se repetían las fotografías que había visto en mi casa, una a una. Permanecimos así, contemplando la televisión, hipnotizados, sin decir nada, absortos en las imágenes que se iban sucediendo. Me dolió ver la cara de sonriente de Amira y recé para que Ricardo no estuviese viéndola a su vez, confinado en su mansión.

Las fotografías se sucedían sin orden lógico y, cuando apareció el retrato de

la doctora Morales, Víctor abrió mucho los ojos y profirió un gritito ahogado.

—Esa. ¡Es esa! —exclamó, emocionado.

—¿La conoces? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—¿Entonces? —el comisario comenzaba a impacientarse y le indiqué que se tranquilizase con un rápido gesto de la mano.

—Esta mañana, mi papá y yo desayunábamos en la cocina viendo las noticias, como siempre —relató—. Cuando ha salido esa señora se le ha caído la taza y se ha puesto muy raro —nos miró—. Luego se metió en el baño y no salió. Le dije que me iba al colegio —añadió con evidente satisfacción por haber perpetrado aquel engaño.

Permanecí pensativo unos instantes, frotándome el mentón, y respiré aliviado.

—Por fin la maldita relación —estaba exultante y abracé al muchacho por ello.

Abrí un estuche de madera que descansaba sobre la mesa del comisario y saqué dos puros.

—¡Eh! ¿Cómo sabías que eso estaba ahí? —trató de arrebatármelos, pero me zafé ágilmente, le lancé uno, abrí la ventana y eché el pestillo de la puerta.

—Es una caja tallada a mano, ¿no? —pregunté, prendiendo el puro y dando rápidas chupadas para encenderlo bien.

—Así es, ¿cómo lo sabes?

—Los bordes no son totalmente simétricos, algo característico de una cadena de montaje, además de ser redondeados —le lancé el encendedor a Robles, que lo interceptó hábilmente, pero lo depositó en la mesa, junto al puro—. Al estar tallado no hay piezas pegadas —continué. Víctor aguantaba la respiración—. Por otro lado, la nicotina deja un residuo amarillento, así que si no era pegamento, esa era la opción más lógica.

—Vaya, va a resultar que sí eres un genio, al fin y al cabo —dijo el comisario con una amplia sonrisa. Acto seguido, encendió el puro y me devolvió el mechero.

Saboreamos el tabaco unos minutos, contaminando la atmósfera del despacho.

—Y, ¿cuál es tu plan? —quiso saber, mientras reposaba una mano sobre su barriga.

—Exprimir al padre de Víctor como si fuese un limón.

—Entiendo —musitó mi jefe—. Te asignaré a un compañero.

—Ya tengo uno. Solo hace falta motivarle.

—Y, ¿cómo piensas hacerlo?

—Con la oportunidad real de encerrar al hijo de puta que asesinó a su mujer.

Meditó la respuesta, que pareció agradarle.

—Está bien —terció al fin—. Cada día te parece más a él.

—Lo dices como si fuese algo malo —tiré la mitad que me quedaba del puro por la ventana.

—Oye tú, que son buenos —protestó el comisario y Víctor, que no había perdido detalle, rio disimuladamente—. No lo es, pero tampoco lo considero algo bueno.

No me gustaron esas palabras, así que me pertreché para irme.

—Vamos, Víctor —le tendí la mano. Bajó de la silla de un salto y me agarró de un dedo.

Cuando así el picaporte, Robles me llamó y yo me volví.

—La placa —me pidió. La desprendí y se la lancé.

En aquella ocasión no acertó a cogerla y calló a suelo.

—Da igual —dijo mientras la miraba de reojo sin ninguna intención de recogerla—. Me equivoqué contigo —sacó otra placa de un cajón de su escritorio y me la devolvió.

La observé y me abrumó comprobar que tenía escrito la palabra *INSPECTOR*.

—Demuéstrame que ahora no lo hago —añadió, con el pecho henchido de orgullo y los ojos fulgurantes.

Asentí y me marché, tirando suavemente del crío.

24. La conspiración de las sombras

La carretera que conducía a la casa de Ricardo estaba helada. Los rayos de sol se reflejaban tenuemente en la calzada, produciendo destellos arcoíris. Las gotas de rocío brillaban como si se trataran de perlas, mientras la hierba que crecía a ambos lados del asfalto pasaba del cristalino manto de hielo a una fina sábana de escarcha blanca.

Víctor y yo no hablamos durante el trayecto. Él se entretenía en buscar una emisora de radio de su agrado, mientras yo meditaba sobre lo que le iba a decir a mi compañero.

Cuando llegamos, el asfalto de la parcela que hacía de camino hacia el garaje se encontraba libre, así que aparqué ahí.

Me quité el cinturón de seguridad y el muchacho me imitó, abriendo la puerta a su vez.

—Un momento —le pedí antes de que saliera—. Víctor quiero que te quedes aquí, podría ser peligroso.

El chico me miró visiblemente indignado.

—¿Y qué? Te ayudo a luchar contra los malos.

La valentía del pequeño me arrancó una sonrisa y cambié de táctica.

—Vale hacemos una cosa —me miraba, expectante—. Entras conmigo y vigilas la cocina, para que no entre nadie.

Lo meditó durante unos instantes que se me antojaron eternos, pero terminó por soltar un grito de júbilo y salió del coche con entusiasmo, tropezando al bajar.

Yo también desmonté. Me dirigí a la puerta mientras el frío me helaba los huesos y el vaho flotaba titilante alrededor de mis labios. Eché mi cálido aliento sobre mis manos ahuecadas, mientras las frotaba entre sí, esperando de que sirviese para hacerlas entrar en calor. Llamé por segunda vez al timbre sin recibir respuesta.

Dejé caer los hombros, abatido, mientras Víctor no perdía detalle con la nariz pegada contra el cristal de una ventana.

—Parece que no están, señor Melo —comentó el muchacho.

—No pasa nada, tengo llave —le dije. Acto seguido, le di una patada a la

puerta, un poco a la derecha de la cerradura.

No era muy amigo de los zapatos y en aquella ocasión agradecí sobremanera tener puestas mis botas de la suerte. Me las regaló mi padre, eran militares, de suela dura y refuerzos de metal en los laterales y la punta.

La cerradura cedió con un crujido a la quinta patada, dejándome dolorido y obligándome a caminar con una ligera cojera.

Cruzamos el umbral. No había rastro de vida en aquella planta. Una gruesa capa de polvo cubría el mobiliario y le otorgaba al lugar un aspecto antiguo, especialmente al suelo y a las paredes. La madera de la barandilla que acompañaba a las escaleras en su ascenso al piso superior estaba deslustrada y se notaba áspera al tacto.

Llamé a Ricardo sin obtener respuesta. Mis botas resonaban contra el frío mármol con cada peldaño que subía, esparciendo un eco sordo y lúgubre.

Indiqué a Víctor dónde estaba la cocina y trotó hacia ella dando saltitos.

Por segunda vez, pronuncié el nombre de mi compañero y, por segunda vez, solo obtuve silencio como respuesta. Caminé despacio hacia el despacho, donde vi languidecer a Ricardo por última vez.

La puerta estaba prácticamente cerrada, dejando una apertura mínima que filtraba la luz del pasillo. Alcancé a tocarla con la punta de los dedos y la empujé suavemente. Cuando se hubo abierto lo suficiente, pude vislumbrar la silueta de un hombre tirado boca arriba en el suelo, sin despegar la vista del techo, mientras sostenía una pistola apuntando hacia donde yo me encontraba. El chasquido del percutor al accionarse me instó a apartarme y ocultarme tras a pared, medio segundo antes de que una bala abriera un orificio perfecto en la puerta, justo a la altura donde estaba situada mi cabeza un segundo antes.

—Pero, ¿se puede saber qué coño haces? —le chillé iracundo.

—Melo, ¿eres tú? —su voz sono ronca y apagada.

—Claro que soy yo —estaba furioso.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó.

—¡¿Qué?! Porque me acabas de disparar. No me has volado la cabeza de milagro, puto enajenado.

El sonido de algo metálico y pesado golpeando contra el suelo me indicó que había soltado el arma, así que me aventuré a entrar.

La habitación daba verdadero asco. El suelo estaba repleto de botellas vacías, algunas de ellas rotas, colillas por doquier, vómito seco que había tratado de tapar penosamente con hojas de varios periódicos, platos sucios, comida

mohosa, sin obviar el penetrante olor a cerrado que cebaba el ambiente hasta hacerlo casi irrespirable.

—Eres repulsivo —le dije, mientras observaba su deplorable aspecto—.

Anda, dúchate y aséate, nos vamos.

—Y soy yo el enajenado —comentó soltando una risotada y sin moverse lo más mínimo.

Me apoyé en el quicio de la puerta y saqué el paquete de tabaco y cogí un cigarrillo, prendiéndolo pausadamente y echando el humo al inspector, que me observaba atentamente.

—No sabía que fumases —levantó la cabeza para mirarme mejor.

—Fumaba antes, pero lo dejé. He vuelto por tu culpa —di otra calada, echando el humo por la nariz.

—¿Me das uno?

—No. Arréglate.

Volvió a descansar la cabeza sobre el piso.

—Hazme un favor, préndele fuego a la casa cuando te vayas — me pidió.

Permanecí impertérrito, observándole, y salí del despacho hacia su habitación, donde sabía que había un baño. Abrí el grifo de agua caliente, hice un cálculo aproximado de cuánto tardaría en llenarse la bañera y me fui hacia la cocina, donde Víctor me esperaba sentado en un taburete, balanceando las piernas alegremente.

Encontré sobres de sopa e hice dos, uno para el chico y otro para Ricardo.

Subí con el tazón rebosante y humeante y un cubo de fregona vacío. Dejé la sopa sobre la cisterna del retrete, con cuidado de no derramar nada. Llené la bañera con agua fría para templarla y, acto seguido, comencé a hacer lo propio con el cubo, obteniendo un contenido gélido.

Ricardo yacía en la misma posición, inmóvil, con un hilillo de baba cayéndole por la comisura derecha. Así bien el cubo y vertí todo su contenido sobre su persona, empapándolo de pies a cabeza y provocando que se incorporara dando un respingo.

—Pero, ¿qué haces? —estaba perplejo y miraba a todas partes.

Aprovechando su confusión, le agarré por la pechera y lo levanté, sentándolo en una silla colmada de papeles.

—Escúchame y escúchame muy bien, porque solo te lo voy a decir una vez

—me encendí un cigarrillo y se lo pasé a Ricardo, luego hice lo propio para mí—. Sé que estás destrozado, créeme, sé exactamente cómo te sientes —me miraba con ojos llorosos—. Esas ganas de dejar de existir, esa culpa, esa

soledad. Lo sé muy bien — ahora fue a mí a quien se le anegaron los ojos en lágrimas—. Eres el mejor policía del siglo o de la historia, quién sabe, pero si crees que la solución para atrapar al asesino de Amira es pudrirte aquí, te equivocas.

—No te atrevas a pronunciar su nombre —me amenazó e hizo amago de levantarse, pero le puse una mano en el pecho con firmeza y rebotó de nuevo hacia su asiento.

—¿Por qué? Amira, Amira, Amira. A-m -i r -a —repetí una y otra vez—. Era mi amiga, Ricardo, y también la echo de menos. Tenemos una buena pista y yo la voy a seguir. Tú verás si quieres sucumbir a la conspiración de las sombras, pero yo la voy a desbaratar —nos miramos fijamente hasta que apartó la mirada—. ¿Acaso crees que ella querría esta mierda para ti?

—Me da igual lo que quisiera, está muerta. Sólo lo superare cuando yo también lo esté —arrastró las palabras, aunque las dijo sin vacilar. Algo en mi murió en aquel instante, así que solo podía marcharme.

—Sí lo está, pero si hubiese sido al revés, ¿te gustaría verla en tu estado? Por primera vez desde que nos conocimos le gané una batalla y me supo mal, agria, podrida, porque, por primera y única vez en mi vida, vi vergüenza y derrota en sus ojos.

—Tienes listo un baño y una sopa en tu cuarto de baño. Me iré en media hora —me marché a la cocina sin añadir más.

Víctor rebañaba los últimos restos de sopa del fondo de su cuenco.

Esperamos tres cuartos de hora. El muchacho me miraba con paciencia infinita sin decir nada y yo, a cambio, le dedicaba alguna sonrisa fugaz.

—Vámonos —le espeté, levantándome.

El hizo lo propio y fue corriendo hacia el coche, montando en la parte de atrás. Las lunas tintadas me impidieron verle desde donde me encontraba.

Antes de salir, dediqué una última ojeada al piso superior, con la esperanza de ver a Ricardo bajando la escalera de mármol con su porte señorial, pero no pasó.

Monté en el coche, farfullando, dando un portazo que hizo temblar el vehículo.

—Cuidado, que la haces giratoria —la voz de Ricardo sonó tras de mí, sobresaltándome y haciendo que diese un respingo que terminó con mi cabeza impactando en el techo.

El inspector y el muchacho, que no me había advertido del engaño, rieron con malicia.

—Muy gracioso —le di un golpe en el brazo mientras me frotaba la cabeza para tratar de minimizar el dolor que me oprimía—. Monta adelante. Obedeció sin cesar de reír.

25. La consulta

Rondaba el mediodía en la consulta de David, el padre de Víctor. Había puesto al día a Ricardo, tratando de no ser muy obvio para que la imaginativa mente del joven que nos acompañaba no entrara en detalles.

—Hemos perdido mucho tiempo —me lamenté.

—No sabías que iba a desaparecer.

—Es culpa tuya —le recriminé.

—¿Por qué mía? —sonó indignado.

—Siempre lo planeas todo. Rara vez dejas algo al azar. Es como

si supieses lo que va a pasar en todo momento y me has dejado a mi suerte. Me observó. Parecía sentirse ligeramente culpable.

—Si fuese así, ya habría atrapado al asesino.

Habíamos esperado casi una hora a que David nos atendiese. Ricardo aguantaba estoicamente la espera pese a su fama de impaciente. Llegado a un punto, se acercó a la recepcionista, que ojeaba una revista detrás del mostrador. La mujer, rechoncha, con bucles negros colgando sobre los hombros y sonrosadas mejillas con hoyuelos que la hacían parecer más gorda, levantó la vista de las páginas de cotilleos y la fijó en Ricardo, mientras éste se acercaba, hasta llegar a un metro de ella, únicamente separados por el mostrador. Tocó el timbre que descansaba sobre el mismo con la palma de la mano, una única vez.

—Pero, ¿qué hace? ¿Qué, no ve que estoy aquí? —bramó la oronda mujer interrumpiendo la vibración del timbre colocando una mano encima.

—Era una forma de romper el hielo, mujer —afirmó, con toda la naturalidad del mundo—. Dígame, ¿a qué se dedica exactamente el señor...? ¡Víctor! ¿Cómo te apellidas?

—De Andrés —respondió sin apenas alzar la voz.

—El señor De Andrés.

—Es psicólogo.

—Y, ¿sabe cómo se siente estafando a la gente? —preguntó, distraído, mientras ojeaba una tarjeta de visita.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Sí, la psicología es una patraña inservible —la mujer adquirió tiznes carmesíes y pareció hincharse por momentos—. Dígale que venga, Ofelia.

—¿Disculpe? —la indignación se apoderó de la mujer.

—Perdone, es verdad. Ofelia es rubia. Dígale que venga ya o se meterán en un lío por obstrucción a la justicia.

La mujerona vaciló una vez más, tratando de mantener un pulso que no podía ganar, hasta que terminó por encogerse de hombros, coger el teléfono y llamar al psicólogo.

A los pocos segundos, apareció con semblante de alarma, que se acentuó cuando vio a su hijo acompañado de nosotros dos.

—¿Qué hacen aquí? —Preguntó despectivamente —y, ¿qué hacen con mi hijo?

—Ya era hora de que se dignara a aparecer, maldito idiota. ¿Sabe acaso lopreciado que es el tiempo en nuestra profesión? —le increpó Ricardo.

—No mucho, dado que lo dedican a perderlo molestándome — contestó desafiante.

Mi compañero se dispuso a contestar, pero antes de que lo hiciese, me acerqué rápidamente. Había perdido la paciencia y ese hombre no me caía bien. Le empujé contra una pared, bajo el eco de las exclamaciones ahogadas de los presentes y acerqué mi cara a la suya, enseñando los dientes como un perro rabioso. Acerqué despacio mis labios a su oreja, para que solo él pudiese oírme.

—¿Cree que esto es un juego? ¿Se ha parado a pensar en la importancia de lo que quiera que sea lo que nos está ocultando? Seguro que no —le susurré, sin expresión en mi voz—. Le aseguro que como muera alguien más, una sola persona, aunque sea la más miserable del planeta, le acusaré de obstrucción a la justicia y de colaboración en un homicidio —me inventé el cargo —de forma indirecta y le mandaré a una cárcel con una ducha especial para usted con el jabón remachado al puto suelo.

Le solté. Todos me observaban asustados, menos Ricardo, que encontró la escena divertida.

—Recogeré y les diré lo que quieran saber, pero aquí no — terció, al fin.

—En la comisaría, entonces —comenté.

Mostró su conformidad.

—Víctor, ven —llamó su padre.

El chico vaciló, pero bajó de la silla y se acercó a él arrastrando los pies.

—Le esperamos fuera —dijo Ricardo—. Vamos a fumar mientras.

Asentí y salimos a la puerta. Mi compañero sacó dos cigarrillos y me tendió uno, se palpó en busca de fuego.

—No tengo mechero —se lamentó.

—Yo tampoco, está en el coche —me busqué las llaves, pero no las encontré—. Se las he dejado al chico.

—Voy a por ellas —se colocó el cigarrillo en la oreja y abrió la gran plancha de cristal que hacía a su vez de puerta. Yo también entré.

Se adentró en la consulta y enfiló el pasillo que habían tomado padre e hijo.

Se pudo oír el chasquido de un picaporte al accionarse y acto seguido, gritos y un golpe seco.

—Pero serás hijo de puta —se escuchó gritar a Ricardo.

Acto seguido un forcejeo que acabó con David de Andrés volando por el pasillo, aterrizando aparatosamente, mientras el inspector apareció caminando despacio por el pasillo, con ojos ausentes, pero que miraban fijamente al tipo que trataba torpemente de ponerse en pie.

—Así que maltrato psicológico y físico —fue a decir algo, pero Ricardo siguió hablando—. No diga nada, ahora lo comprobaré en su historial.

Se puso en pie, apoyando la espalda contra una pared y quedándose recostado así. Víctor apareció con dos gruesas lágrimas cayendo por sus mejillas, en un llanto silencioso, y con un hematoma en la parte derecha del mentón.

—Víctor, ve con Melo —pidió Ricardo y el chico hizo lo que se le decía, hundiendo la cara en mi estómago—. Vámonos.

Nos dispusimos a marcharnos, mas antes de salir, en un arranque de orgullo, de Andrés nos bramó:

—Se os va a caer el pelo, no sabéis quién soy yo.

Ambos nos giramos y Ricardo se señaló. Yo asentí en silencio. Se acercó con pasos rápidos y se detuvo a un metro de él.

—¿Tú? —le espetó con exagerado desprecio —tú no eres nada.

Acto seguido y sin decir nada más, le dio un violento puñetazo en la mandíbula, saltándole dos dientes y provocando que se desplomara pesadamente sobre el suelo, inconsciente. Cogió una tarjeta de visita que había en el mostrador, escribió lo que imagino que sería la dirección de nuestra comisaría y se la tiró encima.

—Que venga cuando despierte —le dijo a la secretaria, girándose con una sonrisa mientras se frotaba los nudillos amoratados por el golpe.

26. Nueva pista

Compramos comida en un restaurante turco que estaba en la calle contigua a la comisaría y nos la llevamos al despacho de Ricardo, que había permanecido cerrado desde la muerte de su mujer. En la oficina podía apreciarse ajeteo. La gente correteaba de un lado para otro, inmersa en papeles o conteniendo a algún detenido, pero todos hallaban un momento para preguntar a Ricardo por su estado.

Nos encerramos los tres en la sala, de un tamaño mucho menor que la del comisario y engullimos, que no comimos, la comida en silencio. Entró Ana y nos interrumpimos. Besó a Ricardo en la mejilla y a mí en los labios suavemente. Alborotó el pelo de Víctor enredando sus dedos en el fino cabello color castaño, revoloteó animada por el lugar y nos abandonó tan fugazmente como había aparecido.

Ya habíamos terminado la comida cuando alguien llamó dos veces a la puerta. Ricardo le autorizó a entrar y asomó cautelosa la cabeza de De Andrés, con el mentón hinchado y el labio inferior con un corte.

—¿Puede hablar? —fue el único saludo de mi compañero. El hombre asintió —. Siéntese entonces —le pidió, señalando una silla.

Hizo lo que le pedía, mirando de reojo a su hijo.

—Bien, cuéntenos. ¿Cuál es su relación con la doctora? O era.

—Víctor, ve con Ana —le pedí y obedeció, dedicándole una intensa mirada a su padre.

Cuando la puerta se hubo cerrado dejando atrás la huesuda silueta del muchacho, Ricardo y yo aguardamos pacientemente, sin parpadear, apenas sin respirar, a que empezara a hablar.

Finalmente, el hombre que tan testarudamente había obstruido nuestra investigación se desmoronó y, cabizbajo, comenzó a hablar:

—Que yo sepa, conozco al menos a dos personas que tienen relación con el asesino en serie. Una es la doctora.

—Eso lo sabemos, continúa —espeté con sequedad.

—La otra es la hermana del que encontraron con María, Ángeles, creo que se

llama.

—Ángela —corrigió Ricardo.

—Eso es —corroboró De Andrés.

La información nos cogió ligeramente por sorpresa y tardamos un rato en reaccionar, salvando el tipo.

—Y, dígame, ¿de qué se conocían? —conseguí hablar antes que Ricardo.

—Los dos íbamos a la Universidad Complutense —su voz sonó amortiguada por sus manos, que ocultaban parcialmente su rostro—. Yo hacía el máster cuando ella entró e, inevitablemente, la veía casi a diario. Apenas ha cambiado.

—¿Y su relación con la doctora? —quise saber.

—Fuimos pareja un tiempo. Durante mi último año de carrera y el siguiente.

—Es decir, que los tres coinciden en un espacio —tiempo similar —pensé en voz alta—. ¿Dice que no tenía trato con Dumond?

—¿Con quién?

—Ángela.

—Ah, no. Nunca cruzamos palabra.

—Y, ¿podrían conocerse entre ellas?

—Dudo siquiera que supiesen la existencia de la otra.

Eso nos dejó contrariados, pero calificué la información como satisfactoria.

—Bueno, al menos tenemos por dónde empezar —estaba ansioso por indagar en las nuevas pistas—. Puede irse. Manténgase localizado. Ah y cuidado con Víctor, si no quiere volver a vérselas con mi amigo. Además, piense que es posible que gente inocente haya muerto porque usted es un cerdo.

Se marchó. Ricardo miraba al suelo, pensativo.

27. Complutense

Una vez se hubo marchado de Andrés, dejamos al pequeño con Ana, dado que íbamos a presentar cargos contra su padre. Mi compañero y yo empezamos a revisar los historiales de las víctimas o, mejor dicho, de sus familiares. Comenzamos revisando las universidades de cada uno. Pese a que sabíamos que no iban a coincidir, esperábamos encontrar algún patrón.

Así, vimos que de Andrés y la señora Dumond habían estudiado en la Complutense, tal y como nos había dicho, al igual que la difunta Cristina Morales, aunque no todos se conocían entre sí, ya fuese por edad o por estar en diferente carrera. La madre de Ángela, la chica que apareció la segunda vez junto a Iván, el muchacho cuyo padre se suicidó y cuya madre no sabíamos quién era, no tenía estudios. Además, su padre es nativo de Irlanda y estudió en una universidad de Dublín, el lugar donde residía la familia. El marido de la doctora Morales vivió y estudió medicina en Barcelona, hasta que conoció a Cristina en una conferencia y se mudó a la capital.

Por último, Ricardo opositó para policía tan pronto como le fue permitido y apenas había ido un puñado de veces a la Complutense, así que terminamos por discernir que, dado que no conocía a ninguna víctima ni familiar relacionado con el caso, la empresa contra él era parte del juego, dado que era la persona destinada a atraparlo y, además, gozaba de cierta fama.

—No lo entiendo —me lamenté tras horas de indagaciones, recostándome abatido en la silla—. No coincide nada. Son de diferentes edades y géneros, tanto las víctimas como las familias, estudiaron cosas diferentes en lugares distintos. ¡Joder! Ni siquiera cuadra el factor espacio.

Pausadamente, Ricardo sacó un cigarrillo y me tendió un paquete, así que hice lo propio. Le di fuego.

—¿Sabes? —me preguntó tras soltar el humo. Le miré fijamente—. Yo creo que algo pasó. Algo gordo que hizo que algunos estén pagando por ello.

—Si fue algo gordo, saldría reflejado en los antecedentes, ¿no?

—No hay nada, ya sé que lo sabes —me cortó antes de que empezase a hablar—. Me hubiese decepcionado profundamente que no los hubieses

mirado antes.

—Creo recordar algo de un ministro —hice memoria, pero lo veía difuso.

—Sí, accedió al cargo. Era una queja contra Dumond por insultarle en una rueda de prensa, pero la publicidad acabó favoreciéndole, así que se retiraron los cargos.

Permanecemos callados, pensando.

—Se me ocurre algo —comentó mi compañero.

Aguanté la respiración mientras aguardaba a que hablase, con el pulso desbocado.

—Habla ya —le increpé, lo cual le hizo gracia.

—Las universidades pueden aceptar quejas y reprender académicamente a sus alumnos, sin necesidad de meterse en temas legales —explicó.

—Quizás alguien denunció al asesino —deduje.

—Eso es. Vamos a la Complutense.

—Espera —ralenticé los acontecimientos ligeramente—. ¿Por qué ahí?

—Las otras opciones implican ir a Dublín o Barcelona.

Llevamos el *Audi R8* de Ricardo por Moncloa hasta la Avenida Complutense. Conducía yo, como siempre, con las sirena aullando sobre el salpicadero con una explosión de luces azules y rojas.

Aparqué derrapando frente al rectorado, quedándome a escasos centímetros de un *Smart*, ante la asustada conductora que se agarraba con fuerza al volante, con ojos como platos y la tez cérea. Nos apeamos y anduvimos con pasos cortos y rápidos hasta la puerta. Un alumno pecoso que salía la sostuvo. Tratamos de pasar ambos a la vez y terminamos chocándonos, lo cual produjo que me cayera torpemente. Ricardo me ayudó a levantarme con un fuerte tirón de mi brazo que me elevó lo justo del suelo como para hacerme la tarea fácil.

—Para ser poli, eres algo torpe —se burló.

—Cállate —reí.

Nos acercamos a un enorme mostrador en el cual había tres

señoras cotilleando entre susurros, mirando de reojo por si acaso. Se callaron en cuanto nos vieron acercarse y adoptaron una actitud asertiva.

—Buenos días —entonó la del medio, una mujer de mediana edad, rubia y

delgada.

—Es por la tarde —contestó el inspector, cortante—. Venimos a ver al rector.

—No está en este mom... —empezó la misma pero Ricardo levantó un dedo para pedir que guardara silencio, técnica que surtía un efecto impresionante.

—Creo que no me he expresado bien —mostró la placa—. No vengo por nada académico. Relativamente.

Las tres ahogaron una exclamación al unísono, produciendo un lamento altamente desagradable.

—Acompañenme —pidió.

Se levantó y salió del mostrador, bajo la atenta mirada de las otras dos. Echó a andar, seguida de cerca por nosotros. Cruzamos una puerta lateral, semioculta detrás de un biombo, que hacía las veces de panel informativo.

Subimos por unas escaleras, caminamos por un pasillo colmado de retratos y bustos que nos miraban con ojo sin vida, hasta que al fin llegamos a un despacho con una enorme placa de caoba por puerta, tallada de forma magistral con motivos históricos y bíblicos, con un picaporte de plata brillante repleto de arañazos.

Llamé y Ricardo abrió sin esperar respuesta, franqueándome el paso y cerrando la puerta en las narices a la administrativa.

El rector nos observaba perplejo desde detrás de su escritorio. Era joven, moreno y con gafas grandes en forma de medio círculo que le otorgaban un aspecto serio. El despacho estaba decorado con muebles bizantinos, demasiado recargados para una sala tan pequeña, contrastando con el diseño moderno del escritorio.

—Policía —saludó Ricardo.

—Hola —balbuceó el hombre, que no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Si deja de limpiar el picaporte con bicarbonato y se gasta un poco más en un limpiador en condiciones, dejará de estar arañado — añadió.

—Ah, gracias —musitó el rector.

—Señor —intervine—, necesitamos consultar algo de hace años. No tenemos una orden, pero podemos conseguirla, solo que nos llevará un tiempo que no tenemos.

—¿Tiempo para qué? —quiso saber, visiblemente interesado.

—Para evitar que un maníaco homicida siga actuando a placer —mi voz sonó con una seriedad que no creía capaz de poder transmitir.

Asintió con severidad.

—¿En qué les puedo ayudar? —se dispuso a colaborar sin más dificultad.

—Necesitamos saber si alguna de estas personas puso una queja a alguien cuando eran estudiantes: Cristina Morales, David de Andrés o Ángela Dumond —pidió mi compañero, añadiendo sus fechas de nacimiento. El rector abrió un armario con delicadeza y elegancia, rebuscando en una serie de cajones que parecían estar ordenados por fechas. Tuvimos que dar el segundo apellido de Morales, ya que había dos mujeres que coincidían en nombre y edad. Ojeó varios cartapacios bajo nuestra atenta mirada, pasando páginas rápidamente y deteniéndose en algunas.

—No he encontrado nada, pero si quieren échenle un vistazo, no se me haya pasado algo importante —nos ofreció amablemente el rector.

Cogimos la mitad de las carpetas marrones cada uno, apenas llevaba dos cuando Ricardo había acabado, así que le tendí el resto.

—¿Qué son los nombres que hay en la columna de al lado? —preguntó mi compañero.

—A los que pusieron la denuncia —contestó el rector, sin siquiera mirar los papeles.

—¿Y los huecos en blanco? —volvió a preguntar.

—Denunciado no identificado. Esto pasa a menudo con los alumnos de Erasmus.

—¿Tiene un registro de esos alumnos ahí? —quiso saber Ricardo—. Déjeme verlo, por favor —le pidió, sin opción a negarse.

—Ricardo, ¿qué pasa? —no entendía su interés repentino.

Me señaló un nombre de la columna de denunciados. David de Andrés.

—Será cabrón —musité.

—Sí. La misma persona denunció a un espacio en blanco el mismo día que a David —observó.

—Déjeme eso —le pedí al rector el registro de Erasmus—. ¿Qué año?

—2000 —recitó el inspector.

Busqué el año y, dentro del año, un país en concreto. Irlanda. El nombre de Jeremy Jones, el padre de Iván, el muchacho que apareció en el segundo homicidio, se me reveló como una visión.

—Se fue el día de antes de que la denuncia fuese puesta. No debió poder conseguir su nombre —expliqué—. ¿Quién puso la denuncia?

—Un tal Roberto Delgado —miró al rector—. Jefe, su expediente académico no estaría mal.

—Sí, claro —concedió, visiblemente emocionado.

Al cabo de unos segundos, sacó impreso lo que le había pedido y se lo tendió,

aún caliente.

—Así que estudiaba medicina —leyó Ricardo—. Vaya pedazo de notas, no bajaba de sobresaliente, pero cuando acabó el curso del 2000/2001 desapareció misteriosamente, qué raro.

—Vaya, recuerdo esa historia —comentó el rector. Ambos volvimos la cabeza hacia él—. Se cuenta entre el profesorado —añadió a modo de explicación. Delgado era brillante, pero un día se cogió una borrachera descomunal que le dejó en el hospital por un tiempo. Según parece, acusó a unos chicos de que le habían emborrachado, pero ya saben. Todos beben y hacen cosas de las que luego se arrepienten.

—imagino que esos chicos fueron David y Jeremy —deduje.

—Es decir, que había relación entre ellos —miró una vez más al rector—. Un último favor, déjeme el historial académico de Delgado. Lo revisaremos en la comisaría —prometió.

Repitió el ritual de abrir el armario y rebuscar en los cajones, pero le llevó menos tiempo en esa ocasión. Nos entregó una carpeta del mismo color que las otras, liviana y que parecía no portar nada.

—Muchas gracias por todo —mostré mi gratitud y nos marchamos, sin mirar el contenido del cartapacio que Ricardo sostenía entre los dedos.

Una vez hubimos salido del despacho, contemplamos esa piedra angular de la investigación que tanto tiempo había permanecido oculta. No nos decidimos a abrirla, como si fuese un sueño del que temiésemos despertar, quebrándose así en mil pedazos.

—¿Seguimos en mi casa? —preguntó mi compañero con la vista aún fija en el objeto que sostenía.

—De acuerdo —mostré mi conformidad.

28. Mafia rusa

El sol frío de invierno iluminaba la calle con sus débiles rayos, coloreando la calzada a brochazos aleatorios.

El trasiego de la avenida llenaba el ambiente de infinidad de voces, cada una distinta a la anterior, formando un agradable algarabío. Los motores de los coches rugían al pasar y ronroneaban cuando permanecían al ralentí, esperando la ansiada luz verde en un semáforo en rojo.

La armonía de la tarde se vio interrumpida por el bramido sordo de un vehículo circulando a toda velocidad por la avenida, sorteando coches por centímetros y haciendo una arriesgada maniobra para cambiar de sentido y encaminarse hacia donde nos encontrábamos nosotros. Se trataba de un enorme *Cadillac* todoterreno, con parachoques reforzados, negro, cristales incluidos.

—No parece que vaya a parar —me dijo Ricardo, mientras observábamos a aquella feroz bestia de metal acercarse hacia nosotros con pavorosa velocidad.

Cuando ese dato fue un hecho más que una suposición, Ricardo me empujó a un lado y saltó hacia el otro, salvando el coche por poco, que derrapó y osciló antes de detenerse. De su interior salieron dos hombres, ambos altos y musculosos, uno rubio y otro castaño, el último con una cicatriz en la mejilla derecha. Conducía una mujer morena que parecía ser de pequeña estatura, más aún al contraste en el monstruoso vehículo en el que iba montada.

Sin mediar palabra, delante de los asombrados estudiantes que corrían despavoridos, pero sin alejarse demasiado para poder ver lo que ocurría, ambos hombres sacaron una pistola. Ricardo se había ocultado detrás de un coche, mirando esporádicamente a través de la ventanilla para seguir la escena. Yo me encontraba apartado aunque descubierta, pero no quería llamar su atención moviéndome, así que desde el suelo fui arrastrándome poco a poco detrás de una enorme papelera de hierro.

La mujer soltó el volante y abrió la puerta. Bajó con elegancia del coche. Iba con pantalones de cuero negro y un chaquetón de pieles que aparentaba ser extremadamente caro. Como sospechaba, era de pequeño tamaño, pero tenía una mirada feroz que amedrentaba solo con cruzársela.

—Tierno —bramó el apellido de mi compañero con un marcado acento del

este, probablemente ruso—. Sal de donde quiera que estés. No es la primera vez que me jodes, pero sí va a ser la última — le dijo algo en ruso al gorila rubio y comenzó a inspeccionar detrás de los coches, en busca de Ricardo—. ¿Qué te pensabas? ¿Qué tu pequeño engaño iba a funcionar? ¿Qué soy estúpida?

Conseguí llegar al lado de mi compañero, que no perdía detalle de la escena. Me apoyé en el coche, en cuclillas.

—¿Una novia cabreada? —pregunté.

—Ojalá. Es de la mafia rusa, mira el tatuaje del gorila castaño —llevaba algo parecido a una estrella de David en el cuello—. Creo que he hecho algo que la ha cabreado.

—Tierno —volvió a gritar la mujer—. Sal o empiezo a matar gente.

Hizo un gesto al rubio y agarró a una chica que permanecía escondida por el brazo, pese a las súplicas de ésta para que le soltara, alegando que no había hecho nada. La trajo donde se encontraba la mujer, siempre seria, y la sujetó con fuerza cerca de él, sin llegar a pegarla a su cuerpo, apuntándola a bocajarro con la pistola.

—Contaré hasta diez —advirtió la mujer y empezó a contar, pero algunos números los decía en su idioma.

—¿Qué hacemos? —pregunté, asustado.

—¿Has traído arma? —quiso saber.

—Sí —la saqué y se la mostré.

—Genial, porque yo no —le miré con cara de frustración, incapaz de creerme que pudiese haber hecho tamaña idiotez—. Veníamos a una universidad, yo que sabía. Soy un pacifista —se excusó.

—Vale tu un gorila y yo otro.

—Tendrás que encargarte de los dos, ambos van armados. Yo inutilizo el coche.

—Me van a disparar —me lamenté, tragando con dificultad.

—No si eres más rápido.

—Nueve —gritó la mujer.

—Allá vamos, no falles —pidió Ricardo—. Ya va, ya va.

Salió de detrás del coche y el gorila se olvidó por un segundo de la chica, momento que aproveché para echar una rápida ojeada a través del cristal, levantarme rápidamente y disparar al rubio. La bala le impactó en la cabeza, haciendo que se desplomara inerte. El otro hombre reaccionó, mas cuando apretó el gatillo, mi segundo disparo le impactó en el costado,

haciendo que cayera de lado.

Noté una punzada de dolor en el lado derecho del pecho y vi brotar la sangre del orificio. Resultó que consiguió disparar antes de que le abatiera, al fin y al cabo. Me palpé la herida y pude notar el plomo a través de mi piel quemada, lo cual implicaba que el hueso había parado la bala.

Mientras esto ocurría, Ricardo se había escabullido por detrás, dando un leve rodeo y placando sin contemplaciones a la mujer, haciendo que cayera pesadamente sobre el pavimento, con él aterrizando encima. Aprovechando que había quedado aturdida, se introdujo en el coche y giró el contacto en sentido contrario, partiendo la llave dentro de la hendidura. Acto seguido vino a socorrerme, me encontraba sentado, con la espalda apoyada contra la fría puerta del coche que me había servido a modo de trinchera, sudando profusamente y emanando vaho.

—Melo, Melo, joder, ¿estás bien? —preguntó, lanzándose al suelo a mi lado.

—No me ha dañado ningún órgano, pero me temo que sí un gran vaso. O me intervienen próximamente o me voy a desangrar — usé un tono de voz calmado para no quebrar la delgada línea entre la locura y la razón de Ricardo, pero lo cierto es que estaba aterrorizado.

—¿Qué hago, Melo? —los ojos se le anegaron en lágrimas.

—Deja de llorar y llévame a un hospital —acerqué su cabeza a la mía y le di un amistoso beso en la nuca—. Tranquilo, todo saldrá bien.

En un alarde de fuerza que no sabía que poseía, Ricardo me levantó y me montó en el asiento del copiloto del coche. El cinturón de seguridad pasaba justo por encima de la bala y me apretaba, haciéndome rechinar los dientes por el dolor, pero preferí eso a ir sin atar.

—¿Recuerdas cómo se hacía o te hago un repaso rápido? —le pregunté.

Él soltó una risotada.

—Mi querido amigo, que no conduzca no implica que no me guste conducir. No conduzco porque soy adicto a la velocidad y temía matarme cualquier día —me miró con una sonrisa de diablo en los labios—. Agárrate, vamos al San Carlos.

Arrancó haciendo ruedas y fuimos dirección Moncloa, donde se encontraba el hospital. Ricardo encendió la sirena y puso la radio, sonaba *The Unforgiven II* en la radio y comenzó a tararearla. Por el retrovisor pude ver como la mujer ayudaba a levantarse al hombre que permanecía con vida, cogían el coche de un alumno, un *Golf GTR*, y salían en nuestra búsqueda.

—Tenemos un problema —le comenté a mi compañero, viviendo la canción

como si nos fuésemos de picnic al campo.

—No es un problema si no nos alcanzan, sujétate —dicho esto, aceleró, revolucionando el coche y esquivando coches que se iban apartando como buenamente podían. Llegamos a Moncloa y torcimos a la derecha hacia la calle Pintor Rosales, con nuestros perseguidores a escasos metros.

—Es imposible, en ciudad este coche no nos da ventaja —me lamenté—. Encima estos putos autobuses que, o te andas con ojo, o te los tragas. Súbitamente Ricardo dejó de cantar, frenó en seco, derrapando y dando así la vuelta al coche. Aceleró, quemando neumáticos, mientras el otro coche nos adelantaba y frenaba, dando la vuelta a su vez, aunque con mucha menor destreza.

—Pero, ¿qué haces? —chillé, aterrorizado—, que vamos en dirección prohibida.

—Así es más emocionante —contestó, mientras cantaba la siguiente canción que sonó, *The Trooper*.

Pese a la velocidad, Ricardo conducía con maestría y seguridad, pero no conseguía desprenderse del coche negro que nos perseguía. Llegamos a Moncloa y volvimos hacia Ciudad Universitaria. El hombre sacó medio cuerpo por la ventanilla y nos disparó, rompiéndonos el retrovisor.

—Pero bueno, habrase visto —se quejó Ricardo y me miró—. ¿Sabes cuánto cuesta este retrovisor?

—Calla y conduce.

Siguieron disparando. Impactaron en un neumático de una furgoneta que iba delante de nosotros provocando que perdiera el control y colisionara con otro coche, que a su vez golpeó a otro, provocando un accidente en cadena y la obstaculización de la carretera.

—Mierda —mi compañero se lamentó y deceleró, dando pie a que nos alcanzaran, llegando a colocarse a nuestro lado.

Con gran destreza, Ricardo fue sorteando coches y pasando por huecos por los que parecía imposible entrar. Nuestros perseguidores pasaban más justos o incluso llegaron a rozarse con algún vehículo. Volvimos a la Avenida Complutense. Una ambulancia estaba en el lugar donde había tenido lugar el tiroteo, amortajando al finado.

Pasamos como una exhalación por su lado, atrayendo las miradas de todos los presentes. Noté cómo el otro coche nos embestía por detrás, provocando un chirrido metálico que desgarró el cielo. Me encontraba mareado, débil y me notaba frío.

—Aguanta amigo —me pidió, poniéndome la mano en la herida—. En cuanto adelantemos al autobús que hay delante, no tardaremos en librarnos de éstos.

El contador marcaba que íbamos a 120 cuando pasamos al autobús, pero Ricardo se quedó con la matrícula.

—0910 LMD —recitó en voz alta. Acto seguido, comenzó a hacer cálculos que escapan a mi comprensión. Giramos a la izquierda cuando llegamos a una raqueta, al final de la Avenida Complutense, a la altura del Paraninfo, enfilando hacia la facultad de Geografía e Historia.

—¿Qué haces? —me costaba un poco vocalizar.

—Inventé un algoritmo para poder sintonizar las emisoras de las radios de los vehículos a partir de la matrícula. Llama a este número —me lo dio marcado—. Di que eres policía y que necesitas que se coloque en una curva en la facultad con un sitio amplio para aparcar al lado. Que desaloje el autobús. Hice lo que me pedía. El conductor del autobús, aunque contrariado, mostró su conformidad. Cogimos algo de ventaja en la gran travesía que separaba Ciudad Universitaria de la facultad a la que nos dirigíamos, pero luego la calle se hizo de un solo carril.

Atravesamos a toda velocidad el campus, que hacía una O para permitir a los autobuses dar la vuelta, ya que era principio de línea, formando un conjunto de aparcamientos en lo que se etiquetaría como la parte de atrás de las facultades. Al principio se encontraba la biblioteca, un enorme edificio de paredes de cristal. Un poco más abajo otros dos edificios, donde se impartían las clases. Dimos dos vueltas y, cuando pensaba que iba a vomitar, Ricardo me tocó el hombro.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Claro.

—Menos mal, porque como esto no salga nos matamos.

No me gustó oír esas palabras. Pude divisar un autobús estacionado justo en la curva, sin gente dentro. Ricardo deceleró un poco, permitiendo que el otro coche casi nos alcanzara y aceleró de nuevo. Los chasis de ambos coches estaban a pocos centímetros de tocarse.

Cuando dimos a curva, todo pareció ir a cámara lenta. Mi compañero giró bruscamente, provocando que el vehículo culeara y que pareciese que nos íbamos a estrellar con los coches aparcados frente al autobús, pero, por suerte, el conductor había cumplido su parte y había un enorme hueco, que nos permitió sortear al autobús y salir relativamente airosos de la situación.

Nuestros perseguidores cayeron en la trampa y no tuvieron tanta suerte. Impactaron a toda velocidad con el enorme vehículo, rajando la chapa e introduciéndose ligeramente en ella, quedando el *Golf* totalmente siniestrado. —Soy el amo, ¿a qué sí, Melo? —mi compañero estaba exultante, pero yo ya no me veía ni con fuerzas para hablar—. ¿Melo? — me tomó el pulso, estaba terriblemente débil—. ¡Oh, joder! Llamó brevemente al comisario mientras arrancaba para contarle lo sucedido. Colgó y lanzó en móvil a la parte de atrás del coche. No recuerdo mucho más. Destellos rojos, gente cogiéndome, el olor a antiséptico, el frío.

Desperté con un sabor amargo en la boca. La intensa luz de la habitación me deslumbró. Todo era blanco, como si hubiese muerto y me encontrase en el cielo, solo que notaba todos los miembros entumecidos y doloridos, cualidades muy poco celestiales.

—Melo —exclamó Ana y se tiró sobre mí, haciendo que me encogiese bruscamente. Reparó en mi reacción y se apartó. —¿Qué ha pasado? —quise saber.

—Pues que por poco mueres —la voz de Ricardo me llegó desde un punto de la habitación. Giré la cabeza y le observé sentado en el sillón de la habitación, contemplando un catálogo de muebles, serio. Estaba desmejorado, tenía ojeras y barba de varios días.

—¿Aún no te has ido a casa? —le pregunté, preocupado. —Sí, algunos días, pero llevo una semana aquí —respondió, levantándose y estirándose como un felino.

—¿Una semana? —estaba confuso—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un mes y tres días —respondió mi compañero, haciendo ejercicios de calentamiento.

Miré a Ana y asintió. También tenía mala cara.

—No, no podemos haber perdido tanto tiempo —miré a Ricardo—. ¿Qué ha pasado? ¿Has seguido investigando? Por favor, dime que sí.

—El disparo te seccionó la arteria y casi mueres desangrado. Entraste el shock varias veces. Los médicos creen que por eso has estado en coma —respondió tajantemente—. No funciona en este caso si no estás tú —siguió explicando—. No me malinterpretes, no creo que tu intelecto esté a la altura

del mío, pero eres como un conductor, como si yo fuese electricidad y tú agua.

—Me lo tomaré como un cumplido. Incorpórame, por favor — le pedí a Ana. Incorporó el cabecero de mi cama, cuyo mecanismo funcionaba con pasmosa lentitud. Hasta que me encontré sentado.

—Llamad a la enfermera —pedí y se hizo—. Oiga —le dije una vez apareció —, en una escala del uno al diez, ¿cuánto me he recuperado?

—Completamente, pero necesitaría algo de rehabilitación. Lleva un mes sin moverse.

—Eso no es problema, he descubierto que aquí mi amigo conduce estupendamente, así que puede hacerme de chófer —Ana sonrió—. Necesito el alta.

—Quizás sea algo precipitado, señor.

—Quizás, pero la quiero aun así. Que me vea el doctor.

Me dieron el alta a la hora, tras rellenar innumerable papeleo. Me vestí torpemente con ayuda de Ana y fui en una silla de ruedas empujada por Ricardo hasta a puerta. Una vez allí y tanteando con cuidado, salí al exterior apoyado en el hombro de mi compañero.

La luz del sol me cegó, pese a que nos cobijaba la imponente sombra del coloso Hospital Clínico San Carlos. Pude ver el *Audi* de Ricardo aparcado en un espacio reservado a servicios especiales y anduve arrastrando los pies hasta él, despacio.

Caí al suelo cuando Ricardo me soltó para abrir la puerta del coche, aunque simplemente quedé sentado. Me ayudaron a levantarme. Me costaba mover mis extremidades, pesadas como si se trataran de plomo y levantarme era una tarea casi hercúlea, pero lo conseguí finalmente, agarrándome al tirador y aprovechando la inercia para sentarme en el asiento del copiloto. Ana ocupó el del conductor y Ricardo se situó en el asiento de en medio, en la parte de atrás.

—Veo que sigues con tu fobia a conducir —me burlé de él, que permaneció serio.

—La última vez que lo hice murieron dos personas —su tono de voz no reflejaba sentimiento alguno.

—Sí, que intentaban matarnos —le consolé, colocando una mano sobre su rodilla, lo único que tenía a mi alcance desde mi posición y en mis precarias condiciones.

Ana condujo hasta casa de Ricardo, aunque no entendía muy bien por qué. Se

apeó y me ayudó a bajar, sosteniendo mi cuerpo con firmeza cuando me encaminé al interior.

El recibidor estaba impoluto. No había vestigios de la época oscura en la que se sumió la casa cuando Ricardo languidecía entre sus paredes, como un reo al que se le ha vedado la luz del sol. Todo olía a limón y a limpio. Los escasos haces de luz que se filtraban por la ventana hacían refulgir el mármol como si contuviese estrellas.

—He acondicionado el comedor como dormitorio y sala de rehabilitación —explicó mi compañero. Yo le miré perplejo—. Supuse que querías recuperarte cuanto antes, así que he dispuesto fisioterapeutas y entrenadores personales para ti. Si te parece buena idea quiero que sepas que se me ocurrió a mí, si no, es cosa de Ana —a susodicha le dio un codazo—. Vale, es posible que en ambos casos se me ocurriese a mí.

—No sé qué decir —estaba estupefacto.

—No tienes que decir nada, yo también quiero atrapar al asesino, pero te necesito conmigo —Ricardo me dedicó una amplia sonrisa, echándose hacia atrás un mechón rubio que trataba de escapar con rebeldía.

Empleando todas mis fuerzas me sostuve de pie sin ayuda alguna, apartando suavemente a Ana, cuyas mejillas comenzaban a colorearse, y me acerqué a Ricardo para darle un abrazo, que me correspondió durante unos segundos.

—Creo que esto ya empieza a ser incómodo —terció, pasado más tiempo del necesario.

—Lo sé —mascullé masticando las palabras para no tragarme su pelo—.

Pero no puedo moverme.

Los tres nos echamos a reír y mi compañero se separó de mí, sosteniéndome de los hombros con suavidad.

—¿Cuándo puedo empezar? —quise saber.

Súbitamente, Ricardo me lanzó hacia atrás lo suficiente como para que no cayese de espaldas y gritó de júbilo.

—Ése es mi chico —volví a precipitarme hacia delante y él me sostuvo de nuevo ágilmente por los hombros—. Samuel, José —llamó.

Al instante aparecieron como de la nada dos hombres. Uno era alto y fornido, de ojos azules y pelo color tierra, embutido en un uniforme negro, con pantalón largo y manga corta, mientras que el otro, aún más alto y más fornido que el anterior, parecía sacado de un combate de lucha libre profesional. Lucía un chándal azul eléctrico y una camiseta de tirantes blanca, que parecía unas cuantas tallas por debajo de su medida.

—Samuel será tu *fisio* y José tu entrenador personal —nos presentó brevemente.

—Hulk, Terminator, empecemos —les pedí y sonrieron.

29. Listo para seguir

Transcurrió casi otro mes hasta que me hube recuperado por completo. Repasábamos el caso mientras entrenaba y durante mis sesiones de dolorosos masajes y estiramientos, pero Ricardo se negaba a hacer trabajo de campo hasta que yo me hubiese recuperado.

—Es energía gastada en vano —alegaba cada vez que le increpaba a hacerlo, hasta que desistí.

Trabajosamente logré ponerme en forma y recuperar la condición física previa a mi operación, además, haber repasado tantas veces el caso me estimuló notablemente.

La Semana Santa estaba próxima y, como era característico de ésta, la lluvia visitaba el país, dejando escasos momentos de paz en los cuales el sol asomaba tímido por un resquicio.

—¿Has descubierto quiénes eran los que nos persiguieron? — pregunté a Ricardo un día que estábamos solos.

—Solo sé que eran de la mafia rusa, poco más —respondió.

Pasé muchas horas en la sala que Ricardo habilitó para mí. Era distinta a las demás. Las paredes estaban formadas por una especie de baldosas de un material que no supe identificar, negras y delicadas, que actuaban como espejo si la claridad lo permitía. Había sesenta y cuatro paneles en cada pared, como si se tratara de un tablero de ajedrez en varias dimensiones. El suelo y el techo estaban hechos del mismo material, pero lo conformaban una única pieza en cada caso.

El día que el fisioterapeuta me dijo que me había recuperado por completo estaba exultante. Tenía mejor forma física que antes del accidente y había ganado musculatura, dándome un aspecto más curtido.

Ricardo, Ana y el comisario Robles tomaban café en la cocina, charlando amigablemente, cuando aparecí por la puerta. Llevaba una camisa azul celeste y unos vaqueros claros, acompañados por unas botas grises que me regaló Ana al poco de empezar nuestra relación. Los tres me contemplaron

sonrientes y me sirvieron café.

—Tienes buen aspecto, hijo —soltó el comisario, dándome una palmada en la espalda con más fuerza de la que me esperaba, lo cual hizo que me tambalease, provocando las risas de los presentes.

—Me siento bien —afirmé, dándole un sorbo al café. Me supo amargo, así que le añadí algo más de azúcar.

—¿Estás listo para seguir con la investigación? —robles parecía impaciente por ello.

—No solo estoy listo, estoy deseándolo.

—Entonces empezareis hoy mismo —el comisario cambió su semblante a serio y frunció el ceño—. Ya le hemos dejado mucho tiempo... Es una suerte que no haya habido más víctimas —miró con severidad a Ricardo, a quien probablemente reprocharía el no haber continuado la investigación mientras me recuperaba.

La lluvia dio una tregua al mundo y unos débiles rayos de sol asomaron por entre los enormes nubarrones negros como el carbón. Pedí salir a la calle a revisar los datos. Me senté en un parque cercano a la casa de mi compañero, ya que llevaba dos meses confinado. Éste accedió de buen grado.

Nos sentamos en un banco seco, ya que estaba bajo un enorme pino que formaba una densa capa contra el agua. Nos fumamos un cigarro disfrutando de la calidez del día, con breves momentos de una fresca brisa que nos acariciaba el rostro.

—Veamos —ojeé los documentos una vez nos pusimos manos a la obra—. Sabemos que el tal Delgado puso la denuncia a Jeremy y David.

—Sabemos más cosas —le miré con ojos de besugo, sin comprender—.

Verás, no he estado del todo parado. Fui a la universidad y pedí al rector todos los documentos relacionados con estos tres tíos. El de Jeremy no tenía mayor importancia. Tampoco el de David, salvo por algún ligero detalle.

—Y, ¿el de Delgado? —quise saber.

—Esa es la pregunta correcta —sonrió de oreja a oreja—. Adivina con quién fue a clase y la que era su máxima competidora por ser el primero de la clase.

—Imagino que la doctora Morales —deduje.

—Exacto.

—Ya hay tres relacionados. Pero, ¿cómo explicarías que la doctora también esté muerta?

—Solo se me ocurre una explicación a eso —afirmó, haciendo una de esas largas y molestas pausas que tanto le gustaba hacer, mientras aguardaba

pacientemente—. Si te das cuenta, todas las víctimas son alguien importante para estas personas, ¿correcto?

—Así es.

—En el caso de la doctora también ocurre, recuerda que la otra víctima es su marido y, teniendo en cuenta que él murió antes que ella, cumplió ahí también.

—Pero, ¿por qué ella también? —quise saber. No lo veía.

—Porque ella era el objetivo, el resto segundones. También tenía que matarlos, pero su gran obra era Morales.

—Entonces ya habrá acabado.

—Un psicópata que se sale con la suya no deja de serlo, al contrario. Nunca acabará.

Seguimos buscando. Nos faltaban dos personas por relacionar. Si el incidente fue la causa, teníamos que saber dónde estaba Dumond. Lamentablemente, de la familia de Iván no quedaba nadie, así que esa pista la dimos por perdida.

—Vamos a reunir a De Andrés y a Dumond. A ver qué sale a la luz — propuse.

—Me parece una buena idea.

Juntamos a ambos en una sala de interrogatorios de la comisaría. Ninguno habló con el otro y cada vez que sus miradas coincidían, las apartaban rápidamente. Ricardo, Robles, Ana y yo los observábamos desde detrás del falso espejo.

—Esos dos ocultan algo —musité.

—¿Sabéis? —Ana tomó la palabra y todos la miramos—. Juraría que ella le tiene miedo.

—¿Cómo lo sabes? —dije, anonadado.

—Porque ella es quien aparta la vista primero siempre — contestó Ricardo. Ana dio su aprobación a la respuesta—. Melo, interrógales.

Le contemplé apabullado, sin entender.

—Nunca he interrogado a nadie —me excusé.

—Siempre tiene que haber una primera vez —terció, inflexible.

Resignado, abandoné la sala y me introduje en la otra, cerrando de un portazo y apartando a silla con cuidado. Había mucha luz.

—A ver. Seré franco. Estoy hasta los santos cojones de que me ocultéis

cosas. Mi compañero y yo nos estamos dejando la piel para encontrar al tío que mató a esas personas que queríais, pero no hacéis más que complicárnoslo —miraban al suelo, como un niño al que le está reprendiendo un adulto—. Así que o empezáis a hablar, o empezamos con lo de poli bueno, poli malo. Y debéis saber que yo soy el bueno.

De Andrés me observaba con actitud chulesca. Se habían curado sus heridas, pero le faltaban dos dientes, otorgándole un aspecto de paleta. No parecía dispuesto a hablar. Por el contrario, Dumond se agitaba nerviosa en su asiento, cambiando de posición y agarrándose las manos, sudorosas y pálidas. —Usted —señalé a De Andrés—. Coja su silla y póngase en ese extremo —señalé la pared más alejada de la puerta. Él no se movió—. Mire, no se lo estoy pidiendo, se lo estoy exigiendo, así que hágase un favor y no me toque las narices.

Me sostuvo la mirada, pero finalmente la apartó y separó la silla de la mesa, arrastrándola y haciendo un ruido infernal. La levantó y se la llevó al lugar que le había señalado, dejándose caer pesadamente, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Señora —la miré—. Cuénteme porqué le tiene miedo a este hombre.

Ella pareció sorprendida de que supiese eso. Le miraba de reojo cuando creía que no me daba cuenta y no parecía querer hablar.

—Ángela —decidí tutearla—. Mírame —obedeció—. Este hombre maltrata a su hijo y puede que por su culpa su hermano haya muerto, sin contar al resto de personas. Mi mejor amigo. Mi único amigo —me corregí —ha perdido a su mujer y a su cuñado por tratar de atrapar al asesino de su hermano. ¿No cree que todos nos merecemos un poco de paz por fin?

Ella permaneció callada. Algo había cambiado en su cara, se veía determinación en sus ojos y la sombra grisácea del temor que la envolvía había desaparecido.

—Conocía a este hombre antes de que nos encontrásemos cuando su mujer y mi hermano murieron —dijo finalmente—. Creo que en primavera. De lo que estoy segura es que fue en 2001. Yo estaba en primero de enfermería y él estudiaba psicología —todo coincidía con lo que ya sabíamos, pero la dejé continuar—. Nunca habíamos hablado, aunque nos vimos varias veces a lo largo de ese año.

La tranquilidad y la actitud chulesca del individuo habían desaparecido y, en su lugar, se veía inquietud, mientras agitaba compulsamente las piernas.

—Una noche hubo una *sangriada*, ya sabe de las que organizan las

facultades. Iba con mi novio y vimos cómo él y un chico extranjero obligaban a beber a otro.

—Serás zorra —de Andrés saltó de su silla y se encaminó hacia donde se encontraba Dumond como un energúmeno.

Actué rápido. Me levanté de la silla y me deslicé sobre la mesa, dándole una patada en el lateral de la rodilla, haciendo que cayese al suelo. Se puso en pie torpemente y, lanzando un bramido, se abalanzó sobre mí. Utilizando su fuerza contra él, le así por debajo del brazo y por el cinturón y, apartándome con un amplio paso, le levanté en vilo y lancé por los aires, provocando que chocara contra una pared y quedara inconsciente.

—¿Está bien? —me preocupé por el estado de la mujer, que asintió, blanca —. Bueno, puede continuar.

—Sí —hizo memoria antes de seguir con su relato—. El caso es que el otro le sujetaba y, con un embudo, éste le echaba ron directamente de la botella, haciendo que se bebiera tres cuartos en unos cuantos segundos. Cuando se fueron, el chico se calló al suelo, pidiendo ayuda y nos acercamos. Los agresores nos vieron y amenazaron físicamente si le ayudábamos o si lo contábamos. Dieron una paliza a mi novio —se le saltaron las lágrimas y yo le tendí un pañuelo, que aceptó, musitando un “gracias” y sonándose sonoramente.

—Ángela, por algún casual, su novio no sería un tal Rubén López.

—Sí, justo. ¿Cómo lo sabe?

—Porque era la pieza que nos faltaba para saber que el asesino es el chico al que emborracharon esa noche.

Nos trasladamos a mi casa, la cual no visitaba desde que me dispararon. Presentamos cargos contra De Andrés por obstrucción a la investigación, intimidación y todo lo que se nos ocurrió para poder procesarle.

Roberto Delgado era un fantasma. Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando tenía ocho años, permaneció en un orfanato hasta los dieciocho años y luego, el único registro que hay sobre él eran los cinco años de documentación de la universidad.

—¿Dónde cojones vivía? —tercié, frustrado.

—No hay domiciliación bancaria y toda la correspondencia se la enviaban al orfanato.

Llamamos al lugar, un profesor anciano recordaba al chico como un alumno brillante, aunque algo introvertido, sin amigos. Siempre que recogía el correo le invitaba a un té, aparte de eso, no tenían más contacto con él.

Se nos fue el día buscando algo que nos pudiese aportar algún dato significativo, pero cada vez estábamos más espesos y no sacábamos nada en claro. Ana entró y Ricardo decidió dejarlo por hoy. Me estrechó la mano y dio un beso a Ana antes de irse.

—¿Cómo ha ido? —se interesó la secretaria, que se sentó sobre mis rodillas. No avanzamos —contesté abatido.

Los días siguientes fueron fin de semana. Las nubes descargaron de nuevo la lluvia, sin tregua alguna esta vez. Indagamos en archivos y periódicos, en busca de algo que nos permitiese continuar, pero nada.

El lunes decidimos ir al rectorado, a investigar in situ. El rector estaba sobre aviso y nos recibió en la puerta, mientras conversaba con un grupo de alumnos. Se zafó de ellos en cuanto nos vio y se acercó a nosotros, estrechándonos la mano con cierta efusividad.

—Me alegro de verle, Germán —saludó mi compañero. Yo no tenía constancia de cómo se llamaba.

—Igualmente, Ricardo —se volvió hacia mí—. Carmelo —en esa ocasión se dirigió a mí. Tampoco tenía constancia de que supiese mi nombre.

—Necesitamos su ayuda —pedí.

—Ya se han llevado todos los archivos referentes a ese chico, no sé en qué puedo ayudarles —torció el gesto al decir esas palabras.

—Necesitamos saber algo que no viene en los archivos — continuó Ricardo—. Quizás podría ayudarnos.

—Puedo intentarlo, vamos a mi despacho —nos invitó, girándose.

—No será necesario, no precisamos mucho de su tiempo —alegó mi compañero, levantando una mano inconscientemente.

—Está bien —se volvió hacia nosotros de nuevo—. ¿Qué necesitan?

—Simplemente saber si tenía o tiene algún familiar, que usted sepa —inquirí—. Algún recibo remitido o pagado por alguien, algún acto social al cual fuese acompañado, algo.

—No sabría decirle, no le voy a engañar. Yo no era rector en aquella época. Si no han encontrado algún documento relevante en el material que les di, les aseguro que no me hayo en posesión de ningún otro —se frotó el mentón hasta que su piel se tornó rosácea, mientras buscaba alguna solución en lo más profundo de su ser—. Quizás conozca a alguien que sí pueda ayudarles.

Síganme.

Hicimos lo que se nos pedía. El rector caminaba con pasos cortos y rápidos, por lo que era difícil seguir su ritmo, casi trotando. Le alcanzamos en un paso de peatones debido a que el semáforo estaba en rojo para cruzar la calle. Una vez se puso en verde, volvió a adoptar un ritmo frenético, haciendo resonar sus zapatos contra el adoquinado del suelo mientras se abría paso entre los pocos transeúntes que transitaban la calzada. Pasó de largo la boca de metro, saludando al pasar a un anciano que vendía chucherías en las escaleras, y también la estatua ecuestre que se erigía a continuación, enfilando el camino hacia la Facultad de Medicina.

Subió con porte magistral las escaleras que conducían a la entrada, yo resollaba a causa del flato que me atormentaba desde la estatua del caballo, consecuencia de aquel ritmo intermedio entre andar y correr. Una vez dentro, atrajimos las miradas de los presentes, unos pocos alumnos que visitaban las bibliotecas, personal de limpieza y algún profesor que se había quedado a trabajar en vacaciones.

El recibidor era una sala amplia sin ningún tipo de mobiliario, con puertas de cristal que permitían a la luz inundar con su candidez el lugar. Unos escalones separaban aquel sitio del edificio en sí. Recorrimos la distancia que nos separaba del hall, con enormes columnas de mármol y corchos repletos de panfletos y carteles que se cubrían entre sí por las paredes. Giramos a la derecha y nos dirigimos hacia un pasillo que volvía a dar la derecha. Tras torcer en aquella ocasión, se nos descubrieron infinitas de puertas enfrentadas a cada lado de pasillo. Avanzamos, sin que el rector se parase a mirar a quién pertenecía cada despacho, formando eco en aquel lugar frío y vacío sin estudiantes.

Germán se paró ante una de las puertas, tan súbitamente que tuve que parar en seco para no chocar con él, aunque Ricardo no tuvo esa consideración y me empujó, provocando que yo hiciese lo propio con el rector, que recuperó el equilibrio con agilidad. Se ajustó la camisa y llamó dos veces a la puerta, luego esperamos.

Una voz marchita pero firme nos invitó a pasar, aunque la puerta se abrió y tras ella apareció un hombre robusto y con una prominente barriga, con el pelo completamente blanco, nariz gruesa y unos ojos azules como el hielo sobre un océano que nos miraron, inteligentes.

—Hola, don Miguel —saludó el rector, sonriente.

—Germán, el “don” no es necesario. Somos amigos.

Se estrecharon la mano, al soltarse pude apreciar como Germán sonreía y se frotaba los dedos, estirándolos a su vez.

—Así que policías —nos miró a mi compañero y a mí de arriba abajo—.

¿Qué quieren? —no sonó brusco, pero sí poco paciente.

—¿Cómo lo has sabido, Miguel? No te he dicho nada —el rector parecía sorprendido.

—Ese andar derecho, el corte de pelo horrible y mirada de superioridad. Policías.

—Lo que usted diga —masculló Ricardo, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, somos policías, señor. Realmente no sé muy bien ni quién es ni por qué estamos aquí —le espeté, cortante.

—Calma, chicos —nos pidió Germán—. Miguel es profesor de medicina en la universidad, imparte la asignatura de fisiopatología. Lleva dando clase aquí casi cuarenta años.

—Comprendo —afirmé—. Entonces, don Miguel, quizás nos podría ayudar.

—Puedo intentarlo, desde luego. Pasen —se echó a un lado y cerró cuando el último hubo entrado.

Solo había tres sillas, pero el único que se sentó fue el anciano profesor, suspirando al agacharse.

—Verá, señor —comencé una vez hubo encajado sus posaderas en la silla—.

Queríamos preguntarle por uno de sus alumnos, quizás le recuerde —no dijo nada, aguardando a que dijera el nombre—. Roberto Delgado.

El gigantón esbozó una gran sonrisa, enseñando ligeramente la hilera superior de dientes blancos, en contraste con su curtida piel.

—Desde luego que me acuerdo de él. Tenía muchos problemas, pero fue, sin duda, el mejor alumno que he tenido. Llegué a cogerle cariño, me dolió que desapareciese así.

—¿Tuvo alguna conversación de carácter personal con él? ¿Extracadémica? Conocerle podría ser importante.

—Los alumnos no le trataban bien. Yo también soy huérfano y sé lo duro que es encajar tras algo así, así que le ofrecí mi despacho para cuando quisiese. Al principio se mostró reacio, pero llegamos a ser amigos, diría yo. Algo me contó.

—¿Sabe si tenía familia? —pregunté, nervioso.

—Siempre decía que Dios era su padre.

—¿Era religioso? —le extrañó a Ricardo.

—Profundamente, ¿por qué? —quiso saber el hombre. —Nada importante,

solo que ahora es un sádico asesino.

El profesor desorbitó los ojos hasta el punto que parecía que iban a salirse de sus cuencas, se quedó blanco y conmocionado, pero finalmente carraspeó y se recompuso.

—Vaya —fue lo único capaz de decir.

—Piénselo bien, ¿hay algo importante que le dijese que nos permitiese encontrarlo? —estaba tenso y mis palabras sonaron forzadas.

—No —no le hizo falta meditar la respuesta—. No hablaba mucho de su vida personal, solo había una cosa que repetía a menudo.

Los tres le observamos, expectantes.

—Acaba muchas expresiones con: *Como dice Abraham, el pescador de almas perdidas.*

—¿Qué significa? —quise saber, impaciente.

—No tengo ni la menor idea.

30. Lastre

Abandonamos Ciudad Universitaria con una pista increíblemente buena, aunque su interpretación escapaba a nuestro entendimiento.

Conduje hasta la comisaría, mientras repetía una y otra vez la frase que nos había dicho aquel profesor. La entonaba de distintas formas, la separaba, la analizaba palabra por palabra, pero nada.

Al final llegamos, cerré la puerta de mi coche con excesiva fuerza, haciendo que se tambalease ligeramente. Un policía de servicio que fumaba en la puerta nos miró sorprendido, pero reconoció a Ricardo y siguió a lo suyo.

Tras pasamos el umbral de la pesada puerta de cristal que separaba el exterior del recinto y nos encerramos en el despacho de Ricardo, con llave, para que nadie pudiera molestarnos.

—Piensa, maldito —me dije a mi mismo, apretándome las sienes como si tratase de exprimir alguna idea magistral.

—A ver, tranquilo, Melo —Ricardo quiso aportar un poco de orden en aquel caótico momento, mientras deambulaba de un lado a otro—. Pensemos en el nombre.

—Es de carácter bíblico, lo cual tiene sentido si tenemos en cuenta que Delgado era profundamente religioso —medité un segundo mis palabras. Una idea comenzaba a cobrar forma en mi cabeza—. Déjame tu ordenador.

Con un gesto de la mano, pero sin detenerse, Ricardo me indicó que tenía vía libre. Aparte la silla torpemente y me deje caer, mientras golpeaba rítmicamente la mesa con los nudillos, esperando a que el aparato arrancara. Con un ruido nada agradable, terminó por arrancar, mostrándome el recuadro en el cual había que introducir la contraseña.

—Es... —comenzó a decirme mi compañero, pero tecleé rápido un nombre y el ordenador se desbloqueó.

—Amira, era obvio.

Asintió, sonriendo ligeramente, mas con la mirada perdida en la pared de su despacho.

—Aquí está —celebré, tras unos minutos de espera.
—¿Qué has hecho? —quiso saber.
—Descargarme la Biblia.
—Suena lógico, vas a buscar los capítulos relacionados con algún Abraham
—asentí—. El caso es que lo de “el pescador de almas perdidas”, lo he visto anteriormente.
—¿Estás seguro? —pregunté, sin levantar la vista de la pantalla.
—Nunca olvido nada, ¿recuerdas?
—Cierto, a veces lo olvido.

Permanecimos horas encerrados, leyendo versículos, escudriñando los mensajes o las posibles interpretaciones.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Qué es eso? —la privación de sueño había hecho que nos volviéramos especialmente susceptible a los ruidos, manteniéndonos en un constante estado de alerta.

—Chicos, abridme —pudimos escuchar la melódica voz de Ana al otro lado de la puerta, cerrada a cal y canto.

Me levanté perezosamente y me despecé antes de abrir la puerta.

—Vaya pestazo a tabaco —exclamó una vez dentro, tapándose la nariz.

No le faltaba razón. Un vaso con un poco de agua hacía las veces de cenicero.

—Madre mía, ¿hace cuánto que no coméis? ¿Ni dormís? —se preocupó tiernamente, acariciándome la cara.

—No sé, ¿qué día es hoy? —pregunte, consciente por vez primera del tiempo.

—Llevamos veintinueve horas aquí.

—¿Qué? —Ese dato me cogió por sorpresa—. No, bromeas.

—Qué más quisiera yo —contestó sin levantar la vista de la pantalla—. Nada
—añadió suspirando profundamente como muestra de resignación.

—¿Nada? —se interesó Ana.

—Buscamos una referencia a Abraham en la biblia que pueda orientarnos hacia la identidad actual del asesino —expliqué, frotándome los ojos hasta enrojecerlos.

—¿Qué referencia? Estudié en un colegio de monjas, quizás pueda seros de alguna ayuda —Ana se asomó tímidamente a la pantalla del ordenador.

—Adelante —la invitó Ricardo, levantándose y encendiéndose un cigarrillo
—. La frase es: *Como dice Abraham, pescador de almas perdidas.*

Ana hizo memoria, poniendo los ojos en blanco y moviendo los labios rápidamente, aunque sin hablar.

—A priori no me suena, pero se parece a algo que le decían en el colegio las monjas a la madre superiora: *Pastora de ovejas negras* —se paró a meditar un segundo—. Realmente no se parecen en nada, ahora que lo pienso, solo en el contexto.

Permanecemos en silencio, cada uno ensimismado en nuestros pensamientos. Ana miraba al techo, Ricardo a la pared, aunque con la mirada perdida y los ojos muy abiertos. Yo miraba al suelo, frotándome el mentón.

—¿Estás bien? —me interesé por Ricardo, quien parecía ausente y nervioso.

—Muchas cosas —fue su única y enigmática respuesta. Sabía que era introvertido, así que no insistí más.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿no? —le recordé. Él asintió —sabes que para cuando la ocasión lo requiera... —deje la frase en el aire, atrayendo las miradas de ambos—. Cuando la ocasión lo requiera, en el contexto...

—¿Se puede saber qué estás diciendo? —preguntó Ana, hundida en la silla de escritorio. Levanté un dedo para hacerla callar y ella enmudeció.

—Ana, ¿por qué llamaban así a la madre superiora? —quise saber.

—Era un reconocimiento a su vida dedicada a ayudar a los demás. Fundó el internado donde crecí, amparando a niños sin hogar — se veía en su rostro que no terminaba de entender mi pregunta.

—Ricardo, lo tengo —exclamé, aunque mi compañero tenía centrada su atención enteramente en mí. Me volví a Ana de nuevo—. Necesito que me busques un listado de curas o monjes de aquí hasta hace cuarenta años, aproximadamente. Buscamos un cura que se haya desvivido por los jóvenes.

—Me llevará unos días —balbuceó Ana.

—Será mejor que empieces ya, entonces. Te agradecería también cualquier noticia en esa franja temporal en la que aparezca algún hombre santo — contesté, atajando cualquier discusión posible.

Me acerqué a darla un beso, pero posó delicadamente sus manos sobre mi pecho, empujándome ligeramente hacia atrás y apartándose.

—¿Estás loco? —se rió—. Dúchate y lávate los dientes y luego hablamos.

Mi compañero y yo nos marchamos, mientras esbozaba una gran sonrisa eclipsada por la seriedad en el semblante de Ricardo. Anduvimos hasta mi casa, donde tenía aparcado mi coche.

—Te acerco —le ofrecí.

—Hoy no, tengo cosas que hacer.

Su tono de voz me preocupó y le agarré el brazo, sin hacer fuerza, para evitar que se volviese.

—¿Qué te pasa? —No era un experto en el razonamiento deductivo como él, pero estaba claro que algo le inquietaba —y no me digas que nada porque no soy idiota.

—Estoy preocupado, Melo —me confesó—. Estamos tan cerca de que todo salga a la luz que estoy asustado. No me mires así, sí, también tengo miedo. Miedo de que algo salga mal, de que sufra más gente. Me aterroriza pensar en el camino que he tomado y en cómo se va a resolver.

—¿A qué te refieres? —no entendía el significado de sus palabras.

—No veo nada más allá del día en que des con *Cupido*.

—Que demos —le corregí.

—Yo he sido un lastre en este caso. Me pasé de listo y eso me atormenta cada segundo que respiro. He elegido mal cada mano que he jugado y ahora solo veo una salida posible.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al escuchar las téticas palabras de mi compañero. Fruncí el ceño, pero no sabía qué decir. Ricardo se despidió de mí con una media sonrisa, dándome un golpecito amigable en la espalda.

—Oye —le grité cuando ya hubo cierta distancia entre nosotros. Éste se volvió—. Que esa salida no sea una estupidez, por favor.

Levantó un brazo para indicarme que me había oído y se volvió, sin más, menguando en la lejanía hasta que su silueta se perdió al doblar una esquina.

31. La lista

Aquella misma noche, Ana me despertó. Había comido y me había duchado. Un sopor irresistible se apoderó de mí, así que me senté en el sofá. Mi siguiente recuerdo era el de aquella mujer angelical moviéndome enérgicamente.

—¿Qué? —me levanté como un resorte al despertarme, totalmente desorientado—¿Qué pasa?

Logré enfocar la cara de Ana cerrando un ojo, aunque el que permaneció abierto pesaba como si se tratara de una losa de granito.

—Hay un problema —se sentó a mi lado en el sofá—. Hasta después de semana santa nos va a resultar imposible cotejar todos los resultados. Al tratarse de un órgano religioso, se niegan a atendernos en semana santa.

—Joder —me froté la cara con ambas manos—. Voy a por un café, ¿quieres uno?

—Son las diez de la noche, Melo —respondió, mirando su reloj de muñeca.

—No, entonces.

Arrastré pesadamente los pies hacia la cocina, calenté café, que llevaba preparado dos días y tenía un regusto a quemado, lo aderecé a mi gusto y volví, deleitándome con el aroma antes de dar el primer sorbo.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Ana, que ni siquiera se había quitado la chaqueta.

—¿Qué podemos hacer? Esperar —añadí, apurando el brebaje humeante de un trago.

Casi dos semanas después volvimos a la investigación. Era un hecho milagroso que con lo intermitente que había sido la búsqueda de *Cupido* no hubiesen aparecido más víctimas. Quizás se cansó, pero me parecía algo poco probable.

Insistí a Ricardo en que se trasladase con nosotros las fiestas, en consenso con Ana y después de haber comentado con ella su depresivo estado de ánimo. Él insistió en que estaba bien, aunque sí que paso la mayoría del tiempo con nosotros, con la diferencia de que dormía en su casa.

Era ya 14 de abril cuando mi compañero y yo desayunábamos en un bar del Alto de Extremadura. Él engullía churros sin apenas masticar y yo, una tostada con aceite y tomate. La melodía de su móvil interrumpió la velada, acompañada del trasiego de la mañana.

—Dime, Ana —contestó con la boca llena—. Espera un segundo.

Dejó el móvil sobre la mesa metálica en la que nos habíamos sentado, en una terraza en una placita adoquinada de un color grisáceo claro, que reflejaba la luminosidad del sol, lo que hacía imposible mirar al suelo directamente. Mi compañero tragó, se bebió medio vaso de café de un trago, se limpió y volvió a la conversación.

—¿Qué tienes para mí? —quiso saber, cogiendo un churro y mirándolo embelesado, vacilando entre si dejarlo o metérselo en la boca. Al final, optó por la primera opción, limpiándose el azúcar en los vaqueros oscuros que llevaba.

Escuchó con atención. Podía oírse el murmullo de la voz de Ana al otro lado de la línea, pero era ininteligible, ya que hablaba rápido y su tono de voz solía ser bajo. Colgó tras darle las gracias.

—Ya tiene la lista —me confirmó mi compañero, volviendo a coger el churro y mordiéndolo por la mitad.

—¿Cotejada? —quise saber. Yo había terminado mi desayuno durante la llamada telefónica, así que di una calada al cigarrillo que descansaba perezoso entre mis dedos.

—Ese es nuestro trabajo —me recordó Ricardo—. Acabo y vamos.

Bajamos andando hacia la comisaría. Caminar con mi compañero era exasperante, ya que se paraba en cada escaparate que le llamase la atención o, simplemente, a conversar con algún vagabundo al cual terminaba por darle dinero.

Recogimos los impresos y nos trasladamos a mi casa. Parándonos para poner al día al comisario e informarle de que estábamos en la recta final de la investigación, lo cual le animó sobremanera.

Amontonamos los trastos que descansaban sobre la gran mesa de caoba del comedor en una esquina y desplegamos los papeles sobre ella. Ricardo pasaba las hojas a una velocidad imposible de seguir para mí. Nos dedicamos a descartar a todo aquel cuyo nombre no fuese Abraham y descubrimos,

apesadumbrados, que también existía como apellido. Era increíble la cantidad de religiosos que optaban por cambiarse el nombre por uno bíblico y más increíble era la ingente cantidad de niños que tenían a su cargo aquellos individuos en algunos casos.

Paramos a comer, hice un par de tortillas mientras Ricardo bajó a comprar pan. Charlamos amigablemente durante aquel lapso de tiempo, pero una vez hubimos acabado, apartamos los platos y seguimos manos a la obra.

Cuando hubimos terminado, el sol se erigía color sangre en el horizonte, bañando el mundo con su candidez y su aura anaranjada. Los primeros vestigios de la noche asomaban tímidos por entre los colosales edificios.

—Me han salido doce nombres y tres apellidos —informé. —Diez y uno —explicó a su vez.

—De acuerdo, ahora los recortes —cogí un portafolios transparente en el cual se podían leer fragmentos de titulares de noticias. Me sorprendí al ver lo grueso que era.

El timbre de mi casa sonó una, dos, tres, así hasta nueve veces. Sobresaltado y malhumorado, me acerqué y descolgué bruscamente el telefonillo.

—¿Qué? —respondí únicamente, empleando el tono más brusco que encontré.

—Melo, abre —me pidió Ana al otro lado del aparato. Me arrepentí de la forma en que había respondido—. Me he dejado las llaves.

Accioné el botón que abría el portal y abrí la puerta. Contemplé las llaves de Ana en el cestillo que había junto a la entrada mientras subía. Al poco, apareció por las escaleras, colorada y resollando. Me dio un beso rápido y se tiró en el sofá.

—Hola, Ana —saludó Ricardo—. ¿Has comido?

—Sí, gracias —se quitó el bolso que aún llevaba colgando—. ¿Cómo vais?

—Aún nos queda trabajo —contesté abatido.

—Quizás os pueda ayudar —se ofreció.

Ricardo soltó una risita y negó con la cabeza, reacción ante la cual Ana adoptó una actitud defensiva, frunciendo el cejo y cruzándose de brazos.

—¿Qué pasa? —exigió saber.

—No te ofendas, pero dudo que una secretaria, por muy inteligente que sea,

como es tu caso, pueda discernir entre lo relevante y lo que no lo es —su actitud era la de un padre explicándole algo complejo a su hijo.

Ella no dijo nada, simplemente se levantó, le arrebató el cartapacio de entre los dedos y se acercó a mí. Apartó el resto de papeles, separó la tapa de la carpeta, sujeta con un automático y sacó los recortes, tendiéndome el plástico vacío, que no tuve opción de rechazar.

Comenzó a pasar artículos, bajo nuestra atenta mirada, hasta que, transcurridos unos minutos, se detuvo en uno en concreto.

En la fotografía en blanco y negro podía verse una imagen familiar, la pequeña iglesia de Lucero acordonada, con policías, fotógrafos y transeúntes.

—Joder —musité.

—No se lo digas, al fin y al cabo no se discernir entre lo relevante y lo que no lo es. Que lo descubra él.

—¿Estás segura? —quise saber, mirándola a los ojos.

—Claro que no. Imagina que por esto muere alguien más, no me lo perdonaría —se acercó al inspector, que fumaba en silencio, y le dio el recorte—. Que tonto eres a veces —y volvió a ocupar su sitio en el sofá. Éste lo observó pausadamente. Luego leyó en voz alta.

—*La iglesia de los horrores* —rezaba el titular—. *Un cura es asesinado en el barrio de Lucero, en la provincia de Madrid. Se trataba del padre Abraham, un sacerdote de sesenta y dos años que había dedicado su juventud al cuidado de los más necesitados, especialmente ancianos abandonados y niños descarriados, ganándose el apelativo de...* —se le atragantaron las palabras y dejó de leer, dejando caer el brazo.

—*Pescador de almas perdidas* —terminó la secretaria—. Ese es nuestro hombre.

—Te debo una disculpa —concedió Ricardo, abrazando a Ana tras levantarse.

—Me debes muchas, pero con ésta me contento.

—Ana, llama al comisario para que nos saque la ficha del tal Abraham —pedí.

Obedeció y se marchó. Volvió a la media hora con un cartón marrón, plegado por la mitad, que hacía las veces de cartapacio.

—Tomad —nos ofreció los documentos. Le temblaba el pulso, así que los cogí.

Necesité un momento para respirar hondo y asimilar lo que tenía entre manos. Luego separé cada cara y saqué la primera hoja.

—Oh, mierda —exclamé tras contemplar el principio de la página, no necesité más.

—¿Qué pasa? —exclamaron ellos casi al unísono.

—Tenemos que irnos a informar al comisario, ya.

—A informarle, ¿de qué? —Ricardo estaba impaciente, aunque mantenía la calma.

—Te lo explico por el camino, pero ya sabemos quién es el asesino.

Dejé caer la carpeta e insté a todos a salir, no había tiempo que perder. Antes de cerrar eché una última ojeada al papel que descansaba junto a la cartulina color barro, en el suelo, con lo único relevante de cuanto podía haber escondido entre todas las líneas que formaban la historia de su vida. Su nombre. Abraham Adrián Daneli.

32. Musulmanes y rusos

Robles reunió a todo el equipo disponible para tratar de localizar el paradero actual de Delgado o Daneli o como quisiera llamarse.

—Voy a ir a su casa, a ver si fuese tan estúpido de estar ahí. Melo, quédate aquí e infórmame de cualquier novedad —nos informó mi compañero.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres que te acompañe? —me preocupaba que fuese solo.

—No te preocupes, no creo que esté y si está, en el peor de los casos, me tendré que enfrentar a un tío que pesa ciento veinte kilos. Me irá bien.

—De acuerdo —no las tenía todas conmigo, pero preferí no discutir.

Teníamos cosas más importantes entre manos que discernir quién hacia qué. Se marchó decidido, parando un taxi en la puerta y deslizándole disimuladamente un billete al conductor para que pudiese fumar en el interior, como siempre hacía. Contemplé la matrícula, era curiosa. 0000 JJJ. Más le valía al conductor no darse a la fuga en caso de accidente, dado que recordar los cuatro dígitos y las tres letras de la placa de aluminio que ostentaba era hartamente sencillo.

—Inspector —un técnico joven se dirigió a mí mientras aún contemplaba el recuerdo de Ricardo, que ya se había marchado. Yo le miré—. He encontrado algo que quizás pueda interesarle.

—Enséñeselo a Ana —le apremié, quitándomelo de encima.

—Ya lo he hecho, señor. Ella me ha remitido a usted —contestó sin disposición de moverse.

—Está bien —le arrebaté los papeles que sostenía en las manos, resoplando y comencé a ojearlos.

Pronto, lo que había emprendido por obligación comenzó a sobresaltarme. Al parecer, el asesinato del cura había sido perpetrado por una célula terrorista en la cual intervenían musulmanes, por fe, y rusos, por dinero. Su símbolo se asemejaba mucho a algo que vi una vez. Una estrella, similar a la de David, pero con una punta más. No sabía qué significaba, pero lo que si sabía es que el ruso que abatimos en Ciudad Universitaria llevaba tatuado ese símbolo. Miré al técnico.

—¿Cómo te llamas? —quise saber.

—Andrés. Andrés González.

—Has hecho un trabajo increíble. Estate orgulloso, no es para menos.

Me retiré de su vera, mientras él dibujaba una sonrisa de oreja a oreja. Me acerqué a dónde se encontraba el comisario, dando órdenes a destajo, totalmente rojo hasta el punto en que parecía que le iba a explotar.

—Ah, muchacho, gracias a Dios —clamó al verme.

—Todos —alcé la voz para hacerme oír por encima de la marabunta que se había formado en la comisaría. Se hizo el silencio—. Fuera, ya le molestareis con tonterías luego, tenemos cosas importantes de las que hablar.

La gente que se apelotonaba alrededor de Robles comenzó a dispersarse.

Algunos me lanzaban miradas furibundas y otros musitaban resentidos.

—Los que nos atacaron y casi me matan, creo que colaboraban con Ahmed y que *Cupido* erró de víctima —informé con expresión seria.

—¿Cómo que erró de víctima? ¿A qué te refieres?

—Amira. Creo que la confundió con otra persona. Concretamente, con la mujer que nos atacó ese día —comenté mi sospecha en voz alta, cada vez más convencido de que fue así como sucedió todo.

—¿Lo sabe Ricardo? —el comisario miró a uno y otro lado, como si temiese que la información que acababa de darle fuese divulgada.

—No, acabo de descubrirlo.

—Que no se entere, al menos hasta que termine el caso.

Arrugué la nariz, mostrando mi desaprobación ante la idea de mentir a mi amigo en algo tan relevante como era aquello, pero finalmente accedí.

Durante al menos dos horas permanecimos a la espera, rastreando cualquier posible indicio de movimiento por parte de nuestra ansiada presa. Ricardo llegó, con un alijo de cafés para todos los presentes, cada cual al gusto de su dueño, prueba de la memoria fotográfica del policía.

—Acaba de comprar un billete de avión para Méjico, me acaba de saltar una alarma de su tarjeta —exclamó un oficial encargado de las telecomunicaciones.

—Vaya idiota, debería haber pagado en efectivo —musité.

—Los cajeros tienen cámaras, pagando con tarjeta desde un ordenador, puede tener la posibilidad de que, aunque identifiquemos su dirección IP, no podamos descifrarla y, por tanto, localizarle — explicó Ricardo.

—Exacto —el policía parecía sorprendido del amplio conocimiento de mi compañero en la materia y le miraba con una mezcla de recelo y admiración

—. De hecho, mientras lo explicaba, he localizado la dirección y, en efecto, está encriptado. Lo siento.

—Otro que se vea capaz —me levanté de la mesa en la que estaba sentado e insté al oficial a abandonar su sitio para cedérselo a otro. Éste, orgulloso, accedió de mala gana.

Durante unos instantes, un silencio sepulcral se apoderó de todos los presentes, creando un momento incómodo en el que todos se miraban entre sí, apartando la vista si se encontraba con la de otro, hasta que una voz quebró e mutismo generalizado, alzándose sobre las cabezas de las personas que allí se encontraban.

—Yo creo que puedo —la voz era inconfundible. Ana salió de entre la multitud.

—¿Tú? —preguntamos, Ricardo y yo al unísono, con evidente sorpresa.

—Ah, sí. Cuando delinquía, una de mis especialidades eran los delitos informáticos. He pirateado cuentas difíciles de narices.

—Está bien —separé ligeramente la silla para ofrecerle el asiento, se sentó y la volví a arrimar a la mesa—. Tampoco tenemos más opciones.

Le di un beso en la coronilla y me froté las manos, nervioso, al igual que todos los presentes, que no perdían detalle de ningún movimiento de la secretaria convertida en heroína.

Comenzó a teclear, chistando cuando alguien hacía algún comentario y dándose golpecitos en la cabeza cuando se equivocaba. Aun así, su velocidad era impresionante.

—Vale. Hay una mala noticia —contuvimos a respiración—. Tiene un código personal, el cual necesitaría tres días en descifrar.

—joder. ¿Y cuál es la buena? —estaba visiblemente desilusionado.

—Yo no he dicho que hubiese ninguna noticia buena.

Todos nos quedamos cabizbajos. Un murmullo general recorrió la sala y cada cual se desahogó como pudo. Unos se dejaron caer pesadamente en sus sillas, otros tiraban algo al suelo, como un lapicero o un puñado de papeles, o simplemente se quedaban en el sitio, pendientes del suelo, impertérritos, abatidos.

—Se me ha ocurrido una idea —exclamó Ricardo, de pronto. Todos le miramos—. Déjame.

Ana se levantó de la silla y él ocupó su lugar, tecleando.

—¿Se puede saber qué haces? —me interesé.

—Creo un troyano para piratearle la cámara del ordenador —explicó.

—¿Cómo sabes hacer eso? —medité la pregunta que acababa de hacerle—. Es igual, déjalo.

Tras innumerables líneas de código y una espera que se me antojó eterna, la cual pase en su mayor parte en la calle, fumando, una imagen tomó forma en la pantalla del ordenador. El vídeo estaba *pixelado* y la iluminación era pobre, pese a que había una enorme ventana a la cual la cámara enfocaba directamente. La conexión no era demasiado estable y la imagen iba a saltos. Sólo teníamos la certeza de que no se había detenido por algún pájaro que revoloteaba a través de la apertura en la pared de cemento. La ausencia de cristales en las ventanas y el pésimo estado de la estructura, además de las manchas de humedad, indicaba que se trataba de una especie de nave abandonada.

A través de la ventana podía observarse un edificio cuyo exterior estaba compuesto enteramente de enormes placas negras que reflejaban la luz del sol, con rastros de colores de otras infraestructuras.

—Un segundo, haz varias capturas de la imagen —Ricardo obedeció—. Ese dibujo me resulta muy, pero que muy familiar.

—¿Qué dibujo? —quiso saber Robles.

—No es un dibujo en sí. La imagen reflejada en el edificio, parece que es una bandera.

—Claro, Melo, ya sé que es —gritó Ana, con júbilo, sobresaltando a los que se encontraban a su alrededor—. ¿No lo ves?

Fruncí el entrecejo y forcé la mirada para tratar de sacar la respuesta, pero se me escapaba de entre los dedos en el último momento.

—Es el estadio Vicente Calderón, lo ves desde casa todos los días —desveló Ana, impaciente.

—Es verdad —algunas voces dieron la razón a la secretaria.

—Entonces ese debe ser el hotel que está en el Paseo de la Virgen del Puerto —deduje.

—Solo hay un lugar en esa ubicación que cumpla esas características —Ricardo no había dicho nada y todos le observaron cuando habló—. La antigua fábrica de cerveza.

—Pero creía que un hombre la compró hace relativamente poco —recordé.

—Así fue, ese hombre soy yo —anunció Ricardo.

33. Jaque mate

Un furgón policial aguardaba a dos calles de la gran nave abandonada. Ricardo, dos agentes de las fuerzas especiales y yo esperábamos a la confirmación para adentrarnos en el recinto, con el atardecer y los juegos de sombras de nuestro lado.

Ambos íbamos ataviados de la misma forma, con botas y pantalón militar, camiseta negra y una chaqueta marrón tierra encima. Mientras los otros dos iban armados hasta los dientes, Ricardo y yo simplemente llevábamos nuestras armas reglamentarias, creedores de que una operación rápida y discreta era más efectiva que ir por la vida pegando tiros y preguntando después.

A la orden, uno de los dos hombres, ambos embozados con pasamontañas, rompió con una cizalla la cadena oxidada del lugar. La puerta se abrió a trompicones, con un desgarrador chirrido que se fue ahogando progresivamente hasta convertirse en un quejido quedo y olvidado.

Ricardo lideraba la operación y nos indicó con un movimiento de mano que avanzásemos. Obedecimos y, tras otra indicación, yo fui con mi compañero, mientras que los otros dos se escindieron, rodeando la fábrica abandonada, que emanaba frío y soledad.

El plan consistía en entrar, cada grupo por un extremo del edificio, para terminar cercando al Daneli cuando tratase de huir. En teoría era muy sencillo.

—Me adelantaré a examinar la planta inferior —me susurró, pese a que era prácticamente imposible que alguien estuviese escuchando—. Quédate aquí. Si oyes que grito o un disparo, entra corriendo, así contaremos con el factor sorpresa.

Indicó a los otros dos hombres que esperaran noventa segundos a irrumpir y cortó la comunicación.

Mi compañero sacó otra cizalla de la mochila que llevaba colgada a la

espalda, más pequeña que la que nos había franqueado el paso anteriormente. Resultó ser inútil, dado que la puerta estaba cerrada mediante una cerradura y no con una cadena con candado, como la anterior.

—No te preocupes, tengo un plan B —me explicó y sacó un pequeño soplete de un compartimento lateral de la mochila, fundiendo la cerradura en pocos segundos y provocando que la puerta cediera mansamente.

—Un minuto —me indicó, mirando el reloj que llevaba en la muñeca—. Si no he salido en ese tiempo busca ayuda, si grito o disparo...

—Entro. Sí. Lo sé.

Hizo un gesto de afirmación con la cabeza y entró sin más dilación, dejando la puerta ligeramente entreabierta.

Los segundos se me antojaron horas. Podía sentir el pulso en las sienes, golpeando como si se tratara de un martillo pilón. Tenía la boca seca y notaba gotas de sudor resbalando por mi frente, pese a la brisa que se levantaba cerca del río.

Pude oír el eco de sus pasos alejándose. Al rato, las pisadas se dirigieron a mí y me puse nervioso, sentí náuseas, pero me controlé, respiré hondo dos veces y esperé. Asomó la cabeza por la puerta, despacio, y me indicó que entrase tras él.

Tragué saliva con dificultad y le seguí. Su silueta prácticamente había desaparecido de mi vista y dentro estaba oscuro. El resplandor anaranjado del crepúsculo proyectaba más sombras que luces, aunque la claridad alcanzaba para vislumbrar las formas de los objetos.

Choqué con mi compañero, sobresaltándome y ahogando un grito, estaba tremendamente nervioso.

—Melo, cálmate —me susurró Ricardo, observando detenidamente el lugar.

—Eso intento —cerré los ojos y volví a respirar hondo unas cuantas veces, hasta que aplaqué mi congoja ligeramente.

Nuestros ojos ya se habían acostumbrado a la luz, así que decidí imitar a Ricardo y estudiar el terreno. La nave constaba de dos plantas de techos que se encontraban a unos cinco metros del suelo. Había una cinta transportadora que atravesaba tres cuartas partes de la planta baja y dos enormes contenedores corroídos por el óxido inmediatamente detrás, dejando apenas un hueco para la salida de emergencia, por la que empezaron a asomar los otros dos hombres, haciéndonos la señal acordada con la linterna. Una escalera metálica a la cual le faltaban varios peldaños conducía hasta la parte izquierda del piso superior. En el lado opuesto yacía un montacargas

abandonado, cuyo mecanismo estaba visiblemente estropeado, lo cual lo hacía completamente inútil. No alcanzaba a ver toda la planta superior, pero si pude distinguir varios despachos.

—Hay que inspeccionar las dos plantas —la voz de Ricardo era apenas audible, pero entendí lo que me dijo y asentí.

Con sumo cuidado, encendió el interruptor que activaba la comunicación y se llevó un dedo al oído.

—Inspeccionar la planta inferior —se pudo escuchar el murmullo de la señal —. Apagad las linternas, utilizad solo las luces auxiliares —añadió, refiriéndose a los led que portábamos en los trajes.

Me llevé la mano al mío, pero Ricardo me detuvo.

—Nosotros podemos cubrirles desde arriba. Ellos a nosotros no.

Aparté la mano y asentí con conformidad, sacando mi pistola, observando la escalera y volviéndola a guardar. Dado el deplorable estado de los peldaños, cochambrosos y llenos de herrumbre, prefería disponer de ambas manos.

Ascendí despacio. Oía la respiración de Ricardo tras de mí y el suave resbalar de sus dedos por cada barra de metal para alcanzar después la siguiente.

Llegamos arriba. Me limpié las manos anaranjadas por el óxido con los pantalones, frotándolas enérgicamente contra las perneras.

Ricardo me alcanzó y sacó la pistola. Le imité. Observamos la planta desde arriba. La luz había terminado de irse y nos quedaba como única fuente de luminosidad el pobre alumbrado de la calle y el débil brillo de la luna, que proyectaba su misticismo sobre los hombres. Aquel piso constaba de una serie de despachos que atravesaban, colocados por parejas, el medio de la planta, dejando un estrecho pasillo en el extremo más alejado del borde que daba a la escalera. Había cuatro pares de paredes blancas recubiertas de moho, y puertas más oscuras, cuyo color no pude identificar debido a la ausencia de luz.

En ambos extremos, dos largas mesas de trabajo con algunos taburetes altos ocupaban lo que restaba de suelo. En la pared opuesta a la que nos encontrábamos, la estructura del montacargas descansaba, inerte.

Ricardo me hizo un gesto para llamar mi atención. Tuve que acercarme mucho a él para lograr discernir qué era lo que me quería decir. Me indicó con señas que él se ocuparía del lado derecho, el más alejado según habíamos subido, mientras yo me encargaba del izquierdo.

—Suerte —fue lo único que me dijo, en un susurro casi imperceptible. Me agarró la cabeza en la oscuridad para darme un suave y reconfortante beso en

la cabeza, que me invitó a pensar que todo iba a salir bien.

Nos separamos, vi cómo Ricardo se buscaba algo en un bolsillo justo antes de desaparecer por la esquina, que conducía al pasillo, que a su vez levaba a la otra fila de despachos. Podía escuchar cómo mi compañero manipulaba algo que sonaba como una lima fina rascando el metal, luego oí el sonido de la primera puerta cuando la abrió. Respiré hondo y me aventuré con la primera sala.

Abrí con sumo cuidado. El chasquido del picaporte y de los goznes de la puerta precedió mi entrada. Encendí una pequeña linterna que portaba en el cinturón y alumbré sucintamente. Podía observarse una gran mesa rectangular, coronada por una butaca de cuero marrón, desgastada y agujereada, y un par de sillas enfrentadas entre sí en mitad de la sala.

Alumbré rápidamente debajo de la mesa y detrás de la butaca y una vez me hube cerciorado de que no había nadie, abandoné el lugar.

Me enfrenté a la puerta del siguiente despacho, contemplándola durante unos instantes antes de abrirla. El picaporte parecía que iba a partirse bajo mi peso, pero finalmente cedió y me reveló una sala vacía, a excepción de unas diez sillas de madera apiladas en un rincón.

Con los nervios a flor de piel, la boca seca y un nudo en el estómago, me dirigí a la siguiente puerta. La notaba distinta a las demás, aunque no sabría decir por qué. Aparentemente eran iguales, pero quizás su olor o su tacto eran diferentes. No sabía. En cualquier caso, así el picaporte con firmeza, suave y no atorado esta vez, lo cual me dio pie a pensar que la habían abierto hacía menos tiempo que las otras.

Me puse en tensión. Traté de susurrar a Ricardo, pero fui incapaz de hacerme oír, así que me aferré a mi arma, que me temblaba en la mano, casi de forma espasmódica.

En un mismo movimiento, accioné el picaporte y di un paso hacia el interior del despacho, encañonando a la oscuridad, sin saber muy bien qué me iba a encontrar. Luego todo fue luz.

Apenas hube abierto la puerta lo suficiente para caber por el hueco, accioné un artefacto que estalló. En un principio pensé que se trataba de una bomba y que había muerto, creyendo que aquella claridad era la famosa luz al final del túnel. Rauda, me percaté de que se trataba de una granada conmocionadora que se accionó cuando abrí la puerta, impactándome de lleno e impidiéndome reaccionar, ver u oír en primera instancia.

Mi accidente había causado cierto revuelo, pude oír a Ricardo correr por el

piso. Me aferré como pude a la barandilla que separaba aquella planta del vacío hasta la baja, para tratar de ponerme en pie, pero me temblaron las piernas y caí torpemente de rodillas.

Podía ver a uno de los dos hombres. Más bien distinguía tan sólo la luz sobre su traje, cuando, horrorizado, observé cómo algo impactaba contra él y le tiraba pesadamente de espaldas.

—¡No! —pudo oírse a su compañero, que corrió a socorrerle, dejando imprudentemente el arma en el suelo mientras observaba el estado del otro.

—No seas imprudente y cúbrete —le grité. Él me miró, o al menos eso pareció, mas cuando puso una rodilla en el suelo para darse el impulso necesario para ponerse en pie, un proyectil le alcanzaba en la pierna, derribándolo mientras profería un bramido de dolor.

Consiguió no caer al suelo apoyando ambas manos en el mismo y estiró el brazo para alcanzar su arma, aunque no llegó a hacerlo, dado que un segundo disparo se estrelló contra su hombro. El soldado cayó al suelo, aparentemente inerte.

—¡Melo! —Ricardo me vio y se lanzó a mis pies, algo ligeramente ilógico. Pude apreciar su respiración entrecortada cuando me ayudó a levantarme, cogiéndome de la axila y tirando de mí hacia arriba.

—Los ha matado, Ricardo —me temblaba la voz.

—Lo sé, pero hay que tener la mente fría. Vamos a atraparlo o seguiremos habiendo víctimas.

Prácticamente me había recuperado, pese a que me encontraba algo mareado.

—¿Has identificado el origen de los disparos? —pregunté.

—No, los han hecho con silenciador.

Ricardo se acercó a la ventana y miró un segundo por ella. Metiéndose una mano en el bolsillo, buscando algo, aunque fue interrumpido en su búsqueda cuando, repentinamente, se encendieron unas luces a ras de suelo. Eché una ojeada y descubrí que no había sido así, sino que la puerta que conducía a la planta subterránea se encontraba abierta y el alumbrado de emergencia se había activado. La suave iridiscencia bañó los cuerpos de ambos soldados y pude apreciar que uno, al menos, estaba vivo. Aunque el protocolo implicaba no pedir ayuda hasta el final de la operación, pedí una ambulancia rápidamente, antes de instar a Ricardo a bajar.

Ricardo se demoró unos instantes. Escuché el chasquido de algo al quebrarse junto con un golpe seco.

—¿Estás bien? —me interesé.

—He debido pisar una caja de cables, vaya susto me he pegado —respondió mi compañero.

—Vamos —le insté—. No sea que haya una salida por abajo.

Una vez nos encontramos abajo, nos encaminamos a la puerta que daba a la planta baja, con un fulgor tenue a ras de suelo en unas escaleras descendentes.

Avancé en primer lugar, inspeccionando cada peldaño. La escalera daba a un angosto pasillo de paredes de cemento que se bifurcaba a ambos lados. Una vez hubimos descendido, nos alineamos. Nuestros hombros chocaron un par de veces a causa de la estrechez del camino. Llegados a la esquina, cada uno asomó la cabeza en una dirección. En la mía, el pasillo continuaba, torciendo a la derecha. En el lado derecho, el cual observaba mi compañero, no había más que una puerta roja.

—Echa un vistazo —le susurré—. Yo te cubro.

Asintió, colocando el dedo en el gatillo. La puerta consistía en una gruesa placa de metal con un tirador, que se deslizaba lateralmente para descubrir la apertura en la pared.

Tiró con fuerza. Oía sus quejidos de esfuerzo y me acerqué a ayudarlo, pero extendió una mano en cuánto me vio acercarme y volví a ocupar mi posición. Finalmente, la puerta comenzó a moverse con un quejido quedo y pesado. Abrió tan solo un poco, lo suficiente para introducir la cabeza y echar un vistazo.

—Es la sala de calderas y el almacén. Vaya cantidad de botes inflamables, por eso es tan gorda la puerta —explicó—. Nada.

No pareció que mirase más que a un mismo punto fijo, pero no creí necesario tener que comprobarlo. Cerró la puerta, de nuevo sin ayuda, con menos esfuerzo del que había empleado en abrirla, se limpió la palma de las manos en el uniforme y me indicó con un gesto de la cabeza que continuásemos.

Ricardo avanzaba delante. Las luces en aquel pasillo se ubicaban en lo alto de las paredes y eran de color rojo, una de ellas parpadeaba y se apagaba por unos segundos, para volverse a encender a continuación.

Hacía frío y estaba sudando debido a la tensión, así que empecé a tiritar, haciendo un esfuerzo encomiable para que no me castañeteasen los dientes. No lo conseguí y tuve que apretar los dientes con fuerza para no hacer ruido. Volvimos a llegar a una bifurcación. En esta, ocasión una de las opciones era una extensión del pasillo, escindido del resto por una verja metálica. El espacio entre la alambrada y la pared no había nada, solo manchas de

humedad por el techo y las paredes.

Avanzamos por la opción restante, llegando a lo que debía ser la sala de envasado, a juzgar por la maquinaria y la cantidad de vidrios rotos y latas oxidadas que se amontonaban en diversos puntos. La luz era inexistente en aquella habitación, salvo por el tenue fulgor que entraba desde el pasillo.

—Lo haremos igual que antes, cada uno por un lado —me susurró—. Si mis cálculos son correctos, ésta debe ser la última sala.

Tragué saliva y asentí. Podía notar el corazón a punto de desbocárseme y un sabor amargo a bilis en la boca. Reprimí una náusea.

Cuando me hube dado cuenta, Ricardo había desaparecido de mi lado y vi su silueta desaparecer tras un montón de basura más alta que él. Encaminé el camino contrario, con ambas manos en el arma. Notaba mis pies pesados, cada paso que daba me parecía más estruendoso que el anterior. Probé a arrastrar los pies, despacio, pero tropecé dos veces en cuatro pasos, así que desistí.

Rodeé una máquina, pasé entre dos montículos de basura y avancé. No dejaba de mirar a todos lados. Oía ruidos en todo momento, un pequeño cascote deslizándose por el suelo, una pieza metálica golpeando a otra, arena moviéndose, un goteo incesante. Me ponía en actitud de alerta ante el más mínimo indicio de presencia cercana a la mía.

Prácticamente había llegado al final de aquella sala de enormes techos cuando le vi. Al principio pensé que se trataba de una sombra, pero poco a poco su forma se fue definiendo hasta estar completamente seguro de que era una persona. Apenas había luz y aun así podía distinguirlo, aunque no detalladamente. Me oculté presuroso tras una portezuela metálica que estaba abierta, echando un ojo por encima. Parecía que había perdido peso.

Permanecí ahí escondido, tratando de controlar la respiración y esperando a que hiciese algún movimiento.

Cada segundo me asfixiaba como si fuese una losa que colocasen sobre mi pecho. Busqué, sin éxito, algún indicio de Ricardo. Baremé la posibilidad de utilizar la comunicación, pero el individuo estaba demasiado cerca y podría oírme.

Decidido, salí de mi escondite, escudado por la pistola, la cual sostenía con ambas manos por miedo a que se me cayese. Me coloqué frente a él, a una distancia prudencial. Su silueta se adivinaba entre las sobras.

—Es el fin, Daneli —hablé alto, con el fin de que me pudiese escuchar mi compañero y para que mi voz no sonase temblorosa—. Tú decides, a la cárcel

o al depósito.

Le apunté con el arma. Él permaneció inmóvil.

—Acércate a mí. Muy despacio —puntualicé.

No ocurrió nada. Siguió allí, de pie.

—Te he dicho que te acerques, no me hagas ir.

De nuevo, parecía que iba a hacer caso omiso a mis palabras, pero comenzó a andar, lentamente, hacia donde yo me encontraba. No dejaba de apuntarle.

Empezó a apretar el paso.

—Te he dicho despacio —bramé, consciente de que si seguía acercándose tendría que disparar.

Mis palabras surtieron el efecto contrario y comenzó a correr.

—Mierda —mascullé.

Respiré hondo, apunté y disparé. Observé atónito cómo un enorme espejo se hacía añicos frente a mis ojos, derrumbándose como si se tratase de un edificio. Supe lo que eso significaba inmediatamente, así que me di la vuelta lo más rápido que pude, pero Daneli me asió el brazo por detrás y, con una sorprendente agilidad, me desarmó, propulsando mi pistola hacia las penumbras que ocultaban los rincones.

Me soltó y empujó hacia delante. Apenas podía ver más que una sombra, pero lancé un gancho de derecha desesperado, impactando en su rostro sólo de manera parcial. Con ambas manos, me golpeó por debajo de ambas mandíbulas, dejándome aturdido y provocando que errase mi siguiente golpe. Me cogió por detrás de nuevo, inmovilizándome ambos brazos con destreza y fuerza, me resistí pataleando convulsamente, lo cual solo favoreció a que me desestabilizase y me asiera por el cuello, asfixiándome lentamente. Traté de zafarme en vano, comenzaba a ver motas de luz y la visión se me tornó negra por los flancos. Perdía fuerza y me sentía cansado y poco a poco, las piernas dejaron de sostenerme.

Estaba asumiendo que era el final cuando la presión cesó repentinamente. Vi a Ricardo que me zarandeaba y se interesaba por mi estado.

—Estoy algo aturdido —mi voz sonaba ronca a causa del estrangulamiento —, pero bien. Corre, que no se escape.

—Le he preparado una pequeña trampa, se exactamente a dónde se dirige. Se produjo un pequeño petardeo y la voz del comisario se escuchó por el altavoz.

—Chicos, parece que hay una fuga de gas en la sala de calderas, salid de ahí echando leches.

—No tenemos a Daneli, señor —espetó Ricardo.

—No me importa, no quiero perderles.

—Pero señor —protestó mi compañero—. Podríamos perderle —dijo con ligero tono de histeria.

—No es discutible, inspector. Es una orden —contestó tajante—. Lo siento, amigo.

Enfadado, Ricardo estampó con rabia el altavoz en el suelo, pateándolo después.

—Vámonos, Ricardo —le dije, colocando mi mano sobre su hombro.

Asintió, me ayudó a levantarme, fue a recuperar mi arma, la inspeccionó, me la entregó y avanzamos hacia la salida.

—¿Dónde está Daneli? —quise saber, una vez nos encontramos en el pasillo.

—En la sala de calderas, el resto del edificio está ocupado por agentes y personal sanitario, contaba con que tu código deontológico te hiciese llamar a las asistencias.

—Morirá. Se merece un destino peor.

Mis palabras hicieron que se detuviese en seco.

—¿Qué haces? Vamos —le apremié, ya podía ver las escaleras que daban al primer piso.

—Tienes razón, se merece algo peor que la muerte —miró hacia atrás, luego me miró a los ojos—. Vuelvo a por él.

—¿Qué? ¿Estás loco? Más de lo habitual, quiero decir. No voy a permitir que te mates para salvar a esa escoria.

—No puedes hacer nada por impedírmelo, deséame suerte, Melo.

Se giró y comenzó a andar.

—Un momento —saqué mi arma y le apunté—. Estrictamente hablando te puedo detener por intento de suicidio, así que no me hagas inmovilizarte, por favor.

Paró. Pese a que a cada instante, el edificio podía estallar y cada segundo valía más que todo el oro del mundo, no hizo nada. Finalmente, volvió la cara y pude ver una sonrisa triste dibujada en ella.

—Eres un policía excelente, Melo —me felicitó—. Lo siento.

—Lo sientes, ¿por qué?

—Por esto.

Se volvió y pude sentir un proyectil impactando en mi hombro, amortiguando el sonido del disparo con un silenciador. De nuevo el arma cayó al suelo,

chocando contra el suelo estrepitosamente.

—¿Se puede saber qué coño haces? —exclamé, taponando la herida con la mano.

—Tranquilo, ha sido un buen disparo, no es grave.

—Pero serás cabrón, estoy harto de que me disparen.

—Te la debía.

Me apoyó contra la pared, para que pudiese tener un lugar en el que apoyarme.

—Mírame —me pidió. Obedecí—. La he cagado tanto en este caso que no puedes ni hacerte una idea. Mi mujer está muerta por mi culpa.

—No digas tonterías.

—Tú mismo lo dijiste, nunca dejo nada al azar. La única vez que lo he hecho le ha costado la vida a la persona que más quería en el mundo. Esto tiene que acabar hoy —me miró, detenidamente—. Eres el mejor amigo que he tenido nunca, que no se entere el comisario. Siento que todo haya sido tan breve.

Me ayudó a sentarme en el suelo y se marchó, sin decir más.

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban después de las palizas que estaba recibiendo aquel día, me puse en pie y me tambaleé hacia la pistola. El chasquido del arma al ser cargada detuvo el andar de mi amigo. Se giró en redondo, enfrentándose a mí.

—¿Vas a dispararme?

—No permitiré que te mates. Si así lo consigo, tendré que hacerlo. Si no, tendrás que llevarme contigo.

—Sabes que no voy a hacer ninguna de esas dos cosas —me desafió Ricardo, con una mueca de satisfacción, como si fuese él el que me encañonaba a mí.

—Entonces no me dejas más remedio.

Apunté a la rodilla y disparé, pero no salió el proyectil. Repetí la operación, dos, tres veces, hasta que descubrí que el arma no tenía balas.

—¿No pensarías realmente que no había previsto éste final? — rió.

Introdujo la mano en el bolsillo de pantalón y sacó las balas, mostrándomelas y lanzándolas a una rejilla de ventilación, perdiéndose así.

—Me conmueve que estés dispuesto a dispararme para salvarme la vida, lo cual da lugar a que piense que si no hago lo mismo contigo, vendrás tras de mí.

Acto seguido volví a sentir el impacto de una bala, esta vez en la pierna, lo cual me hizo proferir un aullido de dolor que reverberó en el pasillo y ascendió por las escaleras. Por tercera vez, se volvió, desapareciendo al

doblar la esquina en dirección a la sala de calderas que hacía sus veces de almacén.

Tratando de vencer el dolor, me arrastré a lo largo del pasillo, dejando un reguero de sangre a mi paso. Necesité un par de minutos para llegar a la intersección. Apoyé ambas manos en la pared para impulsarme con torpeza. El olor a gas impregnaba el aire, provocando una distorsión ondulante en el paisaje.

Desde mi posición, alcanzaba a ver la enorme plancha de metal que hacía de puerta. Una apertura por la que no pasaba un hombre me permitía ver la enorme caldera, que vibraba y resollaba, impaciente por detonar. Pude ver el rostro de Ricardo, sonriendo.

—Ricardo —exclamé.

Él me miró, sin moverse y amplió su sonrisa. Las luces se sobrecargaban y estallaban alternativamente, en cuanto eso pasase en aquella sala, el gas entraría en combustión y detonaría.

Ambos contemplamos la luz que mediaba entre nosotros mientras se fundía con un fulgor amarillento, para reventar después, en una lluvia de chispas que se apagaban antes de llegar al suelo. Se acercó a la puerta y asió el tirador.

—Melo, conocerte es una de las cosas más maravillosas que me ha pasado en la vida —guardó silencio un momento—. Jaque mate.

Y cerró la puerta.

—¡No! ¡No! ¡No! —sollozaba.

Permanecí así hasta que vinieron a buscarme alertados por mis gritos, levantándome, pese a que me resistía, cargándome como a un fardo, pese a que quería quedarme a ayudar a mi compañero. Me aferré a una grieta en la pared y caí al suelo pesadamente.

El tiempo se detuvo durante unos pocos segundos. El silencio reinó en el subsuelo, silencio que precedió al sonido más aterrador que había oído nunca. El sonido que debe tener el cielo al quebrarse o el alma rota de una madre cuando pierde un hijo. La explosión llenó todo con su fulgor y su destrucción. Pude ver la enorme puerta metálica propulsada por el pasillo hasta que se incrustó en la pared, seguida del fuego. Fue en ese momento cuando supe que Ricardo había muerto. Aún me recuerdo, gritando su nombre, en el breve periodo de tiempo antes de cayese inconsciente.

34. La teoría

Ya es de noche. Todos estamos ebrios, algunos más que otros. El que se encuentra en mejor estado es el comisario.

Miro mi reloj. Marca las dos de la mañana. Habíamos entrado a principio de la tarde y, ahora que la historia ha acabado, no veo motivo por el que continuar aquí.

Nos despedimos del camarero. Ana apenas puede andar de la borrachera que lleva. Yo estoy más acostumbrado al alcohol, así que lo tolero mejor, aunque tengo el estómago revuelto, quizás por recordar la horrible muerte de Ricardo.

Ana se acurruca en la parte de atrás y se queda dormida de manera inmediata, apenas su trasero toca el asiento. Le coloco el cinturón como puedo, mientras su cuerpo se inclina hacia delante y sus labios musitan palabras incoherentes en sueños.

Me acomodo en el asiento del copiloto, serio, bajo la atenta mirada del comisario, que permanece en silencio. Arranca el motor y nos movemos, amparados en la noche clara iluminada por la luna.

Una vez nos encontramos en mi casa, despierto a Ana, que apenas puede abrir los ojos y la insto a despedirse y a ir subiendo, sabedor de que el comisario tiene algo que decirme, a juzgar por sus miradas de soslayo y sus tics nerviosos. Con la voz ronca, la mujer dice adiós al comisario.

—Te espero en la cama —añade, dándome un beso a través de la ventanilla bajada.

La observo mientras desaparece por el portal. No enciende la luz.

—Eso suena bien, lo de la cama, digo —robles me da un codazo amistoso, pero no estoy para muchos trotes.

—Se cierne al sentido literal de la frase, cuando suba, estará roncando, me temo.

—Oh, vaya —no parece saber que más añadir, así que me mira a los ojos—. ¿Cómo estás tú?

—Estoy jodido, Javier —creo que es la primera vez que me dirijo a él por su nombre de pila.

—No te atormentes. Todos vamos a echar de menos a Ricardo, pero sabíamos que no estaba muy bien mentalmente, además, mejor que haya sido

así.

—¿Mejor así? ¿Por qué? —impregno de sorpresa mi voz.

—Encontramos el casquillo de un disparo incrustado en la pared. La muestra de sangre coincide con la de Daneli o Delgado, como le quieras llamar.

—¿Qué tiene de relevante?

—Según balística, la trayectoria e impacto de la bala corresponden...

Se corta y aparta la mirada.

—Robles, ¿qué pasa?

—Verás, según balística, el disparo fue un tiro de gracia —mi cara de sorpresa debe sobresaltarle, a juzgar por su expresión—. La víctima estaba de rodillas.

—Así que aunque hubiese vivido Ricardo, sería juzgado por homicidio —se me está pasando la borrachera y me noto más espabilado—. ¿Puedo fumar aquí?

—Solo si me das uno.

Le tiendo uno y enciendo el mío, sacando el brazo por la ventanilla.

—Melo, hemos decidido no sacar esto a la luz. Sí, asesinó a sangre fría a un psicópata que había matado a su mujer y a su cuñado, aunque éste no le importara tanto —recuerdo los inconvenientes con él y no puedo evitar morderme el labio—, pero ha sido un héroe durante toda su carrera. No hay que molestar a los muertos.

—Me parecería increíble que le juzgasen, si viviese —doy una última calada al cigarrillo y lo tiro, a medias. No me está sentando bien.

—A mí también. Es la persona más increíble que he conocido nunca, no puedes ni imaginarte la cara de idiota que se me quedó cuando me explicó vuestra teoría de la luz en la iglesia de Lucero.

—¿Qué teoría? —no sé a qué se refiere.

—Sí, ya sabes, sobre el tragaluz que alumbraba los dos cuerpos.

—No sé de qué me estás hablando, Javier.

—¿Estás seguro? Ricardo me dijo que te había puesto al tanto.

—Completamente seguro. Todo sea que lo haya olvidado, que no creo.

Sonríe y me observa de arriba a abajo.

—La arrogancia de Ricardo no se ha ido con él, por lo que veo —se acomoda en su asiento, es tan robusto que no cabe bien en ninguna posición de las que intenta adoptar—. Me contó algo sobre cómo podría haber previsto el asesino que Daneli abría la puerta a esa hora.

—¿Por qué? —quiero saber, intrigado.

—Solo disponía de trece minutos en los cuales el Sol incidiría directamente en el tragaluz, limitando así la puesta en escena. Era una buena pista, si la hubieseis seguido, quizás lo habríais atrapado antes —su tono no suena a reproche, pero eso no hace que me sienta mejor.

No digo nada, permanezco pensativo, mientras ideas delirantes surcan mi mente. El comisario hace amago de hablar, pero le callo antes de que empiece, colocando un dedo sobre mis labios e indicándole que estoy pensando. Se acomoda en el asiento, entrelaza los dedos y espera.

Paso diez minutos así, hasta que la idea más disparatada de todas las posibles cobra forma en mi interior.

—Javier —digo al fin. El comisario se está quedando dormido-. Creo que Ricardo sabía quién era el asesino mucho antes que todos nosotros.

—Pero qué tonterías estás diciendo, muchacho. ¿Crees que no habría evitado la muerte de Amira si no hubiese podido?

—Estoy totalmente convencido de ello, pero no creo que esto lo previera. Piénsalo. ¿Cuántas muertes ha habido después de las dos últimas?

—Ninguna —el comisario se frota el mentón, pensativo—. No te voy a negar que suena razonable, chico, pero no existe ningún motivo por el cual pudiese hacerlo.

—Ahí tienes razón. Bueno, será mejor que me vaya.

—Tómame unos días libres, ven cuando estés preparado.

—Gracias, Javier —nos estrechamos la mano, sellando una amistad que creo perdurará en el tiempo.

—Puedes contar conmigo, tanto como jefe, como amigo. Eso sí, no molestes a los muertos.

Bajo del coche y se va, tras calársele el coche un par de veces. Me despido con la mano y observo cómo dobla la esquina. Me siento en las escaleras del edificio, antes de entrar, a seguir dándole vueltas a las cosas durante un ratito más.

35. El tablero

Consigo dormir a duras penas. La claridad, que se burlaba del funeral pasado por agua, me derritió las retinas y me empezaron a llorar los ojos. Tras soltar una retahíla de palabras malsonantes, me levanto, voy al baño y luego a la cocina. Una nota en la encimera me dice que Ana está en la comisaría y que me ha hecho café. Respiro hondo el perfume de los granos tostados en el ambiente.

Me doy una ducha para despejarme, pero me vuelvo a enfundar el pijama y me tiro en el sofá. Al cabo de un rato, decido tomarme algo para el dolor de cabeza y pongo la televisión para escucharla de fondo mientras languidezco hecho un ovillo.

Durante el telediario repitieron la noticia de la muerte de Ricardo, acontecida una semana atrás y por la cual todos lloraban aún a día de hoy.

No sé qué hacer, así que salgo a dar una vuelta. Como mi pijama consiste en un pantalón de chándal viejo y una camiseta blanca, no tengo más que calzarme y ponerme una chaqueta para salir a la calle. Decido ir a la antigua casa de Ricardo, en Pozuelo.

Conduzco abstraído. El tráfico es denso, pero no lo suficiente como para considerarlo atasco. Aun así tardo más de lo debido en llegar. Aparco el *Audi* que antaño había pertenecido a mi compañero y que me dejó en herencia, junto con algunas de sus propiedades, la casa entre ellas.

Se me caen las llaves al abrir y me pongo de mal humor, que transmuta en sobrecogimiento una vez cruzo el umbral. Ando sin rumbo fijo por la casa, contemplando las habitaciones, reviviendo momentos vividos antaño. Una gruesa lágrima resbala por mi mejilla y la enjugo con la manga de la sudadera.

Me acomodo en el sillón que solía ocupar mi amigo. Me levanto y me sirvo un coñac. Tomo asiento de nuevo. Contemplo la habitación, meditabundo, dando sorbos pequeños a la bebida, que agito de tanto en tanto con

movimientos circulares. Observo la habitación, el mobiliario, las fotografías colgadas por las paredes, la pared desnuda frente a mí, el olor a recuerdos.

Me detengo un momento al descubrir que la susodicha pared no tiene nada. Comienzo a contar las baldosas de extraño material que recubren la superficie. Sesenta y cuatro. Las mismas que casillas tiene un tablero de ajedrez. Entonces, evoco las dos últimas palabras de Ricardo antes de morir, unas palabras a las que no conseguía encontrar lugar, hasta ahora.

Me abalanzo sobre el teléfono fijo que descansaba en una pequeña mesilla de cristal a mi derecha y marco. Recordando el número de memoria.

—¿Ana? —pregunté, una vez contestaron—, menos mal. Necesito que vengas a casa de Ricardo y que traigas los dos o tres mejores manuales de movimientos de ajedrez que existan.

Cuando llama al timbre, prácticamente han transcurrido dos horas. Me acomodé en el sofá según colgué y he dormitado hasta ahora. Abro, somnoliento.

—Ya era hora, pensaba que te habías ido —Ana me da un beso al entrar y cierro la puerta.

—Me he dormido, has tardado mucho.

—Oh, perdona —se burla—. La próxima vez quizás te apetezca buscar a ti. Río de buena gana.

—Perdona —me acerco a ella y le hago cosquillas.

—¿Para qué querías esto? —deposita un montón de papeles sobre la mesa.

—Lo último que me dijo Ricardo fue jaque mate.

—¿Y qué?

—Mira a tu espalda.

Obedece y, como yo, comienza a enumerar los cuadrados.

—Vaya —dice una vez descubre lo obvio—. Pues siento informarte de que hay infinidad de jugadas posibles.

—Lo sé, por eso vas a ayudarme a filtrar una.

—¿Cómo?

—Pensando como él.

—Restaba como una cabra, Melo.

—por eso, sus manías obsesivas compulsivas nos llevarán hasta la jugada. Él

me enseñó a hacerlo, el razonamiento deductivo, digo.

—Si crees que puedes, ánimo —dice, no muy convencida.

—Confía en mí. Observa el concepto —miro las casillas durante un rato, con Ana a mi lado, imitándome o siendo yo su blanco de miradas—. Con casi toda seguridad puedo descartar treinta y dos casillas.

Me mira atónita.

—¿Cómo puedes saber eso? —su asombro es patente.

—¿Cuál era una de sus obsesiones con el color? —le recuerdo.

—Joder —musita—. Que no pensasen que era racista, pasaba mucho tiempo en la calle con Amira por eso.

—Vaya obsesión más ridícula —opino.

—Lo es, pero descarta todas las casillas blancas. Muy bien, Melo. ¿Qué más? Nos quedamos en silencio, pensando.

—Bueno —digo—. No, déjalo.

—No, dime, cualquier cosa puede ser importante.

—Hubo una vez que nos fuimos los dos a pasar el día fuera. Creo que es el día que más he conocido a Ricardo. Hablamos de arte y cuando le dije que me gustaba Andy Warhol, soltó un bufido y me recalcó que odiaba la simetría y que le encantaba Picasso por ello.

—Melo, eso descarta el centro y un lateral —no entiendo lo que me ha dicho, así que me lo explica—. Si se mueven las piezas del centro, se ve cierta simetría, al igual que si se mueven las de ambos lados.

—Lo cual quiere decir que la jugada solo requiere mover fichas en uno de los lados, pero, ¿en cuál? —no encuentro la solución a este rompecabezas y miro a Ana con el fin de que ella arroje algo de luz al asunto, pero se limita a encogerse de hombros y a negar despacio con la cabeza.

Pasan los minutos. Permanecemos así, quietos, sin apenas respirar. Casi puede escucharse los complicados engranajes de nuestro cerebro trabajando.

—Vamos, pensemos —nos insté—. Locura, filantropía, narcisismo, genialidad, son cosas que le definen. Encuadrémoslas en el maldito tablero.

—Lo que está claro es que si fuese una pieza, se consideraría el rey —musita mi improvisada compañera.

—¿Por qué?

—Es la más importante —me mira y frunce el ceño, no del todo convencida de sus palabras.

—La más importante —pienso en voz alta—. La más importante. ¡Eso es, Ana! Es la más importante, pero no la más determinante. Sí —añado ante su

cara de asombro—, si pierdes el rey, pierdes la partida, pero es muy complicado ganarla gracias a él. Objetivamente, ¿cuál es la mejor pieza de todas?

—La reina, sin ninguna duda.

—Entonces tenemos que buscar movimientos de jaque con la reina, en un lateral y siempre y cuando esté ubicada en un cuadrado negro.

Me acomodo en una silla y Ana permanece de pie, pasando páginas a toda velocidad y lanzando al suelo las que no nos son útiles.

—Ésta —al final encuentro lo que andábamos buscando.

—¿Estás seguro?

—no completamente, pero por probar que no quede.

Observo la imagen impresa en blanco y negro. Las piezas son dibujos toscos que se diferencian entre sí por burdos detalles que esclarecen la función de cada una, pero ahí está, en la quinta casilla de la izquierda empezando desde abajo, la tercera negra.

Dirigimos la vista hacia la pared, excitados. Me acerco a las láminas que conformaban la estructura y me encamino hacia la quinta empezando desde abajo, tal y como indica el dibujo del tablero.

Busco algún tipo de mecanismo, la palpo, deslizo los dedos. Nada. Golpeo suavemente con los nudillos. A continuación, repito la técnica con los circundantes, pudiendo apreciar perfectamente la diferencia del golpe en el primero al de todos los demás. Estaba hueco.

Llevábamos cerca de media hora buscando algo con lo que poder quebrar ese extraño material, pero todo nos parecía inapropiado, hasta ahora, que tengo en mi poder un enorme mazo que Ricardo guardaba con celo en su despacho.

—Apártate —le indico a Ana, que se me ha adelantado y mira la escena desde una distancia demasiado próxima.

Golpeo un par de veces el material, sin éxito. La robusta cabeza del mazo pesa demasiado en comparación con lo liviano del mango y soy incapaz de manejarlo. Invito a Ana a hacerlo, que declina la invitación con un apenas perceptible gesto de la cabeza. Una idea cruza por mi mente. Miro el mazo, miro la pared, me aparto lo suficiente como para poder hacer una parábola cuan largo es el mango y lo lanzo.

Aparentemente no ocurre nada, pero alcanzo a distinguir una pequeña grieta entre los haces de luz que se reflejaban en la superficie. Golpeo con el exterior del puño un par de veces y la hendidura avanza irrefrenablemente hasta que la losa, por llamarlo de alguna manera, se parte y cae pesadamente

al suelo, revelando una cavidad en el interior de la pared. Un cubo perfecto de medio metro cúbico, aproximadamente. En su interior solo hay una carpeta, marrón, como la mayoría que he visto hasta el momento.

Noto la respiración de Ana tras de mí. No la he oído acercarse. Con sumo cuidado, desenredo un cordel que hacía sus veces de cierre y abro ambas tapas. En el interior solo había dos documentos: una solicitud de ingreso en una prisión de Guatemala con los datos de Daneli rellenos a mano, con la letra de Ricardo, y una foto de un símbolo que me es muy familiar, el que ostenta la mafia rusa que casi acaba con mi vida.

36. Exculpado de cualquier cosa

Ha transcurrido un día desde mi hallazgo. He compartido los documentos con el comisario, pero con carácter personal, más que profesional. A cambio, me ha otorgado cierta libertad para indagar en el asunto. Con la mayor discreción, eso sí.

A lo largo del día de hoy, me he dedicado a buscar en los expedientes policiales gente relacionada con el símbolo y lugares en los que suelen reunirse. Planeo hacerles una visita.

Me despido de Ana, que ha cogido el gusto por la investigación y me ayuda en todo lo que puede. Y no es poco. He decidido pasarme por el bar en el cual se ha visto a más personas de las que busco, un antro del barrio de Lavapiés que se llama *Molotov* y que ha tenido varios problemas de aspecto legal en los últimos años. Corrió el rumor de que hubo un tiroteo dentro, pero no hay testigos aparentes y los cuerpos nunca han aparecido, así que el caso se sobreseyó.

Decido cogerme el autobús hasta allí, ya que el bar se encuentra relativamente cerca de la parada y tengo un bono de diez viajes a punto de caducar. Me apeo en Puerta Cerrada. Desde donde me encuentro alcanzo a ver ligeramente la Plaza Mayor, pero paso de largo hacia Tirso de Molina. El asfalto de la calzada está en un estado lamentable y cada vehículo que pasa recorre la calle mermando los bajos. Finalmente llego a una zona residencial y giro a la derecha. Continúo recto y callejeo hasta el lugar. Está bastante escondido y es complicado encontrarlo de casualidad.

Contemplo la puerta llena de mugre antes de agarrar del tirador y abrirla. No hay muchos parroquianos, pero todos, incluido el camarero, posan su mirada en mí, recorriéndome de arriba abajo, con la obviedad de que no les agradaba mi presencia dibujada en la cara.

Me siento en la barra y pido un café con leche.

—No tenemos cafetera —el camarero, un tipo rubio y chato, pero de hombros anchos y ojos grises que parecían traspasarte, marcaba las ‘erres’ al

hablar.

—Entonces una cerveza.

Me mira a los ojos y yo le sostengo la mirada, sin pestañear. Termina por darse la vuelta para coger un vaso y servirme, una caña mal tirada y sin nada de espuma.

—Oiga —le digo al camarero, que gruñe por tener que volver cuando ya se había alejado de mí—. ¿Ha visto este símbolo?

Saco una copia de la fotografía que encontramos del bolsillo interior de mi chaqueta, mientras doy un largo trago a la cerveza con el afán de terminármela cuanto antes. El hombre, abre mucho los ojos y palidece, pero se recompone rápido y niega con la cabeza enérgicamente.

—Ya, claro —guardo la fotografía.

Apuro la cerveza y pago la cuenta, pero justo en el momento de levantarme, un hombre se sienta a mi lado en la barra, apoyando una mano en mi hombro y ejerciendo fuerza para que volviese a tomar asiento. Preferí no resistirme y me acomodé en la butaca, indicándole al hombre que me quitase la mano del hombro.

El tipo es tuerto. No me he dado cuenta en primera instancia, pero ahora sí puedo apreciar la película blanquecina que recubre su ojo. Tiene la cabeza afeitada, pero el pelo ya está comenzando a salirle, revelando unas insidiosas entradas a ambos lados de la frente. El aliento le huele a vodka mezclado con tabaco y su cuerpo a sudor disimulado con colonia barata. Me saca una cabeza, pero eso no me amilana lo más mínimo.

—Si vas a retenerme, invítame a algo —le espeto, sin mirarle siquiera.

Por el rabillo del ojo, observé cómo el tipo le daba una orden imperceptible al otro, que enjuagó el vaso en el que me había tomado la cerveza y se dispuso a servirme otra.

—No, por favor. Es vomitiva. Vodka con hielo y un chorrito de *Red Bull* si le vas a cobrar la lata entera déjamela —me sirve, le doy un trago y dibujo una mueca. El alcohol es malísimo y deposito el vaso en la barra—. ¿Qué quieres?

—¿Te suena esto? —vuelvo a sacar la fotografía.

Él ni siquiera la mira. Me observa a mí, con una media sonrisa en su tosco rostro. Estira el cuello y puedo distinguir un tatuaje con el símbolo.

Si sabes lo que te conviene, lárgate —me amenaza.

—Será lo mejor. De todos modos, ya he encontrado lo que venía a buscar.

Tanto el camarero como él me miran sorprendidos y sin comprender lo que

quiero decir, así que aprovecho ese momento de incertidumbre para marcharme, mientras notaba las miradas de todos los presentes clavadas en mi espalda.

Ya es de noche. Apenas hay luna y las estrellas refulgen magistrales en el firmamento, alumbrando el mundo con su claridad. Los guantes de látex hacen que me suden las manos, pero no quiero correr riesgos. Tiro la colilla de un cigarrillo a una alcantarilla y puedo oír el chisporroteo del fuego al extinguirse. Poco después sale.

Mi reloj marca cerca de las dos de la mañana de un miércoles. No hay apenas nadie en la calle y el tipo con el tatuaje sale tambaleándose del tugurio que había visitado por la tarde y que él todavía no había abandonado. Salgo de detrás de las sombras y le chisto. Se gira y trata de enfocarme, pero dejo mi rostro oculto en las tinieblas y, achinando los ojos para escrutar en la oscuridad, inicia un penoso bamboleo de piernas en mi dirección, estando a punto de caer hasta en dos ocasiones.

Empieza a hablarme en ruso y, justo antes de que alcanzar a ver mi cara, le golpeo, provocando que se desplomase inconsciente. Le levanto a duras penas y paso su brazo por encima de mi hombro. Saco una gorra y unas gafas de pasta gruesa y me las pongo, para disminuir las probabilidades de ser reconocido, ya que estoy secuestrando a una persona. También me he afeitado la barba por completo, ya que parezco al menos cinco años más joven sin ella.

Paro a un taxi y me hago el ebrio.

—A la antigua fábrica de cerveza, por favor.

—¿Vive alguno de ustedes por ahí, o quieren hacer una visita

turística? —se ríe de su gracia brevemente.

—Vive enfrente —tercio, haciendo que me costaba pronunciar las palabras.

—Como me vomitéis alguno de los dos en el coche, lo limpias tú.

—De acuerdo.

Nos lleva hasta donde le había pedido y le doy un billete. Le dejo el cambio como propina para evitar prolongar el contacto con

aquel hombre. Arrastro al ruso hacia el interior de la fábrica, aún acordonada, aunque sé de buena tinta que todo cuanto se podía hacer ahí dentro se había hecho.

Una vez en el interior, ato de pies y manos al tipo y voy a ver el lugar dónde se produjo la explosión. Contemplo el escenario carbonizado. El orificio que hizo la bala en la pared podía apreciarse. Me entristece comparar la altura del disparo con la mía y ver que, en efecto, Ricardo asesinó a Daneli a sangre fría. Una silla metálica está doblada, retorcida y derretida sobre el suelo. Veo un conducto de ventilación y trato de abrirlo, pero me resulta imposible, por mucho que emplee diferentes técnicas.

Vuelvo a la planta principal, el hombre se ha despertado y grita, así que le pongo una mordaza para que guarde silencio. Puedo meterme en un lío si nos cogen.

Localizo una silla y la bajo al cuarto de calderas. A continuación, agarro de un pie al ruso, que se zafa de una patada y me hace perder el equilibrio. Vuelvo a intentarlo y vuelve a patear, así que no tengo más remedio que golpearle un par de veces para tranquilizarle. Le arrastro, bajando las escaleras con cuidado para que no se golpee en la cabeza con el borde de cada escalón de mármol, afilado como cuchillas. Una vez en la sala, le siento en la silla, le ato de nuevo y le doy algo de agua, que bebe con avidez.

—No sabes lo que estás haciendo, tío —me dice—. Te he dicho que te largaras.

—Verás —me acucillo enfrente de él y le enseño mi placa. Adopta una actitud sorprendida y abandona el tono desafiante para emplear un condescendiente.

—Eh, vamos, no me jodas —al hablar más rápido se le marca más el acento—. ¿Eres poli? ¿No pensarás que te estaba amenazando de verdad? —suelta una carcajada histérica y le hago burla, para soltarle un violento gancho de derechas en el mentón.

Un hilillo de sangre mana por su boca y me escupe. —A ver, te comento —empiezo—. Dos de mis superiores y otra persona son testigos de que ahora mismo estoy en casa de uno de ellos cenando, así que estoy exculpado de cualquier cosa que te pase a ti ahora —traga saliva sonoramente—. Al principio me contentaré con darte de hostias, pero como sé que me voy a cansar rápido, he

traído un par de juguetitos de mi cocina.

—¿Te piensas que me asustas? No voy a decir nada, moriría antes.

—Oh, no mi querido amigo, te equivocas —voy hacia una mesa en la que había dejado una serie de objetos esta tarde, después de ir al bar y pasar por mi casa. Cojo un sacacorchos—. No voy a matarte. Puedo sentir su miedo en el ambiente, mientras contemplaba el utensilio de cocina, tembloroso y sudando profusamente. Veo el miedo en sus ojos y sonrío.

—Eres un hombre relativamente joven. ¿Qué tienes? Cuarenta o cuarenta y cinco como mucho —me acerco a él—. Lo cual significa que aún te queda media vida por delante —le agarro por la cabeza y le acerco la punta del sacacorchos al ojo—. Verás, Charlie Chaplin decía que no importa los años de vida, sino la vida de los años. Pues bien, esta es mi oferta: o respondes a unas sencillas preguntas, te dejo irte y nos olvidamos de todo, o te juro por Dios que vas a pasar las peores horas de tu vida, agonizando, para ni siquiera morir. Serás un ser tullido inservible, dependiente y disfuncional durante el resto de tu vida, atormentado de tal modo que cada segundo que pase estarás rezando a la muerte para que venga y se te lleve —me alejo y deposito el sacacorchos sobre la mesa—. Y ahora voy a fumarme un cigarrillo, piénsalo.

—Espera —no me hizo falta más que volverme para que tomara su decisión —. Está bien, tú ganas. ¿Qué quieres saber? Sonrío, victorioso.

—¿De qué te suena Daneli? —quiero saber.

Ipsosofacto, estalla en carcajadas.

—Me sorprende que un poli sepa la leyenda del padre Daneli. —No la conozco, solo el apellido.

—Fue un cura que hace, no sé, veinte o treinta años nos pidió un préstamo. Fue una situación muy... ¿Cómo decís? Ah, sí, cómica. —
¿Cómica por qué?

—Un cura pidiendo prestado dinero de forma ilegal con la excusa de que tenía que pagarle la carrera a su hijo. ¿Qué le parece?

Como si los curas tuviesen hijos —vuelve a reír—. Dijo que cuando su chico obtuviese una beca, nos lo devolvería, que sólo necesitaba un año para demostrar su valía.

—Y, ¿qué pasó? —estoy abrumado por la información. —¿Qué va a pasar? No pagó. Le dieron dos avisos y aun así no

pagó. Prendieron fuego a su iglesia.

—¿Quién? —es cuanto necesito saber, realmente. —Una chiquilla, tenía quince años, pero su padre era el jefe de una gran mafia y quería que su hija le demostrase su lealtad. —Pero, ¿quién es? —comienzo a impacientarme.

—Sasha Vlakov, nuestra líder hasta hace un par de meses. —¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Ella y su marido tuvieron un accidente contra un autobús durante una persecución. Murieron ambos.

Palidezco. Se trata de la mujer que comandó aquel pequeño escuadrón de la muerte contra Ricardo y contra mí en Ciudad Universitaria.

—¿De qué huían? —pregunto para disimular.

—Persegúan a alguien, no dijeron a quién.

Nos callamos ambos, evitando mirarnos.

—Has cumplido, ahora te soltaré, pero no me ataques. Guardo el sacacorchos en la mochila y la cierro, para prevenir que pueda echar mano de cualquier cosa punzante. Le desato y se levanta como un resorte, irguiéndose con premura.

—Adiós —me despido.

—Estate atento, poli. Puede que vaya a por ti.

—Puede —lanzo un par de fotografías impresas en papel, tamaño carnet a sus pies. Se agacha y las recoge—. Pero sería una lástima que le pasase algo a Vladimir y a Nicoletta —su hijo y su mujer, había visto sus nombres en los expedientes y conseguí sus fotografías.

Las cogió con una mano temblorosa, mirándome con odio a mí y con cariño a los recortes que sostenía entre sus dedos. —Para ser poli, juegas sucio —me recrimina.

—Lo sé —espeto—. Espero no volver a verte.

Doy media vuelta y me alejo, escuchando los pasos del ruso siguiéndome para hallar la salida.

37. Quiosco

—¿Qué tramabas, Ricardo? —Es por la mañana del día siguiente a mi incidente con el ruso.

Ahora sé que Daneli y la mujer misteriosa se conocían entre sí y que, a juzgar por el patrón que le movía actuar, era cuestión de tiempo que uno de los dos acabase muerto a manos del otro. Daneli quería venganza y la mujer cerrar el trabajo o, simplemente, salvar el pellejo.

—¿Sabes? —Ana rezongaba juguetona en el sofá, felina y mimosa —me resulta increíble que un tipo como Daneli pudiese ser un asesino en serie. No sé. Me parece increíble. No tenía pinta de caerle bien a la gente.

—Espera, ¿qué has dicho? —pido que repita.

—Que no debía caerle bien a la gente, era muy raro.

—Exacto y a Ricardo tampoco le caía bien.

—¿A dónde quieres llegar? —inquiére.

—No tenía ningún sentido que le invitase a tomar algo aquel día.

¿Recuerdas?

—Sí. Además, ambos estaban raros, especialmente Daneli.

—A Ricardo se le veía pensativo, a Daneli preocupado.

—Porque le habían cerrado el quiosco. Ya no me lo creo.

—Voy a echar un vistazo dentro.

Me pongo en pie y me visto rápidamente, saltando en el sitio a la pata coja para calzarme las deportivas. No estoy de servicio, así que me atavío con un pantalón de chándal y una camiseta limpia de manga corta.

—Por cierto, Melo, se me olvidó decirte. ¿Recuerdas lo que me contaste de las luces de la fábrica? Lo de que se encendieron de golpe.

—Sí, claro.

—Pues las encendieron con un dispositivo a distancia, algo así como el mando de un garaje. Hernández casi se vuelve loco cuando lo arregló in situ.

—¿Arregló?

—Sí, estaba roto.

—¿Cómo si lo hubiesen pisado?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Supongo que ninguno de los heridos ha sido de gravedad — hago caso omiso a su pregunta y continúo.

—Sí.

—Ricardo nos ha tomado el pelo a todos. Nunca deja nada al azar y nosotros hemos pensado que sí, como una panda de imbéciles.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo ves? —Estoy al borde de la histeria—. Todo lo que pasó ese día fue tal y como lo planeó Ricardo. Él acabó en esa sala porque así lo quiso. Oh, mierda —caigo en que fue con él con quién peleé en la fábrica, dado que me vino un olor familiar que no supe diferenciar en ese momento, pero que ahora acabo de identificar como su crema de manos.

—¿No dijiste que fue contra Daneli? —se extraña Ana, más perpleja cada vez.

—Así es, eso creía. Pero si no me equivoco, Daneli estaba en todo momento atado a una silla en el cuarto de la caldera.

—¿Cómo sabes eso? —está anonadada.

—Aparte de que me dirás tú que pinta una silla en un cuarto de calderas, cuando fui a mirar, me indicó que me retirase, estoy seguro de que solo miró a un punto fijo.

Conduzco raudo hasta Lucero, impaciente por llegar al final de todo esto. Aparco en mitad de la calle, con el doble intermitente puesto y una luz azul parpadeante que había comprado en un todo a cien como sirena.

Hablo con un jardinero y le convengo para que me deje una cizalla que me permita partir el candado que une la gruesa cadena que hace de mecanismo de seguridad. No atino a hacerlo y tengo que pedirle ayuda al hombre, que accede, reticente por el tiempo que le estoy haciendo perder.

El candado cede con un chasquido y cae al suelo, rebotando contra el bordillo y cayendo en un alcorque. Musito un agradecimiento al hombre y le indico que puede llevarse la herramienta.

Empujo la puerta, aguantando la respiración. Dentro huele a cerrado y a moho, además hace fresco. La más absoluta oscuridad baña todo. Enciendo la linterna de mi teléfono móvil. Algunos transeúntes se detienen a ojear, así que cierro la puerta. Odio a los que miran donde no les concierne.

La luz mortecina del flash de la cámara del móvil me revela lo que andaba buscando. Ni siquiera Ricardo se tomó la molestia de ocultarlo.

Vuelvo a abrir la puerta y la escena se repite. Un par de ancianas se empujan por obtener una posición más privilegiada que la de la otra para poder ver en el interior. Me pongo de pie en la apertura y las mujeres ponen cara de desagrado, intentando sortearme con la mirada para husmear.

—Es usted un maleducado, joven.

—¿De verdad? Juraría que es al revés, porque me dirán ustedes qué cojones les importa lo que hay aquí dentro.

—Uy, qué mal hablado, vámonos Angustias —se tomaron por el brazo y se alejaron con la cabeza alta.

—Brujas —musito una vez estoy seguro de que no pueden oírme.

Busco en la galería de mi móvil las fotos que tengo del caso, dado que tener las pruebas físicas en todo momento es algo imposible. Tras un minuto de búsqueda, al fin encuentro lo que andaba buscando. Una foto borrosa que hizo en su día un muchacho asustado.

Dejo pasar la luz para que ilumine el interior y sostengo el teléfono a la altura de mis ojos, apartando la mirada para ver más allá y comprobar que, en efecto, el sombrero y las enormes gafas de sol color ámbar oscuro descansan sobre la mesa, expuestas como si se tratasen de un trofeo.

Justo al lado, semi oculto bajo el sombrero, cinco hojas de papel están dobladas. Extiendo la mano y las cojo con los dedos, como si temiese que se fuesen a quebrar. Cada una contenía lo que parecía la letra de una canción diferente, de las cuales solo conocía una del grupo *Extremoduro* y *Master of Puppets*, de *Metallica*.

Me guardo los papeles en el bolsillo de atrás del pantalón y salgo. Veo a dos policías de uniforme y les indico que avisen al comisario para sellar éste lugar, que he encontrado una serie de pruebas. Mientras uno custodia la puerta, el otro va al coche patrulla y yo me retiro a casa.

En cuanto llego, le enseño mi hallazgo a Ana y ambos comenzamos a leer los textos, sin entender su fin último.

—vaya cantidad de erratas tiene el texto, podría haberse molestado en escribirlo bien y no directamente de internet —se queja Ana, frotándose los ojos y las sienes después.

—No creo que sean erratas.

—¿Cómo qué no?

—Conocías a Ricardo. ¿Realmente crees que con lo obseso que era

manuscribiría mal las letras de éstas canciones?

—Lo cierto es que me extraña.

—Recuerdo un ejercicio cuando iba a una academia de inglés. Se trataba de identificar las palabras que no debían estar en cada texto.

Ana asiente y coge un rotulador. Empieza a subrayar palabras y yo procedo a hacer lo mismo. Nos intercambiamos los papeles para comprobar el trabajo del otro y, tras un par de horas de esfuerzo, aislamos todas las palabras correspondientes.

—Si fuese Ricardo, ordenaría cada canción por fecha —opina la mujer.

Muestro mi conformidad y escribo en una hoja aparte las palabras ordenadas. La observo a golpe de vista y leo un par de veces la primera frase. Sin duda alguna se trata de una carta.

—Léela —me increpa mi pareja.

Me aclaro la voz y me coloco junto a la ventana, para que me diese la luz directamente.

—Sabía que lo resolverías. Estoy orgulloso de ti. Le descubrí el día que nos vimos en el bar. Le chantajeé para que asesinara a mi cuñado. Era un peligro. A cambio le ofrecí venganza y así acabar con la mujer del este. Estaban juntos en el atentado y era un problema que me quitaba de en medio, pero erró y acabó con mi esposa. El chantaje dejó de tener valía y le hice mi prisionero, durante meses, por eso no había más muertes. No puedo con la culpa, pero no quiero ir a prisión. Traté de consumirme y dejar de existir, pero me ayudaste a vivir y a cobrar mi venganza. Siempre cuidaré de ti. Te quiero.

Acabo de leer. Miro a Ana, que está seria. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y se pierden en la alfombra. Me abraza, me dejo abrazar, me desmorono y sollozo. Acabo de leer la confesión de mi amigo y su carta de suicidio, todo en uno. Me siento sobrepasado.

—Tenemos que enseñarle esto al comisario —opino.

—Estoy de acuerdo, también era su amigo.

Esperamos pacientemente hasta que sonó el timbre. No dijimos nada mientras tanto, solo tratábamos de asimilarlo. Ana se levanta para abrir y, al poco, aparece Robles por la puerta, resollando a causa del esfuerzo de subir las escaleras debido a su envergadura.

—¿Qué es eso tan importante? —dice, dejándose caer pesadamente en una silla.

La secretaria le pone al día y le da la carta, que lee pasmosamente despacio.

Nos mira con ojos como platos y ambos asentimos, corroborando que es cierto.

—No me lo puedo creer, Ricardo es un asesino. Todos eran gentuza, pero, ¿cuándo dejó de creer en la justicia?

Se le ve abatido y apesadumbrado, dejando caer la cabeza como si se sintiese derrotado. No sé cuánto tiempo pasamos así, en silencio, sin nada que decir que fuese más importante que el susurro del aire en la habitación. Las cortinas ondulaban plácidamente, jugando con las corrientes de aire.

—En mi opinión, Ricardo ya no es compañero. Le considero un criminal, aunque no un monstruo. Siento el máximo respeto por él, aparte de que le debo tanto que no podría expresarlo con palabras — comenta el comisario, con la vista fija en el suelo—. En lo que a mí respecta. Ésta información que hemos descubierto podría no salir a la luz para no ensuciar su nombre —nos mira—. Si estáis de acuerdo, claro.

—Lo estoy —Ana muestra su conformidad.

—Yo igual —segundo.

Robles se levanta pesadamente, haciendo crujir la silla bajo su peso y se encamina a la cocina, con los documentos en la mano. Ambos le seguimos, como hipnotizados, arrastrando los pies por el pasillo. Coloca los papeles en el fregadero y vierte lo que resta del whisky de una botella que hay en la encimera. Acto seguido abre un par de cajones en busca de unas cerillas que están en un pequeño mueble ubicado al lado de la vitrocerámica. Tenemos que hacérselo ver en vista de que se ha propuesto desordenar la cocina de arriba abajo. Con sus dedos extremadamente gruesos, coge una cerilla con sumo cuidado y la prende, depositándola despacio sobre un pequeño charco de alcohol, que comienza a arder en cuestión de segundos. El fuego se extiende rápidamente sobre el resto del líquido y alcanzando las hojas de papel, que se enroscan sobre sí mismas y se vuelven marrones primeros, para cambiar a negro, con un tenue resplandor anaranjado.

Poco a poco, las cenizas se van esparciendo por el fregadero. Enciendo el grifo y apago los restos, haciendo que el desagüe se trague los residuos, hasta dejarlo completamente reluciente, como si nada hubiese pasado.

38. Respiradero

Resulta que Ricardo me dejó en herencia la fábrica, como una cruel broma planeada en vida y ejecutada en muerte. Su mera silueta me produce terribles pesadillas. Oigo la voz de mi amigo una y otra vez, ahogándose tras la enorme puerta de metal, que se cerraba lentamente.

Al poco notifiqué que quería derruirla y aprovechar así el terreno. Hoy he quedado con un perito que valore que ya es segura y que no producirá otra explosión.

Nos encontramos en la puerta. Él, alto, calvo y con gafas, lleva una carpeta a modo de mesa y una serie de informes sobre ella. Me estrecha la mano de cualquier forma, más bien depositándola sobre la mía.

—Procedamos —dice sin más preámbulos.

Entramos. Las puertas estaban abiertas, pero con todo lo que había pasado, nadie quería entrar ahí, ni siquiera los sin techo, que preferían dormir arropados por el firmamento que cobijados en esos muros. El hombre echa rápidas ojeadas a todos lados y va anotando cosas en sus papeles o quizás rellena casillas, no estoy seguro.

—Lléveme al lugar donde se produjo la explosión, por favor — me pide amablemente.

Hago lo que me pide. Me da miedo enfrentarme otra vez a esa noche, pero es algo que he de superar, así que, con sumo esfuerzo, descorro la enorme puerta lo suficiente como para permitirnos el paso y le invito a entrar, después le sigo.

La sala, ennegrecida, me produjo gran desazón. Pese a que ya la había visto, solo podía evocar muerte y destrucción al entrar en ella. Necesito cerrar los ojos unos instantes para que las paredes dejasen de cernirse sobre mí.

—¿Se encuentra bien? —se interesa el hombre.

—Sí, no es nada.

—Bueno ya he terminado. No hay ningún problema con que se derruya este edificio. Es una lástima, una estructura impresionante. Solamente he visto un

fallo técnico.

—¿Cuál? Si puede saberse.

—Nada importante. Ese respiradero es un poco chapucero —lo dice con cierto tono melódico en la voz, debido a la similitud en las palabras.

—¿Chapucero? Yo mismo intenté abrirlo de todas las formas posibles y me fue imposible.

—Eso ocurre porque está remachado desde el otro lado. Aunque sea resistente, para cambiarlo es una faena, hay que introducirse por el otro lado o quitar parte de la pared para...

—Que así sea —mi mente lleva un rato maquinando—. Espere aquí.

Al cabo de diez minutos, vuelvo con un par de operarios de una obra cercana con material para agujerear la pared. El hombre me observa con curiosidad, con una sonrisa estúpida en la cara.

—¿Realmente va a tirar la pared?

—Cierre el pico.

Calla súbitamente y la sonrisa desaparece.

—Puede irse si quiere —le indico y él, encogiéndose de hombros, da media vuelta y se marcha—. A trabajar, caballeros.

Media hora después el trabajo estaba hecho. Entre los tres, agarramos el gran trozo de pared y tiramos con fuerza. Un sonido de succión y de cemento chocando nos indica que el fragmento ha salido. Retrocedemos con cuidado y lo depositamos en el suelo.

—Gracias, caballeros —les doy un billete de veinte a cada uno y se marchan agradecidos.

Observo el conducto. Es angosto, pero lo suficientemente ancho como para que entre una persona a cuatro patas. Enciendo la linterna del móvil y valoro meterme, pero lo descarto en seguida. Me giro, lo vuelvo a hacer y enfoco de nuevo. Algo reluce a unos diez metros. Igual me lo he imaginado. Aguanto la respiración y espero. Sí. Una luz roja ha parpadeado.

Olvido mi decisión anterior y gateo tan rápido como puedo hacia donde está la luz. Lo que veo me deja algo extrañado. Un cilindro metálico hueco, una batería portátil y una máquina de remachar. La luz vuelve a parpadear apenas

lo que dura un suspiro y extendiendo la mano para ver lo que es. Un objeto cilíndrico, negro, que reflectaba la poca luz que había.

De pronto la luz comienza a parpadear rápidamente y suelto la bola, pensando que es una bomba. Rueda ligeramente. La luz cambia a verde durante aproximadamente diez segundos y se apaga. Una nube de humo sale del interior del cilindro y sé al instante que se ha autodestruido.

—Joder, tengo que contárselo a Ana —musito, marcando su número.

Apenas he puesto tres dígitos cuando me llama un número oculto.

—Joder, malditas compañías, siempre tan inoportunas.

Cuelgo y sigo marcando, pero recibo la misma llamada apenas he anotado uno más. Vuelvo a colgar y en esta ocasión no me da tiempo a marcar nada antes de la siguiente llamada. Contesto, malhumorado.

—¿Qué quiere? Más vale que sea importante.

Al otro lado de la línea no se escucha nada, solo una respiración pausada y profunda junto al auricular. Aguardo, impaciente, sofocándome por momentos.

—No me haga perder el tiempo —espeto enojado, apartándome un poco el teléfono de la oreja.

—Hola, Melo —suena la voz de Ricardo al otro lado de la línea cuando estoy a punto de colgar.

